

condesa de Pardo Bazán, unida a la familia de los Valencia por vínculos de un afecto fraternal; la señorita de Quiroga, la señora de Cavalcanti de Albuquerque, el conde y la condesa de Velayos, la condesa de Vía-Manuel, la de Alcubierre y la viuda del Campo de Alange, la duquesa de Noblejas, la marquesita de Espinardo, la condesa de la Torre de Cela, la señorita de Collantes, la de Latorre, la señora y señoritas de Urrutia, la señorita María Cristina Borbón, la señorita de Olivart, la condesa de las Cabezuelas, la marquesa de Villa-Huerta, la señorita de Rábago, la de la Rúa, la señora de Melgar (D. José Nicolás), el duque de Dúrcal, el marqués de Cerralbo, el de Santa Marta y D. Narciso Pérez de Guzmán, el de Guadalcázar, el de Valdeiglesias, Comyn, Orellana, Ramírez de Haro, Retortillo, Canthal, Cabezuclas. . .

Se sirvió después un espléndido almuerzo en mesitas de ocho personas. La novia, entonces, se despojó del velo de desposada y adornó su cabeza con la espléndida diadema de brillantes, regalo del novio, y su cuello, con un magnífico collar de brillantes y perillas de perlas, obsequio de su madre política la duquesa viuda de Valencia.

Fiesta tan linda, tan encantadora y tan sencilla al mismo tiempo, fué presidida también por las hermanas de la novia. Lolita y Josefina de Melgar, dos lindas señoritas que supieron ofrecer a sus amigos los encantos de su amabilidad, haciendo con su padre los honores de la casa.

Los nuevos marqueses de Espeja salieron para Andalucía.

* * *

Los novios, con motivo de su enlace, recibieron infinitos regalos. Recordad sus amistades y calcularéis el número de ellos. Muchos, muchos. Nosotros recordamos los ofrecidos a la novia y al novio por las más allegadas personas de sus familias.

Por ejemplo, a la ya gentil marquesita de Espeja, le regaló el novio—ya su esposo—una diadema, collar, pendientes y «barrette» de brillantes; broche, pendientes y sortija de esmeraldas y brillantes; ocho abanicos antiguos lindísimos, mantones de Manila y mantilla de Chantilly, además del vestido de boda, de otros dos de noche, de una salida de baile y teatro y de soberbias pieles de Callot y Paquín. Veréis que todo ello forma una espléndida colección.

El marqués de San Juan de Piedras Albas, a su hija, un magnífico hilo

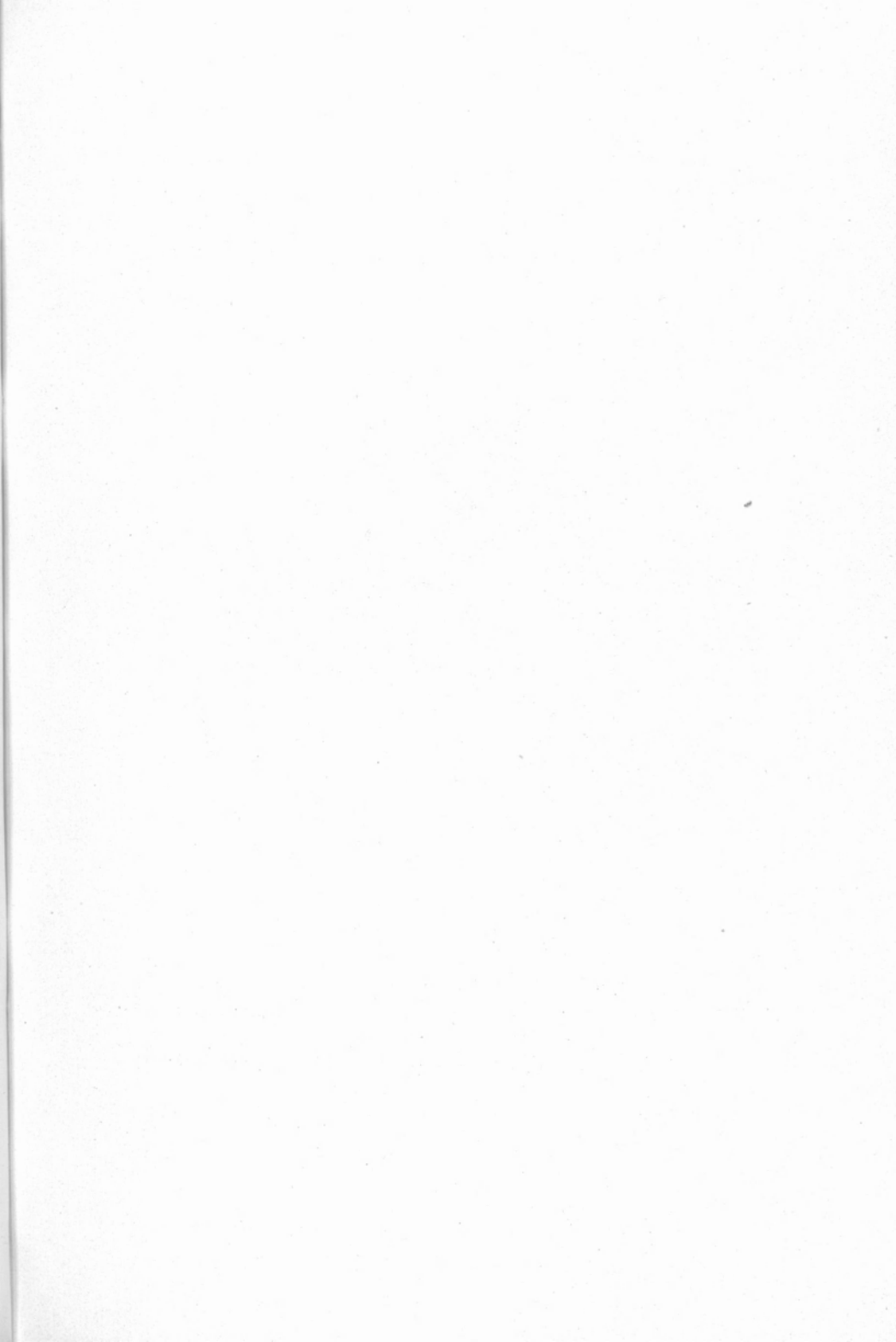
de perlas, una pulsera de brillantes y una sortija de zafiros, piedra hoy tan en moda.

La duquesa viuda de Valencia, a su nueva hija política, un suntuoso collar de perlas y brillantes. La marquesa viuda de Canales de Chozas, a su nieta, un broche de brillantes; sus hermanas Lolita y Josefina de Melgar, una sortija de brillantes, y sus nuevos hermanos, los duques de Valencia, otra sortija de brillantes.

El novio recibió, de la novia: una botonadura de zafiros y brillantes; de su madre, la duquesa viuda de Valencia, un magnífico automóvil; de los duques de Valencia, sus hermanos, una petaca de oro con la corona y la inicial en brillantes; de su padre político, el marqués de San Juan de Piedras Albas, un alfiler de corbata de zafiro y brillantes; un reloj de oro y esmalte de sus hermanas políticas las señoritas de Melgar, y de la marquesa viuda de Canales de Chozas un elegante alfiler para la corbata.

Se cruzaron también algunos regalos más: el marqués de Espeja, a Lolita Melgar, un reloj de pulsera con brillantes; a Josefina, sortija con esmeralda y brillantes; al marqués de San Juan de Piedras Albas un alfiler de esmeralda y brillantes. La novia, a los duques de Valencia, una «barrette» de perlas y una pipa de concha y cerco de brillantes, y a la duquesa viuda una sortija de brillantes. La marquesa viuda de Canales de Chozas recibió asimismo de su nuevo nieto un broche de amatistas y perlas.

Luego, los demás presentes de las amistades de ambas familias formaron una verdadera Exposición, en la que aparecían las firmas de los joyeros preferidos de la sociedad aristocrática: Ansorena, Sainz, Luis Sanz, Felipe Sanz...





S. A. R. la Infantita Doña Pilar, hija de la malograda Infanta Doña María Teresa
y del Infante Don Fernando.

Fot. Franzen.

La Infantita Doña Pilar.

LA terrible lucha que durante estos días mantuvo con la muerte la Infantita Doña Pilar ha terminado hoy el triste desenlace que, desgraciadamente, se esperaba. La augusta niña, que era el encanto y la alegría de su hogar, entregó su alma a Dios a la una y media de esta tarde.

Hoy hacía precisamente sesenta días que la Infantita cayó enferma, víctima de traidoras fiebres, que terminaron por transformarse, hace unos ocho días, en un ataque agudo de meningitis.

Desde entonces la vida de la infortunada Infantita ha sido un no interrumpido martirio.

Anoche, a las doce, la gravedad aumentó de modo considerable; la temperatura volvió a subir de manera alarmante; sufrió de nuevo la enfermita otro ataque, y ya desde ese momento perdióse definitivamente toda esperanza de salvación.

Los médicos redactaron un parte diciendo que el estado de Su Alteza era de suma gravedad; la familia Real acudió desde la primera hora a la residencia de la Cuesta de la Vega, y la Reina Doña Cristina decidióse a no separarse ya, ni por un instante, del lado de su augusta nieta.

Con ella, con el Infante Don Fernando y con la duquesa de Talavera se hallaban los médicos de cabecera.

Y la vida de la Infantita se iba extinguiendo poco a poco.

A las diez entró S. A. en el período agónico, y a la una y media, rodeada por las personas a quienes más quería, expiró como un ángel.

La Reina Doña Cristina, el padre inconsolable, la duquesa de Talavera, cuantos se hallaban presentes, rompieron en amargo llanto, cubriendo de besos y flores el cadáver de la niña.

Fueron unos instantes de intensa emoción, que renováronse momentos después al llegar avisados por teléfono, urgentemente, los Reyes, la Infanta Doña Isabel, los Infantes Don Carlos y Doña Luisa y las demás personas de la Real familia.

La Reina Doña Cristina sufrió tan grande impresión, que hubo de ser retirada a otra estancia.

El cadáver de la Infantita, amortajado de blanco, permaneció en el lecho mortuario hasta las cinco y media de la tarde.

La Reina Doña Cristina, que no se ha separado en toda la tarde del cuerpo de su nietecita, mandó llevar de la Casa de Campo un gran cesto de rosas y lilas blancas, que ella misma regó sobre el lecho.

Cerca de las seis fué depositado el cadáver en la capilla ardiente, instalada en el oratorio, en la planta baja.

Allí también estuvo expuesto el cadáver de la llorada Infanta María Teresa, madre de la Infantita muerta.

En la capilla ardiente montaron la guardia los Alabarderos.

Era la Infantita Doña Pilar, como es bien sabido, la hija menor del Infante Don Fernando y de la malograda Infanta Doña María Teresa. Por su carácter alegre y por sus dotes de bondad disfrutaba, no sólo de cariño de cuantos la trataban, sino de la preferencia de muchas que veían en la augusta niña una continuación de aquella bondad admirable, que tantas simpatías conquistó a su infortunada madre.

Aunque de cabellos muy rubios y piel muy blanca, la Infantita recordaba en su rostro las facciones de la Infanta Doña María Teresa. Por eso, por ser la hija menor, que no había conocido a su madre, la Reina Doña Cristina concentró en ella inextinguibles cariños, y la Infantita, al ir creciendo, no parecía sino que, al darse cuenta de

ello, respondía con exceso, con sus condiciones de inteligencia y bondad, al amor de los suyos.

Había nacido la Infantita en Madrid el 15 de Septiembre de 1912; no había cumplido, pues, todavía los seis años.

Aquel día llegó a las once de la mañana, procedente de San Sebastián, la Reina Doña Cristina, a quien se unió en Segovia la Infanta Doña Isabel.

Esta augusta señora había tenido noticia, por teléfono, del nacimiento de la Infantita; tomó el automóvil, marchó a Segovia y participó allí, al llegar el tren, la fausta nueva a la Reina, viniendo ya las dos a Madrid.

El nacimiento se había realizado sin la menor novedad, y todo era satisfacción en el hogar feliz de los Infantes. Comunicóse la noticia a los Reyes, que se encontraban en San Sebastián, y a la Infanta Doña Pilar y el Príncipe D. Luis Fernando de Baviera, padres de Don Fernando, que se hallaban en Salamanca.

Se señaló para el día 24 el bautizo de la recién nacida, que había de efectuarse en el Regio Alcázar, con toda solemnidad. Para asistir a él llegaron los Reyes, de San Sebastián, el día 22.

Y el 23, a las doce y media, de pronto, cuando menos se lo podía nadie esperar, falleció, al ir a abandonar por vez primera el lecho, la Infanta Doña María Teresa.

En el recuerdo de todos están los días de desolación, de terrible pena, renovada hoy, por que atravesó en aquellos días la familia Real.

La Reina Doña María Cristina, crisol donde se han fundido toda clase de dolores, sintió desgarrarse de nuevo su corazón de madre.

Para todos los monárquicos fueron horas de intensa pesadumbre.

El bautizo de la Infantita fué aplazado hasta el día 28, y no se efectuó en palacio ya, sino en la residencia de la Cuesta de la Vega.

El acto tuvo un carácter absolutamente íntimo, y verificóse en medio de una indefinible tristeza. Al acto asistió, en nombre del Gobierno, el que era entonces presidente del Consejo, D. José Canalejas, que mes y medio más tarde caía asesinado en la Puerta del Sol.

A la Infantita se le impusieron los nombres de Pilar, Adelgunda, Luifponda, Paz, Teresa, Luisa, Fernanda, Cristina, Antonia, Isidra, Romana, Atocha, María de las Mercedes, Simona de Rojas, Todos los Santos.

Fueron los padrinos de la recién nacida el Príncipe Luitpold, Regente entonces de Baviera, y la Princesa Adelgunda, su hermana, Duquesa de Módena, que estuvieron representados por la Infanta Doña Paz y el Príncipe D. Luis Fernando de Baviera.

La Infantita Doña Pilar, solícitamente cuidada por todos, fué creciendo siempre muy saludable, siendo el encanto de su augusta familia, que adoraba en ella. La vida que en Madrid hacía no podía ser más higiénica.

Por mañana y tarde, cuando el tiempo lo consentía, iba con sus hermanos, los Infantitos D. Luis Alfonso, Don José Eugenio y Doña Mercedes, a pasear al Campo del Moro y la Casa de Campo.

Durante los veranos, en Cercedilla, primero, y en Fuenterrabía, después, era la vida de la Infanta la misma. Personas que la vieron en la playa guipuzcoana estos veranos últimos recuerdan la delicada figura de la Infantita, bañándose en la playa alegremente.

¡Cuántos amargos recuerdos tendrán ahora para los suyos aquellos lugares tan gratos!

¡El alma de la Infantita Doña Pilar voló al Cielo, y allí, sin duda, se habrá unido con la de aquella inolvidable Infanta, todo bondad, que le dió el ser!

Al Infante Don Fernando y a su noble esposa, a la Reina Doña Cristina, a los Reyes y a toda la Real familia, acompañamos de todo corazón en su terrible pena, deseándoles toda la resignación necesaria para poder sobreponerse a la irreparable desgracia.

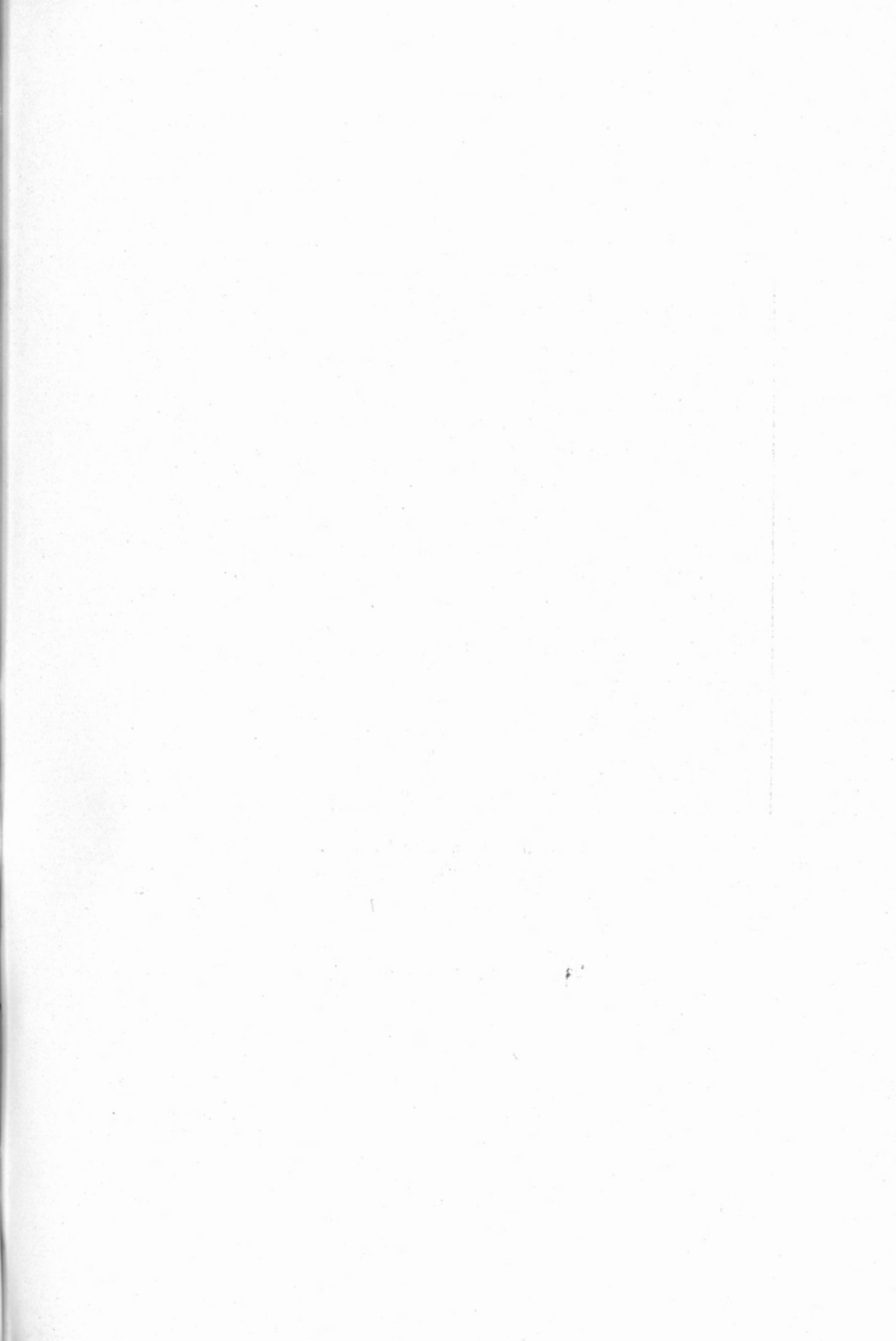
9 MAYO 1918

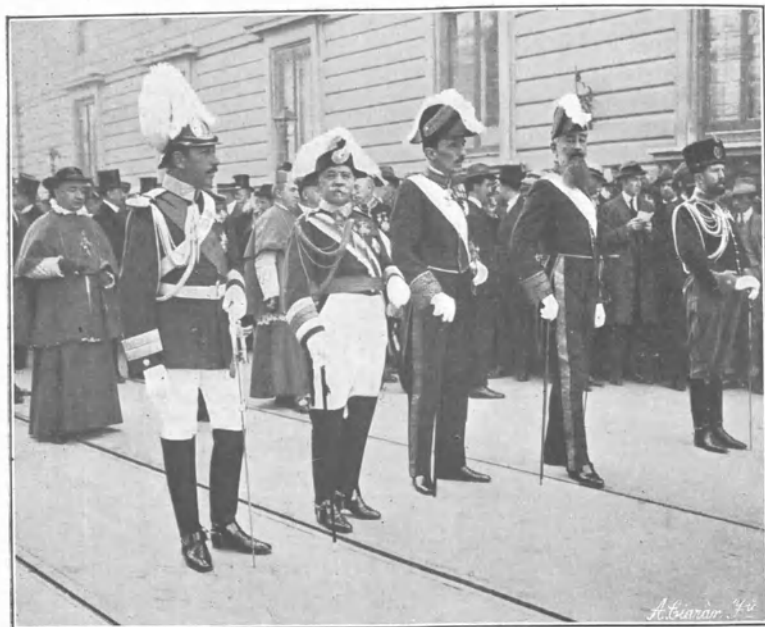
ANTES DEL ENTIERRO

Durante la noche velaron el cadáver en la capilla ardiente, en cuyo altar se destaca la imagen del Rey San Fernando, la condesa de Mirasol, el duque de la Victoria, el marqués de San Felices de Aragón, el Sr. Gordon, el comandante Sr. Pulido, el secretario del Infante Sr. Pastor, y los oficiales de secretaría Sres. Cavanillas y Baldasano.

También custodiaban el cuerpo inanimado de la Infantita los Monteros de Espinosa.

Un zaguanete de Alabarderos daba guardia de honor al cadáver.





Entierro de la infantita D.^a Pilar.
La presidencia del duelo.

Fot. Marin y Ortiz.

Los restos de la Infantita Pilar reposan en un féretro de raso blanco, con herrajes de plata, colocado sobre un pequeño túmulo, blanco también.

Por la tarde verificóse con toda solemnidad el entierro de la Infantita.

El acto, a causa de la poca edad de la augusta niña, y según los precedentes de casos análogos, no tuvo carácter oficial. Fué puramente íntimo de la Real familia, y a él asistieron, aparte de las naturales representaciones del Gobierno y Corporaciones oficiales y de las Comisiones de los Cuerpos de la guarnición, cuantas personas quisieron particularmente asociarse al duelo.

Llegaron al palacio muchas distinguidas damas, que después de rezar en la capilla ardiente, ante el cadáver, subían a uno de los salones de la planta principal, donde se había reunido momentos antes la familia Real, en torno de la Reina Doña Cristina y del Infante Don Fernando.

Con S. M. y con S. A. y la duquesa de Talavera estaban los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, la Infanta Doña Isabel, los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, los Príncipes Felipe de Borbón y los Príncipes Don Raniero y Don Jenaro.

Cerca de las tres entró en la capilla ardiente el obispo de Sión, a quien acompañaba el clero palatino.

En aquel momento estaban en la capilla S. M. el Rey, el Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera.

El prelado entonó ante el cadáver de la Infantita el *Laudate pueri Dominum*, y rezó otras preces de ritual. Acto seguido fué cerrado el féretro y tomado por los ayudantes del Infante Don Fernando, duque de la Victoria y comandante Pulido, por el secretario particular de S. A., D. Gabriel Pastor, y por el capitán Escartín, profesor de los Infantitos. Se dirigieron, con escolta de guardias alabarderos, por los salones estilo Luis XIV, de la planta baja, para salir por el vestíbulo principal. Allí, las tropas de Escolta Real y Alabarderos, formadas ante el palacio, rindieron los honores debidos.

El féretro fué colocado en la carroza estufa de la Real Casa dedicada a este triste servicio, y tapizada y pintada hoy de blanco y dorado. Formaban el tiro seis caballos tordos, con penachos blancos y trenzaduras de los colores azul y oro.

Constituían la servidumbre postillones y palafreneros a la Federica. Mientras tanto, el Rey, con el Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera, tornó al salón del piso principal, donde se desarrolló la triste escena que es de suponer.

EL ENTIERRO

A las tres en punto se organizó la comitiva, que se puso a los pocos minutos en marcha.

Iban en primer término los clarines y timbales de las Reales Caballerizas y el resto del personal de esta dependencia, con trajes de gala.

Seguían las cruces y mangas de las 30 parroquias de Madrid, y tres grandes *landaus* de la Casa de S. A. con las coronas.

Iban a continuación 18 servidores de la Real Casa, con hachones encendidos, y tras ellos la cruz de la Real capilla, con el furriel, los capellanes de altar, músicos y cantores, y los capellanes de honor. Estos acompañaban al obispo de Sión, revestido de pontifical.

Seguían los gentilhombres, señores Villar y Díaz (D. Telesforo); los mayordomos de semana, marqueses de Zugasti y de la Frontera, barón de Covadonga y Sr. Travesedo (D. Francisco), y los gentilhombres de cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre, duque de Sotomayor y marqués de Atarfe, que eran los Grandes de España que se hallaban hoy de guardia, respectivamente, con los Reyes y con la Reina Doña Cristina.

Después, precedida por batidores y un correo de Caballerizas, marchaba la carroza mortuoria. Las cuatro cintas blancas que del féretro pendían eran llevadas por sus extremos por otros tantos Monteros de Espinosa. Junto a éstos iban los gentilhombres de casa y boca Sres. Vitórica, Gamir, Villar y Hurtado. Ocho alabarderos daban la guardia de honor.

Al pie de la carroza caminaba el oficial mayor de Alabarderos, teniente coronel Mariné, a cuyo mando ha estado el zaguanete encargado de rendir honores al cadáver en Madrid.

A la izquierda cabalgaba el caballero Sr. Rueda.

Detrás iba una sección de Escolta Real, mandada por el capitán Sr. Fernández de Córdoba y el teniente Sr. Milans del Bosch.



Entierro de la infantita D.^a Pilar. La carroza fúnebre al partir del palacio de la Cuesta de la Vega.

Fot. Marín y Ortiz.

Las presidencias del duelo, que a continuación marchaban, eran dos. La primera, constituida por los representantes de la Real Casa, la formaban el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; el marqués de Castel Rodrigo, mayordomo mayor de la Reina Doña Cristina; el jefe de la Casa militar del Rey, general Huerta, y los ayudantes del Infante Don Fernando, duque de la Victoria y comandante Pulido.

Constituían la segunda presidencia los obispos de Madrid-Alcalá y prior de las Ordenes militares; el jefe del Gobierno, Sr. Maura; el presidente del Congreso, Sr. Villanueva; los ministros de Estado, señor Dato; Gobernación, marqués de Alhucemas; Hacienda, Sr. González Besada; Instrucción pública, Sr. Alba, y Guerra, general Marina.

La concurrencia que seguía era verdaderamente extraordinaria. No podemos aquí citar los nombres. Pero podéis calcular la muchedumbre por las simpatías con que cuentan las personas Reales.

De diplomáticos, asistieron todos los embajadores y ministros plenipotenciarios extranjeros y muchos secretarios y agregados; el subsecretario del ministerio de Estado, marqués de Amposta, con una representación del departamento, y los introductores de embajadores, conde de Velle y duque de Vistahermosa.

Cerraban la marcha la carroza de «Amaranto», de la Real Casa, que iba de respeto, y un coche de los llamados de «París», de media gala.

En la estación del Norte esperaban la llegada de la comitiva fúnebre el segundo jefe del Real Cuerpo de Alabarderos, general Sousa, y varios funcionarios palatinos.

En el andén estaba formada una sección de Alabarderos, al mando de un teniente.

En la línea esperaba ya el tren especial.

A las cuatro menos cinco llegó la triste comitiva.

Cuatro palafreneros bajaron el féretro, y a hombros lo condujeron hasta el tren.

Dando guardia al cadáver quedaron los cuatro Monteros de Espinosa y dos parejas de Alabarderos.

En los tres coches corridos que completaban el convoy tomaron puesto las Comisiones.

A las cinco y cuarto llegó el tren a El Escorial.

Los Monteros de Espinosa sacaron el féretro del furgón.

De la plataforma fué bajada la carroza fúnebre, y del furgón-cápilla las coronas y los ramos de flores.

La comitiva se organizó seguidamente,

El cortejo continuó procesionalmente hasta la Lonja, donde esperaban el prior y la Comunidad de Padres Agustinos, que se hicieron cargo del cadáver, acompañándolo hasta el templo.

La Comunidad de agustinos rezó el Oficio de *Angelus*, y terminada la religiosa ceremonia fué conducido el féretro al Pudridero, en hombros de cuatro palafreneros.

Allí se hizo cargo definitivamente del cadáver el prior de los Agustinos, haciendo entrega el director general de los Registros, Sr. Raventós, en funciones de notario mayor del Reino, por delegación del ministro, conde de Romanones.

El Sr. Raventós, dirigiéndose a los Monteros de Espinosa, les preguntó:

—¿Juráis que el cuerpo que contiene la presente caja es el de S. A. R. la serenísima señora Infanta Doña Pilar, el mismo que os fué entregado para su custodia en Madrid?

—Sí lo es, y lo juramos—contestaron los Monteros.

Entonces el notario mayor delegado se dirigió a los Padres Agustinos, pronunciando las siguientes palabras:

—Reverendo Padre rector y reverendos Padres aquí presentes: Reconozca vuestra paternidad el cuerpo de S. A. R. la serenísima señora Infanta Doña Pilar, que conforme al estilo y a la orden de S. M. el Rey (q. D. g.), que os ha sido dada, os voy a entregar, para que lo tengáis en vuestra guarda y custodia.

El prior y los Padres Agustinos se acercaron al ataúd, y después de observar el cadáver durante algunos momentos, exclamaron:

—Lo reconocemos.

Inmediatamente se procedió a tapar el ataúd, en el que ha de permanecer el cadáver de la Infanta los diez años que marca la ley.

Los asistentes al acto firmaron el acta. Y poco después regresaron a la estación para emprender su viaje a Madrid.

Las comidas de moda en el Palace.

SE inauguraron anoche. El éxito estaba descontado; las mesas pedidas eran numerosas; los comensales, aristocráticos. Y en el hotel todo estaba preparado para la fiesta. El comedor se adornaba con bellos tulipanes, lirios y claveles. En el salón de baile todo estaba dispuesto para el cotillón.

Gemelli se había desvivido para que no faltase nada.

Una mesa muy elegante debía ser la del encargado de Negocios de la República Argentina, Sr. Moreno, cuyos invitados eran el embajador de Francia y Mme. Thierry, los duques de Plasencia, los Príncipes Pio de Saboya, la marquesa de Valdeolmos, duquesa viuda de Sotomayor y su hija, M. y Mme. Vieugué, la señorita de Castrillo y los señores de Le Breton y su encantadora sobrina.

Los marqueses de Atarfe, que vinieron a Madrid para asistir a la boda de su hijo, habían invitado a su mesa, con sus hijos, al ministro de Holanda y Mme. Van Royen, duquesa y duque de Santa Elena, condesa viuda de Arcentales y condesa y conde del Vado.

Otra mesa era la de los duques de Aliaga y su hija la marquesita de San Vicente del Barco, cuyos comensales eran los duques de Sotomayor, los condes de Torre-Arias y sus hijos, los condes de Torrubia, la señorita de Bertrán de Lis y el duque de Dúrcal.

En otras mesas debían comer el ministro de Estado, el de la Gobernación y la marquesa de Alhucemas, el embajador de Italia, el de

los Estados Unidos, la duquesa de Medina de Rioseco, condes de Heredia Spinola, marquesa de Argüelles, generala Borbón y sus hijas, duques de Tarancón, condes de Maceda, condes de Sannazzaro, secretario del Rey, D. Enilio María de Torres; condes Viganotti, señores de Camperio y otras muchas personas conocidas.

La dolorosa pérdida de la Infantita Pilar hizo cambiar por completo la decoración.

Circuló rápidamente la triste nueva, y los diplomáticos, y las damas de la Reina, y los ministros y otras personas que tienen carácter oficial, hubieron de excusarse de asistir a la comida.

El teléfono funcionó con actividad febril, deshaciendo los encargos de las mesas pedidas; otros lo aplazaban para el miércoles próximo, y así en pocos momentos, todo cayó por tierra.

Mesas de 20 cubiertos quedaron reducidas a ocho; otras permanecieron desiertas. Casi todas incompletas. Eran las ocho de la noche y aún funcionaba el timbre del teléfono para las excusas.

Los que no pudieron dar aviso, y los que no tenían carácter palatino o diplomático, comieron allí. Y había sido tan considerable el pedido de mesas, que aún resultó numerosa la concurrencia.

Recordamos que entre los que asistieron figuraban la marquesa y el marqués de Perijá y la señorita de Villanueva y su hermano—hijos del presidente del Congreso—y el ex ministro Sr. Sánchez Guerra, que se sentaban a la mesa de la marquesa de Argüelles y de su hija María Ignacia; el Príncipe d'Anjou tenía como invitados al ministro de Persia, al general duque de Tetuán, al consejero de la Embajada de Austria, barón Gudenus; al agregado militar de la misma embajada y la condesa Dzieduszychi, al agregado militar de Rusia y a D. Juan Ibarra.

Entre otros comensales figuraban el agregado naval de Italia y M^{re}. Camperio, los marqueses de Valdeiglesias, los S^{res}. Moreno y Chiappe, los marqueses de Vista-Alegre, la condesa de Arcentales, a señorita de Vadillo, las de Ferrera...

No hubo fiesta. El Sr. Gamelli, director del Palace, suspendió el cotillón... Todo quedó aplazado hasta el miércoles próximo, en que el Palace estará brillante, encontrando, seguramente, la compensación.



El conde de Cerragería.

Fot. Franzen.

Una distinción merecidísima.

Su Majestad el Rey se ha dignado conceder la Gran Cruz de Isabel la Católica al conde de Cerragería.

Esta es la distinción y esta la noticia. Pero ciertamente el ilustre agraciado, todo bondad, todo corazón, se merece unas líneas más de nuestra pluma.

Aplaudimos sin reserva la recompensa otorgada por el Soberano. Es una distinción justísima. Toda la sociedad de Madrid se ha alegrado de la alta merced. Muchas personas han exclamado: «Creíamos que la poseía hace mucho tiempo.»

Nosotros conocemos bien al conde de Cerragería. Ello nos permite decir que es uno de los hombres más amables y corteses que hemos tratado. En los momentos de duelo el primer pésame, el suyo; en el curso de una enfermedad, la primera firma que se estampa en los pliegos, la suya; el primer regalo de boda, el suyo; la suya, la primera felicitación o la primera enhorabuena. Es de lo más atento. Es la corrección en persona. Y caritativo como pocos. ¿Recordar todas las obras que realiza, todos los auxilios que presta, toda esa misión que voluntariamente se ha impuesto? No es este el momento. Además—y no queremos eso de ninguna manera—ofenderíamos seriamente su modestia, su sencillez. Pero baste decir que a infinitas obras de cultura y de beneficencia, hizo llegar—ha hecho llegar—el noble conde sus espléndidos donativos.

El padre Provincial que bendijo ayer la unión de la señorita de Benavites con el marqués de Espeja, nos hablaba de esas dos noblezas: la del corazón y la de la cuna. Y añadió: «Señalad vosotros cual es más admirable.» Y agregaba que la del corazón aún brilla más, aún llega más a Dios. El conde de Cerragería posee las dos.

En la memoria de todos está su hermoso rasgo en favor de la maravillosa catedral de León; la generosidad con que difundió y popularizó el famoso cuento de Nogales *Las tres cosas del tío Juan*; sus donaciones constantes a la Asociación Matritense de Caridad y al monumento al Rey Don Alfonso XII; sus generosos donativos a los Sanatorios antituberculosos; sus bellos rasgos en beneficio de los pobres ciegos y de otros menesterosos... Es un hombre todo caridad y amor a los desvalidos, cuyo bolsillo está siempre abierto para socorrer la desdicha; inteligente, cultísimo y profundamente religioso, favorece igualmente las empresas de cultura y las obras religiosas.

El conde de Cerragería, tercero de su título, D. José de Cerragería y Cavanilles, es licenciado en Derecho civil y canónico, en Derecho administrativo y en Filosofía y Letras; caballero profeso de la Orden de Santiago, maestrante de Zaragoza y gran cruz de la Pontificia de San Gregorio el Magno.

Está casado en segundas nupcias con D.^a Elvira de Barandica y Ampuero, dama muy distinguida y caritativa también.

En primeras lo estuvo con la hija de los marqueses de Fuente-Pelayo, sobrina del de Cerralbo.

Nosotros enviamos muy gozosos nuestra enhorabuena al ilustre matrimonio.

La fiesta de la Grandeza.

LA fiesta que anualmente celebra la Grandeza de España en honor de su Patrono revistió esta mañana, en la iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja, de la calle de la Flor, la misma brillantez y solemnidad que en años anteriores.

Como siempre, asistió la familia Real, que quiso dar de este modo una nueva prueba del alto aprecio y estima en que tiene a nuestra Grandeza, representante de todo un glorioso pasado y esperanza de un porvenir no menos venturoso.

Había sido adornado el interior del templo con riqueza y buen gusto.

Cubrían los muros soberbios reposteros de las Casas de Alba, Mina, Vega y Rafal. Artísticos grupos de flores y profusión de plantas completaban el adorno. Y junto a los Guardias Alabarderos, que prestaban servicio de honor, veíase, con sus blancas pelucas, o sus cabezas empolvadas; con sus libreas o casacas y calzón corto, a los servidores de los duques de Alba, Medinaceli y Aliaga; del marqués de la Mina y del conde de Heredia Spínola.

En el fondo, sobre el altar mayor, resplandecía, inundada de luz, la imagen de San Francisco de Borja.

A lo largo del templo se extendían dos filas de bancos para los Grandes de España asistentes al acto.

A uno y otro lado congregáronse, hasta llenar las naves de la iglesia, las personas invitadas.

Momentos antes de las once—ya estaba el templo lleno—llegaron, en *landau* descubierto, los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, precedidos por un correo de gabinete y acompañados por el caballero señor Lombillo y por una sección de la Escolta Real, al mando del comandante Sr. García Benítez.

Llevaba el Rey uniforme del regimiento de Lanceros del Príncipe, y cruzaba su pecho con la banda del collar de Carlos III.

La Reina vestía traje negro, con mantilla del mismo color.

Formaban el séquito de SS. MM. los jefes de Palacio, duquesa de San Carlos, marqués de la Torrecilla y general Huerta; la dama de guardia, marquesa de Pozo Rubio; el Grande de España, marqués de la Romana, el ayudante de servicio, comandante Ponte, y el mayordomo de semana, marqués de Fuente el Sol.

Cuando SS. MM. llegaron acababan de hacerlo, también con sus séquitos respectivos, la Infanta Doña Isabel y los Infantes Don Carlos y Doña Luisa.

Reyes e Infantes fueron recibidos en el atrio de la iglesia por el decano de la Diputación permanente de la Grandeza, marqués de la Mina; el secretario, duque de la Vega; el tesorero, duque de la Conquista, y los vocales, duques de Luna y Arión, marqués de Hoyos y conde de Sallent, así como por el rector de la Residencia de Padres de la Compañía de Jesús, que regenta aquel templo.

Un zaganete de Alabarderos, al mando del oficial mayor, teniente coronel Feduchy, rindió los honores debidos.

Los Reyes entraron en la iglesia, a los acordes de la *Marcha Real*, bajo palio, cuyas varas llevaban los duques del Arco, Bivona y Aliaga, y los marqueses de Santa Cristina, viudo de Canillejas y Quintanar.

Ocuparon SS. MM. los sillones que para ellos estaban dispuestos, bajo dosel, en el presbiterio. A su derecha sentáronse los Infantes, y detrás las personas del alto séquito.

En los bancos destinados a ellos tomaron asiento los grandes de España asistentes, que eran, además de los ya citados, los duques de Parcent e Infantado, los marqueses de Comillas, Cenía, Bendaña, San Vicente, San Juan de Piedras Albas y Rafal, y los condes de Superunda, Revilla Gigedo y Glymes de Brabante.

Entre la distinguida concurrencia figuraban, además, las duquesas del Infantado, Aliaga, Soma, Terranova, Noblejas, Parcent y

Victoria; las marquesas de la Mina, Atarfe, Comillas, Casa Valdés y Aguila Real; las condesas de Alcubierre, Vega del Sella, Cardona, Romanones y Guendulaín; vizcondesa de los Antrines, y las señoras y señoritas de Cavanilles, Armada, Vettera, Gil, Delgado, Heredia y Bertrán de Lis; Comisiones de las Ordenes militares, de las Maestranzas y de la Orden del Santo Sepulcro y otras representaciones.

Apenas se hubo sentado el Rey, el marqués de la Mina, como decano, invitó a acercarse a S. M. al ilustre director de la Biblioteca Nacional y académico, D. Francisco Rodríguez Marín, a quien ha sido otorgado, el premio para escritores concedido por la Grandeza de España.

El Soberano entregó al Sr. Rodríguez Marín un pergamino — en su ángulo superior del lado izquierdo lleva el sello de la Grandeza — en el que, con caracteres góticos, se ha grabado la siguiente inscripción:

«Examinados los trabajos, debidos al excelentísimo Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, en el bienio comprendido desde 1.º de Enero de 1916 a 1.º de Enero del presente año, la Diputación y Consejo de la Grandeza, de conformidad con lo dispuesto en las bases aprobadas en la asamblea general de 31 de Diciembre de 1916, le adjudica el premio de 10.000 pesetas, establecido por la Grandeza de España para los escritores, en memoria de D. Miguel de Cervantes Saavedra, correspondiente a dicho bienio.

Lo que tenemos el honor de comunicarle para su conocimiento y satisfacción.

Madrid, 1.º de Mayo de 1918.—El decano, *Marqués de la Mina*.—El secretario, *Duque de la Vega*.»

Retiróse el Sr. Rodríguez Marín, y acto seguido dió comienzo la función religiosa, en la que ofició el maestro de ceremonias de la catedral de Madrid. Los coros de la Capilla música cantaron la *Misa* del Padre Alfonso.

Actuaron de acólitos y monaguillos, como en otras ocasiones, aristocráticos niños, entre ellos los hijos de los duques del Infantado, de los marqueses de Rafal, Castellfuerte y Villapanés; de los condes del Asalto y los barones de la Vega de Boecillo.

Terminada la función religiosa, verificóse otro acto, no menos simpático que el del premio Cervantes.

Siguiendo la práctica establecida hace algunos años, éste han sido concedidas también 10 cartillas del Monte de Piedad a cinco ancianos servidores de cada sexo, que se han distinguido por la lealtad de sus servicios en diferentes casas de Grandes de España.

Eran justamente premiados hoy, Ruperto Alvarez, de sesenta y siete años de edad y cuarenta y cinco de servicio, perteneciente a la Casa de los duques de Tarancón; Luis Fernández, de cincuenta y nueve y cuarenta y cuatro, respectivamente, servidor de los Condes de Revilla Gigedo; Nicolás Martín, de sesenta y seis y cuarenta y tres, del marqués de Vallecerrato; José Peláez, de cincuenta y tres y treinta y siete, de la marquesa de Miraflores; Francisco Juanet, de cincuenta y treinta y siete, del marqués de Comillas; Aurelia Eliescuban, de sesenta y siete y treinta y siete, de la duquesa de Fernán Núñez; Josefa Aracena, de sesenta y cuatro y treinta y seis, de la condesa de Romanones; Margarita Perelló, de cincuenta y cinco y treinta y cinco, de la duquesa de Medina de las Torres; Guadalupe Alegría, de cincuenta y tres y treinta y cuatro, de la duquesa de Híjar, y Fernanda Zuazu, de cincuenta y seis y treinta y tres, de la duquesa de la Vega.

Todos ellos fueron desfilando ante el Rey, de cuyas augustas manos recibían las cartillas del Monte de Piedad con que sus señores premiaban sus leales servicios.

Cerca de las doce y media diéronse los actos por terminados.

Los Reyes y los Infantes abandonaron el templo con los mismos honores, no sin expresar antes el Soberano, al marqués de la Mina y al resto de la Junta, la complacencia con que había asistido a los actos de hoy, verdaderamente dignos de la Grandeza de España.





Srta. Concepción Alonso Castrillo y Bayón.
Cuadro de Romero de Torres.

La señorita de Alonso Castrillo y don José Polo de Bernabé. Tres comidas diplomáticas.

Si nosotros tuviéramos hoy tiempo y espacio—cosas que siempre deseamos para comunicarnos con vosotros, lectores,—haríamos una crónica larga, porque noticias tenemos para ello. Pero el tiempo apremia, el espacio falta y un «hay que comprimirse» es lo que las circunstancias nos hacen exclamar y escribir.

Comenzaremos por decir que anteayer mañana, y en la parroquia de la Concepción, se celebró el enlace de la encantadora Conchita Alonso Castrillo, hija del difunto ex ministro D. Demetrio, con el joven abogado D. José Polo de Bernabé, sobrino del embajador de España en Berlín.

Que la iglesia estaba bellamente engalanada lo consignaremos, lectores; pero que la novia estaba lindísima... cosa es que no hace falta señalar, puesto que es sabido que Conchita Alonso Castrillo es una señorita encantadora. Y anteayer, con su traje de boda, con su diadema de azahar, con su espléndido velo, que ocultaba—o pretendía ocultar—suavemente su belleza, estaba, acaso, más bonita que siempre.

Bendijo la unión el párroco de San José, D. Donato Jiménez; fueron padrinos la hermana de la novia, señorita María Alonso Castrillo, y el tío del novio, nuestro embajador en Alemania, representado por D. Luis Polo de Bernabé, hermano del contrayente; firmando como testigos, por parte de ella, sus hermanos el conde de Torre-cilla de Cameros y D. Mariano y D. Ramiro Alonso Castrillo, D. Gon-

zalo Bayón y D. Jesús de Ussía y Cubas, y por la de él, el ex ministro conde de Esteban Collantes, el presidente de Sala de la Audiencia, D. Mariano Abellón, el juez de la Universidad, D. José Manuel Puebla; el capitán de artillería naval, D. Luis Monreal y D. Manuel Vaca de Osma, y asistiendo en representación del Juzgado el juez municipal del Centro, D. Enrique Robles.

La concurrencia fué numerosa; los nuevos esposos recibieron cientos de cariñosas felicitaciones, y por la tarde—con mil venturosos deseos de todos sus amigos—emprendió el nuevo matrimonio su viaje de novios: primero a Barcelona, luego a Valencia, después a Zaragoza, más tarde a Bilbao, y por último a Santander.

Por la noche hubo tres comidas diplomáticas: una en la Embajada de Austria-Hungría, en honor del presidente del Consejo, D. Antonio Maura, sentándose a la mesa, con los príncipes de Fürstenberg y el insigne estadista, la duquesa viuda de Sotomayor, duquesa y duque del Infantado, marquesa y marqués de Atarfe, señores de Ibarra, marqués de Elduayen y el agregado militar de la embajada.

Otra fué en la Embajada de los Estados Unidos. Tuvo también carácter íntimo. Con Mr. y Mrs. Willard y sus hijas se sentaron a la mesa: la duquesa y el duque de Aliaga y su hija la marquesa de San Vicente del Barco, la marquesa y el marqués de la Romana, los Sres. de Santos Suárez (D. José), la señorita de Hurtado de Amézaga, el marqués de Lambertye y los señores D. Narciso Pérez de Guzmán y D. José Mitjans.

Y fué la tercera en la Embajada de Inglaterra siendo los individuos de sir y lady Hardinge, los ministros de Estado, Gobernación e Instrucción pública, con la marquesa de Alhucemas y señoras de Dato y de Alba, la marquesa y el marqués de Ivanrey, los señores de Aguilar, el duque de Westminster, el duque de Alba, el duque de Baena, el marqués de Villavieja, el consejero de la Embajada Argentina, Sr. Moreno; lord y lady Hervert, Mr. y Mrs. Baring y el coronel Grant.

Las demás noticias... Ya hemos dicho que no disponíamos de tiempo ni de espacio.

Los miércoles del Palace.

SE han inaugurado las comidas de moda del Palace. Celebráronse anoche las anunciadas para el pasado miércoles y suspendidas con motivo de la muerte de S. A. la Infantita Pilar, y aquel gran comedor ofreció un conjunto elegante. Los comensales pasaban de cuatrocientos. Tantos pedidos hubo, en fin, que por la tarde rehusáronse ciento cincuenta peticiones.

El Palace ha triunfado. Después de las comidas, después de saborear el café y de encender unos cigarros en el «hall», se bailó un cotillón... Pero reseñemos algunas mesas.

En una de las rotondas tenían preparada la suya los marqueses de Atarfe, con los que se sentaban el Príncipe Raniero de Borbón, duques de Aliaga y la marquesa de San Vicente del Barco, duque de Dúrcal y la Srta. Cristina Borbón, condes de Torre-Arias, señores de Méndez-Vigo, señorita de Bertrán de Lis, condes de Torrubia, marqués de Elduayen y su hija, nuestro representante en El Haya, D. Santiago Méndez-Vigo; el marqués de Santa Marta, D. Narciso Pérez de Guzmán, la Srta. Raquel Méndez-Vigo y los duques de Ansola y de Hernani.

Con la Princesa Beatriz de Borbón, las Princesas Margarita y Fabiola, condes de la Florida, Sr. Alba, Sr. Samaniego y señores de Portillo.

Con los marqueses de Feireras y sus hijas, los señores de Areces,

señora viuda de Echagüe, señores de Gómez Barzanallana y de Muñoz, conde de la Marquina, D. Fernando y D. José Sartorius y D. Juan Maroto y Pérez del Pulgar.

Con la condesa viuda de Arcentales y su hijo el poseedor del título, el ministro de la Gobernación y la marquesa de Alhucemas, condesa de Alcubierre y la marquesa de Espinardo, marqueses de Villadarias, señoritas de García Prieto y de Bermejillo, condes de Glymes de Brabante y del Moral de Calatrava, secretario de S. M., Sr. Torres, y D. Juan de la Cierva.

Los marqueses de Valdeiglesias sentaban a su mesa, además de sus hijos, a los duques de Tarancón y la condesa del Recuerdo, condes de Maceda, vizcondesa de Fefiñanes y Sres. Gómez Acebo y Valmaseda.

Con el consejero de la embajada argentina, Sr. Moreno, el embajador de Francia y Mme. Thierry, la marquesa de Valdeolmos, duquesa viuda de Sotomayor y la condesa de Buenavista de la Victoria, duques de Plasencia, marquesa de Ivanrey, condes de Vander-Stratten, Sres. Le Breton, señores de Mora, señoritas de Castrillo y de Llovera, el subsecretario de Estado, marqués de Amposta; el diputado Sr. Salvatella, Sr. Cañás y el secretario de la Embajada argentina, Sr. Chiappe.

En otras mesas estaban: el comandante Camperio y su señora con el embajador de los Estados Unidos y Mrs. Willard, condes de Viganotti y M. y Mme. Crosley; los marqueses de Tenorio con los condes de Villamonte, señorita de Turnes, señores de Luque y Sr. Pérez de Guzmán; la marquesa de Argüelles y su hija la señorita de Bernaldo de Quirós y los marqueses de Vista Alegre; el ilustre artista Juan Antonio Benlliure, duques de la Victoria, señora de Lombillo, marqueses de Teverga, Viluma, señores Alvarez de la Ribera, Sierra-Valle y Comyn...

Ministro de Portugal, señora y señorita de Egas Monis y señores de Arenas de Lima; marqués de San Miguel, embajador de Inglaterra y lady Hardinge; señores Urcola, Hontoria, Amézola, Corradi, Hope-Vere, Rivas (D. Natalio), Gómez Rodulfo, viuda de Costi, condes de Sannazzaro, señores de Ibarra y de Laiglesia y otros muchos.

Ya hemos dicho que luego de las comidas hubo baile. Fué un animado cotillón, que duró hasta las tres de la madrugada.



La duquesa de Parcent.

Fot. Franzen.

En el palacio de los duques de Parcent. Un retrato de la marquesa de Encinares.

UNA invitación de la duquesa de Parcent supone siempre unas horas gratisimas; gratisimas por las atenciones que a sus amigos sabe dispensar la ilustre dama, y porque su palacio, a la vez que residencia señorial, es maravilloso museo por las obras de arte que conserva.

Ayer, como siempre, volaron las horas felizmente en aquellos salones admirables.

—Tendría mucho gusto en que viniese a tomar una taza de té.

—Encantado, duquesa.

Y a las seis de la tarde subimos de nuevo la gentil escalera del palacio.

¿Cómo no sentir una impresión de belleza y de arte al cruzar aquellas estancias admirables, en las que de continuo se ofrecen al visitante novedades artísticas? Recibía la duquesa a sus amigos irguiendo su espléndida figura entre las sedas negras de su «toilette»; erguiese junto a ella su encantadora hija Piedita Iturbe, compendio de hermosura y de arte, y recibía asimismo a los invitados el duque de Parcent, conde de Contamina, artista también por temperamento, a la vez que gran señor, como perteneciente a la Casa de los La Cerda.

Era la reunión en honor de los artistas franceses, actualmente nuestros huéspedes. La duquesa los conoce a todos—como conoce a los españoles—. ¡Tantas temporadas en París, en su elegante resi-

dencia—museo también—del Bois de Boulogne!—Y a fe que, entre los recuerdos gratos que a su patria se lleven los académicos aludidos, figurará esta interesante recepción habida en los salones de los duques de Parcent, escenario de tantas bellas fiestas y estancia en la que se rinde culto a un arte supremo e ideal.

¿Cómo consignar cuantos elogios escuchamos? ¿Cómo detallar en los estrechos límites de una crónica, escrita al correr de la pluma, como se escriben siempre estos trabajos periodísticos, las bellezas soberanas ante las que se rindieron los artistas franceses y españoles? Cruzaron todos el palacio y pudieron admirar en los salones, junto al decorado severo de la época de Felipe II, del «salón español», que tal puede llamarse el recientemente inaugurado, donde todo habla a la imaginación de la época gloriosa de los Austrias, con sus soberbios tapices que adornan el clásico «estrado», sus reposteros y estandartes blasonados, sus grandes mesas y sus viejos arcones de nogal tallado, sus candelabros de forjado hierro y las magníficas tablas de los pintores «primitivos», toda la graciosa elegancia del arte francés del siglo XVIII, sus tapices de Gobelinos con las armas flordelisadas, sus porcelanas de Sévres, evocadoras de las escenas versallescas del «petit Trianon»; sus muebles de marquetería y los lienzos de los grandes maestros de aquella época fastuosa y elegante; y al mismo tiempo que se ofrecían a su admiración obras de Murillo, del Greco, de Coello y de tantos otros pintores de la antigua escuela española, podían contemplar las de nuestros artistas contemporáneos en el hermoso grupo escultórico, en mármol blanco, de Blay, que reproduce a la duquesa y su bellísima hija Piedita, niña aún, en un maravilloso conjunto de distinción y gracia; en el retrato de la duquesa, que lleva la firma del ilustre Raimundo de Madrazo, y en el de Piedita Iturbe, en traje de la época de Velázquez, una de las más bellas obras de Moreno Carbonero.

—Duquesa—dijo Sorolla a la de Parcent—: los artistas debían venir con frecuencia a esta casa. Siempre tenemos cosas que aprender.

—Pues abierta está—contestó rápidamente la dama—; con ello me darán una alegría.

Luego, toda la concurrencia formó animadas conversaciones en el jardín. Y como los concurrentes eran muy varios, las charlas eran muy amenas.



La marquesa de Encinares.
Cuadro de Pradilla.

Fot. Lladó.

Algunos nombres: con los académicos y comisionados franceses, Sres. Widor, Imbart, de Latour, Berniser, Lallemen, Tissier, Pierre París y Georges Leygues, asistían: el embajador de Francia, Mme. Thierry y su hijo Adrián Thierry; el duque de Alba, los ministros de Estado, Gracia y Justicia e Instrucción pública, Sres. Dato, conde de Romanones y Alba; el ex ministro Sr. La Cierva; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; el marqués de Camarasa, el académico barón de la Vega de Hoz, los pintores Juan Antonio Benlliure, Sorolla, Béjar, Moreno Carbonero, Villegas, Cecilio Plá, Bea y Pardiñas; el arquitecto D. Ricardo Velázquez, el novelista D. Antonio de Hoyos, D. Eduardo de Laiglesia, Asúa, Benlliure, el conservador de la Real Armería, Sr. Florit; el alcalde, Sr. Silvea.

Entre las damas—pues no faltó una selecta representación—, en primer lugar y por fueros de sus talentos y prestigios literarios, la ilustrada condesa de Pardo Bazán, que era saludada por los académicos franceses—por los españoles lo es a diario—con alta muestra de devoto respeto; la duquesa de Santo Mauro, la marquesa de Santa Cruz, la duquesa de Montellano, y su hija, la señora de Alba, la marquesa de Ivanrey, la señora de La Cierva, la condesa de San Juan de Buena Vista, la marquesa de Valdeiglesias, la baronesa y Mlle. De Van-der-Elst, la baronesa de Wedel-Jalsberg, las señoras de Laiglesia y de Herrera Moll, la marquesa viuda de Hoyos, la señora viuda de Arcos, la señora de Landecho, la señorita de Heredia, la joven condesa de San Martín de Hoyos, la condesa de San Félix, las señoritas de Quiroga y Ramos Power y algunas personas más.

* * *

Crónica como la de hoy, que empieza con la nota de arte de una recepción como la reseñada, ha de terminar con otra nota artística presidida por el nombre insigne de Pradilla.

Pradilla, el gran D. Francisco Pradilla, el pintor admirable, primero que conquistó en España la medalla de oro con su cuadro soberano «Doña Juana la loca», acaba de terminar un retrato muy hermoso de la marquesa de Encinares. Lo hemos visto y lo hemos admirado. Y hemos felicitado a la dama por el lienzo bellísimo con que adorna el

salón principal de su casa, y felicitamos al artista por el modelo que supo elegir y por la maestría insuperable de sus pinceles.

Nos figuramos que la marquesa de Encinares ha asistido a un baile, a una recepción, a una función de gala, y que descansa y reposa suavemente en un silloncito coquetón. Acaso su memoria recuerda con placidez la fiesta a la que ha asistido y de la que acaba de regresar. En este momento de ligero descanso la ha sorprendido el artista. Así, la figura de la bella dama— en plena lozana juventud—la vemos surgir de entre los pliegues tornasolados de la seda azul de su «salida de baile» y vemos nacer su busto nacarado de entre los tules negros de su «toilette» prendidos sobre el pecho con un antiguo camafeo.

¡Qué delicada maestría la de Pradilla! Es el, es su arte admirable el que nos muestra brillantemente este retrato. Es la propia marquesa de Encinares, de bellissimo rostro y de gentil figura, la que admiramos en el lienzo, al que—para que todo sea completo—ha sabido ponerle Suárez un marco magnífico.

No era fácil el cometido de Pradilla. El arte del retrato es uno de los más difíciles. Y Pradilla, por el que sentimos gran admiración, ha triunfado—como siempre— con un arte—su arte—sin efectismos, lleno de claridad y de pureza. Y han sabido reflejar sus pinceles toda la belleza de la marquesa de Encinares, toda la alegría de su cara, todo el rosa de sus mejillas, toda la luz de sus ojos, todo el brillo suave de sus cabellos, todos los matices del nácar de su busto...

Así han sido, y son, de felicitados la marquesa y el gran maestro.

Concierto aristocrático.

MARQUESA:—le dijeron hace pocas tardes a la de Mohernando—debía usted regalarnos el oído—ya que la vista nos la regala usted siempre que la vemos—con las delicias de un concierto.

—¿Usted cree...?—contestó amablemente la dama.

—Yo... y todos sus amigos.

—¡Por Dios!—exclamó sonriendo la marquesa, cuya figura gentilísima se alzaba ante un soberano tapiz que cubría uno de los muros de la residencia diplomática donde tenía lugar esta charla.

Y no se habló más porque un grupo de invitados se acercó a saludarla. Es decir, eso creímos nosotros, que no se iba a hablar más; pero se habló.

—¿Cuando llega ese día?—le dijeron.

—¿Cual?—replicó ella.

—Ese día que tanto deseamos sus amigos de usted, estos amigos como yo, que admiramos a la mujer y a la artista.

—¡Bah!—repuso la marquesa—. Es usted muy amable. Pero no hay motivo ni para una cosa ni para otra. Y no crea usted—añadió graciosamente—que bien lo siento.

La marquesa de Mohernando—tantas peticiones, tantos ruegos—fué «haciéndose a la idea» de que tenía que dar un concierto y anoche... reunió en torno suyo a unas cuantas de sus amistades y cantó.

«El salón elegante en que los muebles de la época de Luis XVI se combinan artísticamente con las plantas y las flores, sabiamente agrupadas para que produzcan una perfecta gradación de tonos, se nos ofreció como uno de esos grabados del siglo XVIII que reproducen escenas de la Corte de los últimos Borbones de Francia; en el fondo, el gran piano de cola, medio cubierto por una vieja estofa de oro y púrpura, sobre la que se erguía un vaso de cristal de La Granja repleto de flores y mientras el notable maestro Guervós resbalaba pausadamente los dedos sobre el teclado, la voz vibrante y afinada de la marquesa de Mohernando dejaba oír las notas peregrinas de una romanza de Schumann.»

Con estas líneas describe un cronista el marco de la fiesta.

Y allá, junto al piano, junto al ébano del piano, se yergue la figura de la marquesa—tan gentil—envuelta entre sedas y gasas con clásica elegancia.

¿No oís? Pongamos atención. ¡Oh! ¡Qué deliciosamente llegan a nosotros los acentos de *Comme la nuit*, de Bohm; *Le berceaux*, de Faure; la famosa *Serenade*, de Strauss; *Un rêve*, de Grieg; *Elle est à toi*, de Schumann, y *Comme l'oiseau vers le nuage*, del gran Rubinstein!

Se juntan las manos y se ofrece a la marquesa de Mohernando una cariñosa ovación.

—¡Ah, marquesa, bien hacíamos en desear esta noche!

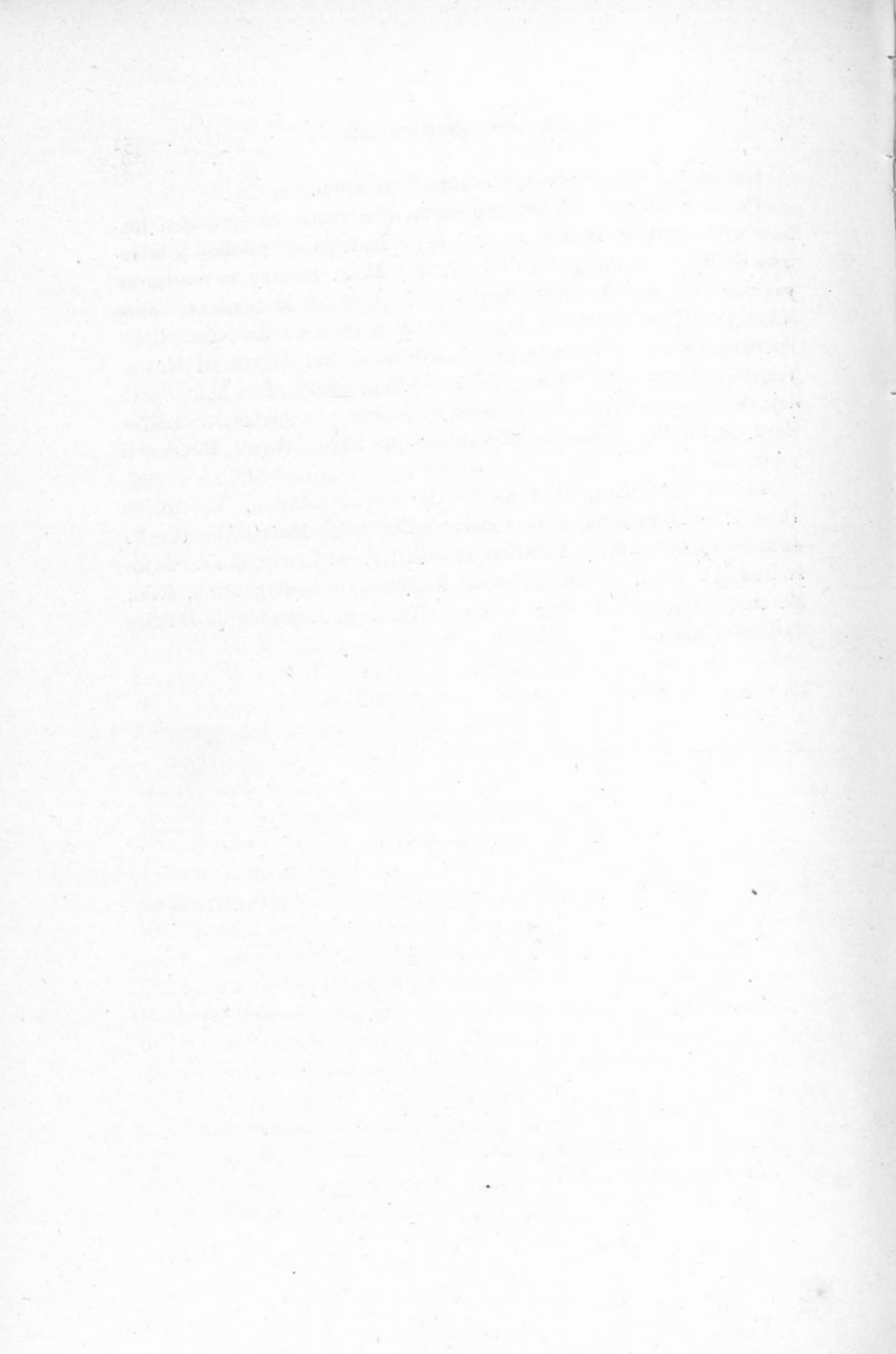
—Muchas gracias, muchas gracias.

Pero la de Mohernando no quiso cantar sola y otra hermosa cantante aristocrática, la señora de Santos Suárez, hija de los condes de Vistaflorida, que habitualmente reside en París, compartió el triunfo con la dueña de la casa. Es la que de soltera se llamó María Teresa Osma, una de las más completas artistas de salón; las romanzas o «lieders» tienen en ella una admirable intérprete; su voz extensa, de un timbre agradabilísimo, hábilmente manejada, como discípula que es de grandes maestros, es la voz apropiada para este difícil género de canto. Así el público, entusiasmado al oírla, hízola repetir la célebre *Malinatte*, de Leoncavallo; la siguió con religiosa admiración en el aria de *Thais*, de Massenet; sintió con ella en la *Chanson triste*, de Duparc, y se deleitó oyendo la que lleva por título *J'ai pleuré en rêve*, de Jorge Hué.

Calculad ahora si fué interesante la reunión.

De la concurrencia formaban parte: el ministro de Gracia y Justicia y la condesa de Romanones, el de Instrucción pública y la señora de Alba, el embajador de Francia y Mme. Thierry, la marquesa y el marqués de la Mina, los duques y duquesas de Montellano, Santo Mauro y Unión de Cuba; marquesas y marqueses de Santa Cruz, Puebla de Parga y Villabrágima; condesas de San Martín de Hoyos, Torrubia, Villares, San Félix, Vega del Ren, Puerto, San Luis, Castilla de Guzmán y Van-der-Stratten, y señoras y señoritas de Castillo, Mora, Lombillo, Laiglesia, Rodríguez de Rivas, Ibarra, Roosewelt y otras.

También estaban: el Príncipe de Beauvau-Craon, M. Adrián Thierry, Mr. Lorraine, el diplomático D. Carlos Huerta, los condes de la Maza, San Luis y Torrubia, el senador, Sr. Ibarra, el Sr. Santos Suárez (D. José), el encargado de Negocios de la Argentina, señor Moreno; el marqués de Pons, el secretario de la Legación de Bélgica y algunos más.



Otro concierto aristocrático.

VAMOS a ser breves, tenemos que ser breves, como fué la fiesta de ayer, como pareció, al menos, el concierto de ayer a cuantos acudieron a la elegante casa de la calle de Mendizábal, invitados por los marqueses de Villavieja.

Hubo un concierto, un concierto selecto, dedicado, aristocrático, abrigado con la presencia de S. M. la Reina que honró una vez más aquellos salones tan sencilla y artísticamente decorados.

Bajo una bóveda pintada de azul cobalto... No, no, no describiremos, porque ya hemos dicho que tenemos que ser breves. Solo diremos que una decoración originalísima—la del salón—sirve de fondo a la bellísima señora de Santos Suarez, cuya voz admirable se deja oír nuevamente ante el público aristocrático, del que forman parte también con la Soberana las Infantas Doña Isabel—nuestra Infanta—y Doña Luisa.

Los invitados han ido ocupando las sillas distribuidas en la sala; han comenzado a vibrar las notas del piano, delante del que se yergue la figura de un joven que lleva un nombre español glorioso: el de Madrazo, hijo del insigne pintor Raimundo de Madrazo que ha retratado a tantas bellezas y elegancias de la sociedad contemporánea. Y la señora de Santos Suárez canta como una verdadera artista su ya conocido repertorio de *lieders* que alterna con las canciones de Madrazo.

Los invitados, siguiendo el ejemplo de las reales personas, aplau-

den a los aristocráticos artistas que en sus saludos parecen decir modestamente:—No merecemos tanto.

Después del concierto en el comedor se sirvió un té, un té muy elegante en el que predominaban grandes tartas de frutas heladas. Y había además otra novedad: la mesa, finamente bruñida, no se cubría con mantel alguno. Ni la mesita destinada a la Reina y a las Infantas tampoco lo ostentaban.

—Esto es lo más *chic*—oímos decir.—En Inglaterra es costumbre muy generalizada en las casas más elegantes.

Además de las augustas personas—que consignaron al despedirse de los dueños de la Casa haber pasado unas horas muy agradables—asistieron al concierto: la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos; las damas de SS. AA. marquesas de Aguila Real y señorita de Bertrán de Lis; la Princesa Pío de Saboya; las duquesas de Arión, Montellano, Luna, Plasencia, viuda de Sotomayor y Ahumada; marquesas de la Mina, Viana, Moctezuma, Guad-el-Gelú, Santa Cruz, Puebla de Parga, Santo Domingo, Bendaña, Torralba, viuda de Hoyos, Valdeolmos, Villaviviosa, Comillas, Urquijo, Ivanrey y Argüeso; condesas de Mora, Cuevas de Vera, Los Llanos, Torre-Arias, Torrehermosa, Cartayna, Agrela, San Luis, San Félix y Vega de Ren.

Vizcondesas de los Antrines y de Portocarrero; baronesa de Wedel-Jarlsberg, y señoras y señoritas de Alba, Dato, Barrenechea, Osma, Camarasa, Maroto, y Pérez del Pulgar, Martínez de Irujo, Castellanos, Willard, Roosewelt, Castillo, Bermejillo, Mora y Heredia.

También estuvieron: los Príncipes Raniero de Borbón, Pío de Saboya y de Beauvau-Craon; duques de Weinsminster, Santo Mauro, Luna, Montellano, Ahumada y Plasencia; marqueses de Narros, Pons y Lambertye; condes de Clavijo, San Luis, Mora y de la Maza; ministros de Estado, Sr. Dato; Instrucción pública, D. Santiago Alba; ministro de Noruega, barón Wedel, y otros varios.

El marqués y la marquesa de Villavieja, secundados por su encantadora hija Pomposa Escandón, por su hijo y por sus hermanos la vizcondesa de Portocarrero, el conde de Los Llanos y D. Carlos Salamanca, hicieron con el encanto de su trato aún más deliciosa la artística fiesta musical.

Retratos de mujeres españolas.

BELLA entre las bellas es esta Exposición de retratos de mujeres españolas por artistas españoles, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte, bajo la dirección—en este caso—del ilustre Aureliano de Beruete y Moret. Así ha tenido y tiene de éxito; así es de visitada por todo el mundo—aristocracia y pueblo—, y así se han pasado de felices las horas en que nosotros también, como devotos de lo artístico, hemos visitado un día y otro día los salones del piso bajo del palacio de la Biblioteca y Museos.

Muchos de los cuadros expuestos—retratos todos—nos eran conocidos; en nuestras visitas a los palacios, y a las casas aristocráticas madrileñas los admiramos ya; pero ahora admirablemente colocados, también hemos vuelto a fijar nuestra vista con plácida emoción admirativa ante algunos lienzos maravillosos.

¡Cuántos recuerdos, cuántos bellos recuerdos despiertan en nuestra memoria muchos de estos retratos! Pero no vamos ahora a reseñarlos. Vamos tan sólo a consignar—y con singular complacencia, por cierto— que la Exposición ha sido y es un éxito grande; que la aristocracia española, atenta siempre—y en este caso más que nunca— a todo movimiento artístico, ha ayudado a esta Exposición prestando sus cuadros, y que Aureliano de Beruete y Moret ha realizado una labor de extraordinaria cultura, por la que muy sinceramente le felicitamos.

¿Labor crítica, cuartillas técnicas? No. Ya mi querido compañero Blanco Coris se ha ocupado de esta Exposición admirable desde el punto de vista del tecnicismo. Pero yo os diré que, ante el retrato de María Bushental, que expone el conde de Muguero, ha revivido la figura de aquella dama que tuvo en Madrid «su salón» interesantísimo de aristócratas, de literatos, de artistas, de políticos; que ante el de D.^a Isabel de Farnesio, que expone el marqués de Cerralbo, hemos visto reflejarse los gustos de la moda francesa en la pintura española, y más allá, presentado por el duque del Infantado, vemos el retrato de una princesa de Eboli, hija de los duques de Francavila, príncipes de Mérito, que casó con Ruy Gómez de Silva, duque de Pastrana, ministro de Felipe II, y que, ya viuda, adquirió gran renombre por su talento e intrigas, siendo encerrada por orden del Monarca en la torre de Pinto.

Su Majestad el Rey, con un retrato de Doña Isabel la Católica; el marqués de la Vega Inclán, con otro de Doña Leonor Mascareñas, dama de la Emperatriz Doña Isabel, aya de Felipe II y del Príncipe Don Carlos, su hijo, camarera mayor de la Princesa y Reina gobernadora Doña Juana y fundadora del convento de Nuestra Señora de los Angeles la Real de Madrid, a cuya Comunidad perteneció hasta hace pocos años; el duque de Montellano, con otro de la duquesa de Béjar, adquirido a la Casa ducal de Osuna por el actual poseedor en 1896; el marqués de Comillas, con otro de la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, gobernadora de los Países Bajos; la duquesa de Frías, con otro de la duquesa de Braganza; el marqués de Portago, con otro de una princesa de Anglona; el conde de Villagonzalo, con otro de la misma Infanta Isabel Clara Eugenia, en la época de su niñez, ataviada con ostentoso traje gris plata y abundantes joyas; el marqués de Viana, con otro de la Infanta doña Margarita de Austria, hija del Rey D. Felipe III; el conde de San Félix, el duque de Medinaceli, la marquesa de Isasi, la señora de Lázaro, el conde de Alto Barcilés, los de la Quinta de la Enjarada, el duque de Aliaga, el marqués de la Romana, el conde de Heredia Spínola, doña María Teresa Moret, D. José Lázaro, el marqués de Urquijo, D. Tomás de Beruete, la condesa viuda de Caltavuturo... todos, en fin, han contribuido con sus retratos admirables al éxito de esta Exposición.

Claro es que no podía faltar S. A. R. la Infanta Doña Isabel, y

no ha faltado. Allí vemos el retrato de su augusta madre pintado por D. Vicente López, y expuesto por la Infanta; el del «ama de Su Alteza» pintado por Madrazo, que tantas veces hemos visto en el salóncito inmediato al de audiencias en el palacio de la Infanta; allí el retrato de una marquesa de Lazán—María Gabriela Palafox y Portocarrero—, vestida de blanco con franjas y golpes de oro y con sus negros cabellos sujetos solamente por dos estrechas y aéreas diademas, expuesto por el duque de Alba; y allí el de una duquesa de Alba expuesto por el mismo ilustre prócer; y allí el de «La Tirana»—María del Rosario Fernández—, cuando era primera dama de la compañía que, dirigida por Manuel Martínez, actuaba en el teatro del Príncipe, expuesto por la marquesa de Valdeolmos, y allí el de D.^a Leocadia Zamora y Quesada, que tantas veces hemos visto en el palacio de los condes de Peñalver—hoy lo expone la condesa viuda— con la admiración de todo el mundo. Fué doña Leocadia Zamora dama que brilló mucho en los salones de la alta sociedad durante el reinado de Doña Isabel II, llamando la atención por su belleza; luego en el convento de religiosas carmelitas que ella fundó en Oviedo acabó sus días.

Calculad ahora por estas breves líneas—breves para las que la Exposición se merece—del interés de la misma. Comprended ahora porqué decíamos que muchos de los retratos expuestos evocaban recuerdos en nuestra memoria. Natural deberá parecernos que toda persona de buen gusto acuda a admirar tanta bella obra de arte que firman, entre otros maestros, Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Bartolomé González, Jorge Inglés, Zurbarán, Carreño, Claudio Coello, Luis Menéndez, Bayeu, Goya, Fernández Cruzado, Benjumea, Vicente López, Alenza, Madrazo, Esquivel...

La Sociedad Española de Amigos del Arte ha triunfado de nuevo. Y la aristocracia ha ayudado al éxito de esta Exposición facilitando sus cuadros. Así debe ser. Como españoles, y como devotos de lo artístico nos felicitamos de ello.

En casa de los señores de Sarthou.—En la Embajada de Alemania.

YA sabes tú, lector, que en la casa de los señores de Sarthou pasan siempre las horas muy agradablemente. La amabilidad de los dueños de la casa, el ingenio de su hija la marquesita de Selva Alegre, el afecto tan verdad que saben dispensar a sus amigos... todo ello, en fin, es motivo para que cuando se recibe una tarjetita del ilustre matrimonio piense uno—y acierte siempre—: me preparo a pasarlo bien. A los muchachitos y muchachitas no les falta su favorita diversión: el baile; a los jugadores y jugadoras se les presentan preparadas sus mesas de tresillo o de «bridge»; los aficionados a las antigüedades hallan en aquellas vitrinas algo notable que detiene su atención y los que gustan de charlar amenamente, como la concurrencia suele ser siempre varia, encuentran pronto tema adecuado a sus ideas. Allí, pues—es ya tradicional en la casa—, se reúnen políticos, artistas, literatos, aristócratas...

La casa de los señores de Sarthou es de las que tienen su sello propio, su personalidad y su carácter; es de las casas en las que la tradición es una ley; pero una ley amable, conquistadora de afectos, sembradora de simpatías, mágica para que la casa de los señores de Sarthou la recordemos siempre con muy vivo cariño. A ella acudían en sus tiempos y casi a diario Castelar y Cánovas; allí saludábamos a *Kasabal* y a Grilo; en aquellos salones—tan neutrales para el afecto sincerísimo—hemos visto en íntimas fiestas a Dato y a Vázquez de

Mella y a Romanones y a Uña: conservadores, tradicionalistas, liberales, republicanos...

Ayer pasamos también unas horas felices. Y aun hubiéramos permanecido más tiempo si por la noche no hubiésemos tenido que acudir a la Embajada de Alemania. Reunieron los señores de Sarthou a una parte, a una pequeña parte de sus amistades, y los salones de la Cuesta de Santo Domingo, de esa Casa en la que han vivido tantas y tantas personalidades ilustres, se animaron desde las cinco y media hasta las nueve.

—Lo primero a tomar el té—decía amablemente la señora de Sarthou—y luego a bailar, a jugar al «bridge», a lo que ustedes quieran.

Y en aquel comedor, en el que resplandecía brillantemente la plata de más de sesenta bandejas; alrededor de aquella gran mesa repleta de manjares y de flores, se congregaban los amigos del ilustre coronel de Caballería y senador vitalicio, las amigas de la hija de aquellos marqueses de Torrelaguna, los nuevos afectos de la juvenil marquesita de Selva Alegre que alegra aquella casa con las lozanas de su ingenio y la hace feliz con las bondades de su alma.

Y recorriendo aquellas salas y admirando cuadros antiguos y viendo aquellas magníficas placas de plata que se le dedicaron al insigne Peral y que los señores de Sarthou adquirieron—con emoción y patriotismo—de manos extrañas, fuimos también saludando a los reunidos ayer por la amable invitación del bondadoso matrimonio, de ese matrimonio que tiene como uno de sus lemas—dictado por su corazón—aquellas palabras: Haz todo el bien que puedas y mira si puedes hacer más.

Recordemos ahora algunos de los nombres—todos, mejor—de los invitados: la señora viuda de Alcalá Galiano, la marquesa de Altamira y su hija, la de Argüelles y la señorita de Bernaldo de Quirós, la de las Atalayuelas y la señora de Bayo, la condesa de Alcubierre y la marquesita de Espinardo, la vizcondesa de Amaya y las señoritas de Orellana, la marquesa de Alhucemas—esposa del ministro de la Gobernación—y Mavita García Prieto; el director general de Comercio y la señora de Cantos, la duquesa de Canalejas y su hijo, la marquesa de Canales de Chozas, los señores de Melgar, los condes de Villamonte, la condesa de la Algaida, la señora de La Cierva y sus dos hijos.

La marquesa y el marqués de Encinares, sobrinos de los dueños de la casa; el senador D. Juan de Ortueta y sus hijas, sobrinas también; la marquesa y el marqués de Torrelaguna y D. Luis Esteban y Fernández del Pozo, hermanos de los señores de Sarthou; la marquesa de Garcillán, el ex ministro D. Rafael Gasset y su señora, el ex ministro D. Amalio Gimeno y la suya, el diplomático marqués de González y la marquesa, la señora de G. Romero de Tejada, nieta del Presidente del Senado, Sr. Groizard; el señor y la señora de Linares Rivas y su hijo el joven diplomático D. José; el ex ministro de la Guerra, general Luque y su esposa; la señora de López Monis, las señoras de Manzano y de Ponte, el general Mille y su señora, la condesa y el conde de Mayorga y sus hermanos las señoritas de Toreno y el vizconde de Valoria.

La duquesa de Vistahermosa, el ex ministro Sr. Ruiz Jiménez y su señora, el ministro de Gracia y Justicia y la condesa de Romanonas y su hijo Agustín Figueroa; el almirante marqués de Pílares y su hijo el Sr. Auñón, la marquesa de Valdeiglesias y la señorita de Escobar y Kirpatrick, el ministro de China y madame Tai Tch'Enne Linne de tan amable simpatía y de tan sincero cariño por España que prontamente se han conquistado vivos afectos; la condesa de Sagasta, el duque y la duquesa de Santa Elena, el general Borbón, su señora y sus hijas María y Blanquita; la señora de Despujol, su hija «Quinita» y la señorita de Reynoso; la marquesa de Miranda de Ebro y sus hijas y los recién casados señores de Ceballos Escalera, que asistían por primera vez a reunión alguna después de su enlace, por lo que recibían todavía muchas enhorabuenas; el general y la generala Ochando, el señor y la señora de Oruña y el marqués de Castillo de Jara, los señores de Martín y Aguilera y sus hermanos Esperanza y Luis Oliva de Gaytán.

La condesa de Pardo Bazán y la señorita de Quiroga, la marquesa y el marqués de San Eduardo, la marquesa de Seijas y su hija, el vizconde y la vizcondesa de San Antonio, el señor y la señora de Sangro y la señora de Casal.

El duque de Parcent, los diplomáticos D. Manuel Llorente, Ory, Figuerola y Groizard; el pintor Juan Antonio Benlliure, el novelista Antonio de Hoyos y Viñent, el ex subsecretario Sr. Benayas, los señores Baeza, Fernández de Heredia (D. Luis), Castillejo, Angulo

y de Mendoza, Manrique de Lara, Ansaldo, Piñera, Samaniego, Cejuela, Fernández (D. C.) y el senador D. Valentín Gayarre, entre alguno más que escape ahora a nuestro recuerdo.

Volaron las horas
 Volaron las horas tan gratas...
 Como vuelan siempre
 En aquella casa.

* * *

Por la noche se celebró elegante banquete seguido de recepción en la Embajada de Alemania y de nuevo los amables Príncipes de Ratibor recibieron a sus amistades con su habitual cortesía.

Florecieron las rosas y los claveles sobre la mesa, bellamente adornada, y ocuparon sus puestos los comensales, sentándose a la derecha de la Princesa el presidente del Consejo, D. Antonio Maura, en cuyo honor se celebraba la comida.

Los demás invitados eran: la duquesa y el duque del Infantado, la condesa de Alcubierre, la dama particular de S. M. la Reina Doña Cristina, marquesa de Moctezuma; la de S. A. R. la Infanta Doña Beatriz, señora de Ruata; la marquesa y el marqués de Tenorio, la condesa y el conde de Torre de Cela, la señorita de Potestad, la condesa d'Orsay, Princesas Fella y Mariette de Thurn et Taxis, duque de Bivona, marqués de Elduayen, secretario de Su Majestad, Sr. Torres; encargado de Negocios de la República Argentina, Sr. Moreno, y los diplomáticos Sres. Stohrer y Grimen.

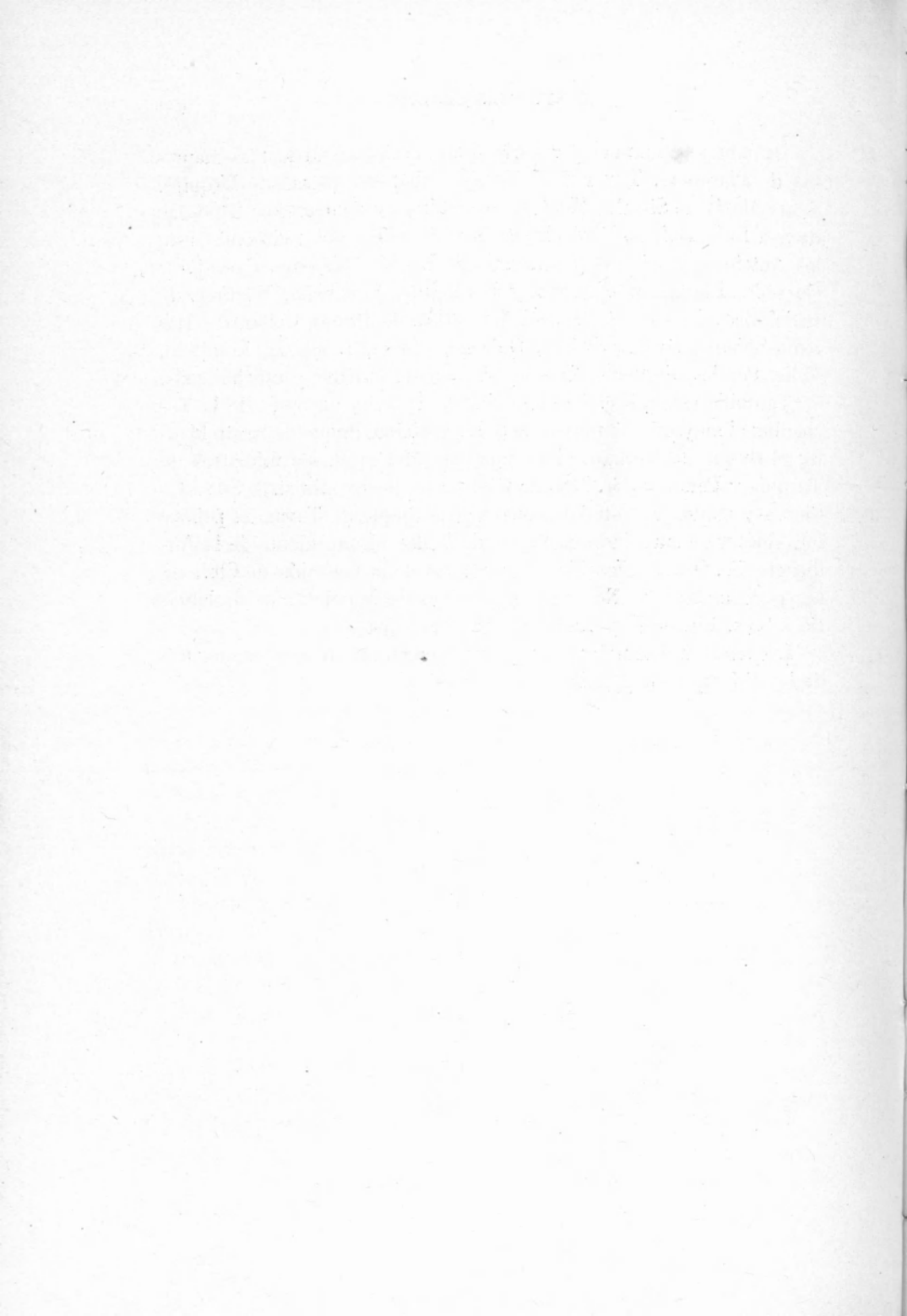
Después de la comida, servida con la peculiar elegancia de los Príncipes de Ratibor, hubo en los salones de la residencia diplomática una brillante recepción. ¿Recordaremos los nombres de algunas de las personas que acudieron? Veamos:

El embajador de Austria-Hungría y la Princesa de Fürstenberg, el ministro de la Gobernación y la marquesa de Alhucemas, el de Instrucción pública y la señora de Alba, la señora y señorita de Dato, la señorita de Villanueva, hija del presidente del Congreso; el ministro de Noruega y la baronesa de Wedel-Jarlsberg, el general y la señora de Borbón.

La camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos; las duquesas de Plasencia, Tovar y Unión de Cuba; marquesas de Urquijo, Santa María de Silvela, Monteagudo, Ribera y Someruelos; condesas de San Luis, Bulnes, Pardo Bazán, Artaza y Torrubia; vizcondesa de los Antrines, y señoras y señoritas de Borbón, Heredia, Carvajal y Quesada, Elduayen, Figueroa y Bermejillo, Landecho, Martínez de Irujo, Bermúdez de Castro, Cárdenas, García Prieto, Collantes, Heredia-Spínola, Santos Suárez, Quiroga, Ibarra, Laiglesia, Lombillo, Velle, Perales, Figueras, Zia-Bey, baronesa Gudenus y muchas más.

También estaban el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; el mayordomo mayor de S. M. la Reina, duque de Santo Mauro; el duque de Tetuán, el marqués de Martorell, los ministros de Turquía y Persia, el Sr. Moreno Carbonero, los ex ministros Sres. La Cierva y conde de Esteban Collantes, el duque de Tovar, el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el presidente de la Audiencia, Sr. Ortega Morejón; el secretario de la Legación de Chile, el agregado militar de Noruega, el marqués de Murrieta, los diplomáticos Sres. Figuerola y Landecho y alguno más.

Las horas transcurrieron muy agradablemente entre las atenciones de los Príncipes de Ratibor y de sus hijas.



Estreno de una película aristocrática. "La venganza de lord Hampton"

EN el teatro de la Princesa se ha celebrado esta tarde la función organizada a beneficio del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, de la cual era principal atractivo el estreno de la película *La venganza de lord Hampton*, famosa—claro es que entre cierta clase social—antes de ser estrenada, y en cuya interpretación han tomado parte bellísimas señoritas y conocidos jóvenes de la sociedad aristocrática.

Presentaba la sala de la Princesa precioso aspecto. En palcos y butacas se había congregado toda la sociedad de Madrid, entre ella los propios actores de la *film*, que mostraban cierta impaciencia por ver el efecto de la obra común. Ni una sola localidad quedó desocupada, y aún faltaron muchas de ellas para poder atender todas las peticiones que se recibieron.

En el palco Regio y en el inmediato presenciaron la proyección los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria, las Infantas D.^a Isabel y Doña Luisa y la Princesa Felipe, con las personas del alto séquito.

Comenzó la fiesta con la proyección de la película *La zona de la muerte*, muy interesante y muy bonita, y se proyectó después *La venganza de lord Hampton*.

No quedó defraudada la expectación. La película es interesante; tiene un asunto melodramático, en el que su autor, D. Francisco G. de la Riva, acredita la riqueza de su fantasía, con cabalgatas, fiestas

de sociedad, algo de hazañas de ladrones y algo también de aventuras policíacas; cosas todas indispensables en una cinta «digna de estimación».

Los muchachos no han querido contentarse con cosa modesta, y han tirado de largo metraje, para decirlo en términos apropiados. Tanto que la película consta de tres partes y un prólogo.

He aquí el reparto:

Ethel Rooster, Quinita Despujol; Dolly Hampton, Enriqueta P. Seoane; Jane, Conchita Escobar; Grace, Monsita Castro; Rosy, Carmen Portago; Mary, condesa de Buenavista; Leonor, María Rosa San Miguel; Nora, Mavita García Prieto; Dick Smith, Xavier L. de Carrizosa; Lord Rooster, conde de Arcentales; Jimmy, Juanito de la Cierva; Jack Hampton, Justo San Miguel; Mister Lyon (naturalista), conde de Glymes de Brabante; Mister Durham (banquero), César de Aragón; Mister West, conde de Finat; John, José Ignacio Escobar; Peter, Rafael Silvela; Charlie, Alvaro Basa; Criado 1.º, Juan Ranero; Criado 2.º, Gonzalo Creus; Criado 3.º, José Chavarri; Criado antiguo, Jaime M. Aguilera; Doctor Killer, Joaquín Sousa; Médico-cirujano, duque de la Victoria; Un ayudante, marqués de la Rambla; Un enfermo, Victoriano Travesedo; Inspector de Policía, Bernardo Lazcano; Gerente del Trafalgar Bank, José Sartorius; empleado del Banco, Luis Urquijo, Mecanógrafo, Juan Manuel Urquijo.

Enfermeras: Duquesa de la Victoria, condesa de Buenavista de la Victoria, señora de Eizaguirre y Carmen Portago.

Máscaras: Quinita Despujol, María Rúsoli, Carmen M. Irujo, Carmen Portago, Blanca Rúsoli, Conchita Escobar, Angeles y Teresa Saavedra, Mariflor y Pilar Chaves, Josefina Seoane, marquesa de Espinardo, Angeles M. Campos, María Rosa San Miguel, Monsita Castro, Enriqueta P. Seoane, condesa de Buenavista, María Antonia Kirkpatrick, conde de Granja, Ricardo y Juan de la Cierva, Joaquín Sousa, conde de Arcentales, marqués de la Rambla, Antonio Comyn, Juan M. Urquijo, conde de Glymes de Brabante, duque de Hernani, Juan Ranero y Victoriano Travesedo.

Amazonas: María Núñez de Prado, Quinita Despujol, Conchita Escobar, María Antonia Kirkpatrick, marquesa de Espinardo, María Rosa San Miguel, Enriqueta P. Seoane y Angeles M. Campos.

Invitadas e invitados: Enriqueta P. Seoane, Angeles M. Campos,

marquesa de Espinardo, Mariflor y Pilar Chaves, Carmen M. Irujo, María y Blanca Rúspoli, Rosa Osma, Carmen Olivares, Ana María Elío, Antonio Comyn, Gonzalo Chavarri, Alvaro Basa, Victoriano Travesedo, Juan Manuel Urquijo, marqués de la Rambla, Juan Salar, Fernando Valdés y conde de la Granja.

Jinetes: Sr. Velázquez, conde de Arcentales, marqués de Altamira, Ricardo y Juan de la Cierva, Juan del Arco, Juan Ranero, Gonzalo Chavarri, Gonzalo y Carlos Creus, marqués de Castillo de Jara, Antonio Comyn, conde de Glymes de Brabante, César de Aragón y Javier L. de Carrizosa.

Otros personajes: un cartero, guardias, un portero, *chauffeurs*, soldados coloniales, cocheros y lacayos.

Al comenzar la proyección aparecen en la pantalla los retratos de los principales actores: serios primero, sonrientes después, saludando ceremoniosamente a uno y otro lado, por último, Como en las películas de series, de las grandes Casas europeas y americanas. Y ya en esta parte comenzaron las risas, y se escucharon los primeros aplausos, al ver surgir el público en la pantalla las figuras de simpáticos y queridos amigos, conocidos de todo Madrid.

Después, al proyectarse las interesantes incidencias y curiosos episodios de la acción, el regocijo aumenta.

El argumento interesa y satisface a todos, y el éxito resulta completo.

Entre los episodios más interesantes figura el *rally paper* en la Casa de Campo, que dirigió el marqués de Altamira, y en el que toman parte las amazonas que en el reparto se mencionan. Uno de los jinetes era D. Justo San Miguel, quien se dejó caer del caballo tan admirablemente, que estuvo a punto de ser víctima de un grave accidente. Por fortuna, los caballos saltaron por encima de él.

Escenas muy bonitas son un baile que se celebra en el palacio de los condes de Finat, en la calle de Ayala; otro baile en el palacio de la condesa viuda de Arcentales, y otras escenas en el Palacio de Cristal, del Retiro, para decorar el cual se llevaron muebles y objetos de arte de varias casas aristocráticas.

En resumen: un éxito completo y admirable; muchos aplausos, mucho regocijo, y una tarde divertida.

Terminó la fiesta con la presentación de Nati, *la Bilbainita*, que

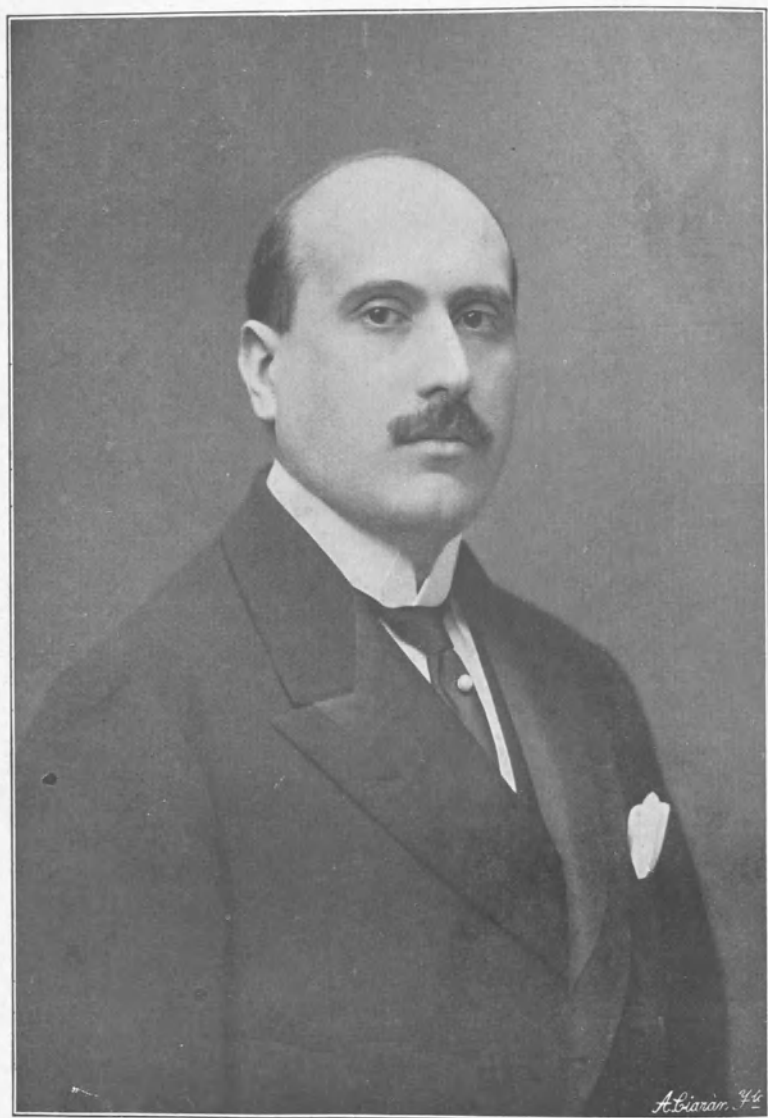
en atención al benéfico objeto de la fiesta ejecutó los más notables números de su repertorio.

Entre las damas que ocupaban los palcos, figuraban la princesa Pío de Saboya, con la condesa de San Félix y señorita de Castellanos; señora de La Cierva; marquesa de Santo Domingo y sus hijas; condesa de Artaza y las suyas; marquesa de la Mina y su preciosa hija mayor, que en breve hará su presentación en sociedad; duquesa de Montellano y señorita de Falcó; marquesa de Santa Cristina, condesa de Montefuerte y señorita de Travesedo.

Señora de Alba, esposa del ministro de Instrucción pública, y señora de Cortázar, hermana de la marquesa de Urquijo, que está pasando una temporada en Madrid; marquesa de Tenorio y condesa de Fuenteblanca; marquesas de Somosancho y Jura-Real y señorita de Caballero y Echagüe; señora de Reynoso y la de Despujol, con su hija; condesa de San Luis y señorita de Tetuán; marquesa de Valdeiglesias y señoritas de Ramos Power y Escobar; duquesa de Pinohermoso y señoras de Vázquez y viuda de Arcos; marquesa de Rafal y su hija; señora y señorita de Núñez de Prado y marquesa de San Carlos del Pedroso; marquesas del Baztán y Cayo del Rey y sus hijas; condesa de Castilleja de Guzmán y la suya; marquesa de Altamira y su hija, y duquesa de las Torres y las suyas.

También estaban la señora y señorita de Borbón, duquesas de Sueca y de Alcuñia, con sus hijas; marquesas de Portago, Cortina, Albaserrada, Aranda y Navamorcuende; duquesa viuda de Sotomayor, condesas de Maceda, Arcenales, Torrubia y Buenavista de la Victoria; vizcondesa de Fefiñanes, y señoras y señoritas de Canillejas, Bermúdez de Castro, Gimeno, Coello, Sánchez de Tirado, Escobar, Rodríguez Rivas, Velle, Gómez Acebo, Santa Marina, Onteiró, Martínez de Irujo y tantas más.

La película se proyectará dos tardes más.



El marqués de Arriluce de Ibarra.

Fot. Franzen.

En el Tiro de Pichón.—El marqués de Arriluce de Ibarra.

LA tarde de ayer fué de gran animación en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo. Nosotros, que no somos hombres de *sports*, no caímos prontamente en la cuenta.

—Mañana, en el Tiro, es un buen día—nos dijeron anteayer.

Y hasta que nos lo explicaron no comprendimos porqué se anunciaba como bueno el día de ayer.

—Pues es que se disputa el premio del conde de Maceda, presidente de la Sociedad, y a presenciar la tirada acudirán, además de mucha concurrencia aristocrática, Sus Majestades los Reyes, la Infanta D.^a Isabel y la Princesa Felipe de Borbón.

En efecto; el día amaneció espléndido, lleno de sol, alegre, limpio, propio como para pasarlo en el campo. Y sonaron los teléfonos y un buen número de personas se puso de acuerdo y bajaron a almorzar a aquel pintoresco lugar.

—¡Delicioso!

—¡Admirable!

—¡Es un encanto!

—¡Vaya un día!

Los condes de Maceda habían organizado un elegante almuerzo. A su mesa se sentaron los Reyes y la Princesa Felipe. Figúrate, lector, si estaba adornada. Los demás comensales eran, además de la vizcondesa de Fefiñanes, la duquesa y el duque de Plasencia, duquesa

de Tarancón y su hija la condesa del Recuerdo, marquesa de Ivanrey, marquesa y marqués de Arriluce de Ibarra, los marqueses de Aranda, Señores de Rubianes; condesa del Puerto, señoritas de Iturbe y de Martínez de Irujo, duques de Santo Mauro, del Arco y de Ansola; condes de Elda y de los Villares, y marqués de Ferrera.

Otra mesa era la de los marqueses de Bermejillo, con quines almorzaron sus hijos y las señoritas de Bernaldo de Quirós y de Pidal.

El Sr. Pidal (D. Santiago) invitó a su mesa a la marquesa de Viana y sus dos hijas; Mme. Sancy, condesa de Cuevas de Vera y condes de Velayos.

No recordamos más comensales; pero sí que la tirada resultó animadísima y que cuando ya tocaba a su fin la de los premios de señoras, estalló una tormenta de estruendoso aparato. ¡Vaya por Dios! ¿Qué hacer? ¡Ah, sí! Ya está. Se refugiaron en el elegante chalet, y como «casualmente» allí estaban los Boldi, se improvisó un baile, que estuvo brillantísimo, divertidísimo y animadísimo.

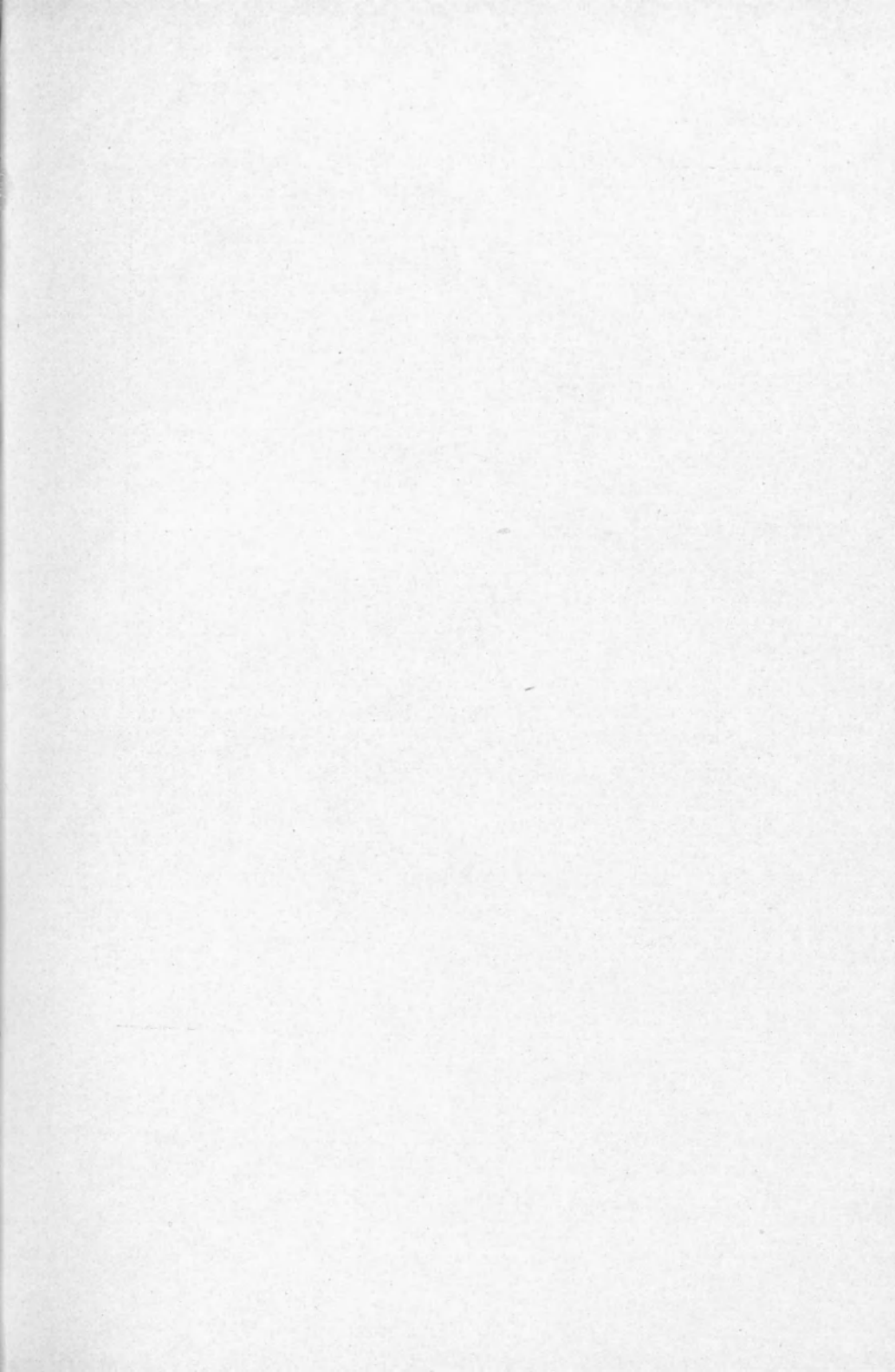
—Marqués—le decían al de Arriluce de Ibarra—: qué sea enhorabuena por ese nuevo título que le ha concedido el Monarca.

A la marquesa—una bella dama—le decían eso mismo y algunas frases más que eran como flores a su belleza y a su simpatía.

Y esta concesión del Rey a D. Fernando María de Ibarra era motivo para recordar cosas gratas. La personalidad del ex diputado por Bilbao es prestigiosa; la labor política y social de los Ibarra, en la capital de Vizcaya, ha sido y es beneficiosa para la Monarquía; el abuelo y el padre del nuevo marqués pusieron su actividad y su talento al servicio de todas aquellas empresas industriales o mineras que, como los Altos Hornos, han contribuido poderosamente al acrecentamiento de la riqueza en aquella próspera y bella región de España. En fin, que todo ello unido ha sido motivo para la distinción que acaba de otorgársele.

—Y «Arriluce»..

—Arriluce es una palabra vascuence que significa *peñas luengas*, y es el lugar en el que está enclavada la magnífica posesión que a los señores de Ibarra suele servir de residencia habitual; palacio espléndido que besan y bañan las aguas del mar y que no hace muchos años fué honrado con la presencia de S. M. el Rey en fiesta brillantísima.





D. Ignacio Bermejillo, hijo de los marqueses de Bermejillo del Rey.
Dibujo de López Mezquita.

Ignacio Bermejillo.

HABÍA caído el telón del Real, resonaban aún en nuestros oídos los últimos compases de *Sheherazade*, casi los tarareábamos nosotros mientras caminábamos por el pasillo central de las butacas, cuando una triste noticia nos hizo callar en nuestro pequeño recuerdo musical.

—Ignacio Bermejillo ha muerto.

La noticia, tan brusca, tan triste, nos sobrecogió un poco. ¿Pero puede ser eso? ¿Pero no le habíamos visto nosotros?... Sí, sí, puede ser eso; nosotros también le habíamos visto, tan espigado, tan animoso, tan dicharachero... Pero ha muerto.

Corrió la nueva triste por el teatro. En todos los amigos del joven fallecido se dibujaba un gesto de dolor. ¡Pobre amigo perdido para siempre en plena juventud, con sus buenos diecisiete años, es decir, cuando se tiene por delante toda una vida llena de esperanzas!

Y pobres padres, pobres marqueses de Bermejillo del Rey, ayer tan alegres, hoy tan doloridos, con una herida honda abierta en lo más íntimo del amor paternal.

—Marquesa, no se aflija—le decían bondadosamente—. Le ha llamado Dios.

—¿Le ha llamado Dios? Pues con El está. Pero déjeme usted que llore... que es un hijo lo que se me acaba de morir.

Hoy se ha celebrado el entierro. ¡Qué sentida manifestación de pesar! ¡Qué emoción la nuestra al escuchar los cantos religiosos bajo aquellas bóvedas del palacio y mientras el cadáver cruzaba las galerías de la residencia señorial entre altas representaciones de la política y de la aristocracia y entre aquella pléyade de jóvenes que fueron amigos y compañeros del finado!

Aún nos parecía en los descansos de los sacerdotes, que llegaban hasta nuestros oídos los ayes de los padres angustiados que sumidos en el desconsuelo mayor procuraban ahogar su pena rodeados de sus más íntimos amigos.

Giraron las puertas españolas del palacio Renacimiento y el cadáver fué sacado a la carroza fúnebre. Y tras él seguimos todos, todos, los que tomando parte en el duelo de los infortunados padres y de los afligidos hermanos, lo acompañamos en su último cruzar por la vida.

Presidieron el duelo el director espiritual D. Félix del Campo y el hermano D. Javier Bermejillo; y de la concurrencia formaban parte, entre otras personas, el ministro de la Gobernación, marqués de Alhucemas; el capitán general marqués de Tenerife, los duques de Almodóvar del Valle, Aliaga, Ahumada, Gor, Parcent, Seo de Urgel, Montellano, Sueca, Dúrcal y Unión de Cuba.

Marqueses de la Torrecilla, Mina, Santa Marta, Moratalla, Real Defensa, Pons, Ferreras, Ivanrey, Barzanallana, Torralba, Olivares, Sotomayor, Santo Domingo, San Carlos, Santa Cristina, Haza, Villavieja, Gorbea, Benicarló y Valdeiglesias.

Condes de Esteban Collantes, San Luis, San Félix, Torre de Cela, Liniers, Maceda, Andes, Albiz, Vado, Arcetales, Garay, Mejorada, Cerragería, Glimes de Brabante, Sástago, Quinta de la Enjarada, Dzieduszycki y Casal.

Vizcondes de Eza y de Arberoa, barón Gudenus y Sres. Travesedo, Torres (D. José Luís), Zubiría, Bahía, Manrique de Lara, Hurtado de Amézaga, Perinat, Gómez-Acebo, Sartorius, Pineda, Moreno Carbonero, Muguero, Figueroa y Bermejillo, Casal y muchísimos más.

Descanse en paz el malogrado joven y reciban sus padres y sus hermanos nuestro pésame.



D. Enrique Villate y Vaillant, hijo de los condes de Valmaseda.
Dibujo de Gamonal.

Fot. Kaulak.

Enrique Villate y Vaillant.

MAL quiere despedirse Mayo, mal. De nuevo ha querido ofrecernos una nota triste; de nuevo se ha acercado a nosotros para decirnos: —Habéis perdido otro amigo querido, otro buen afecto; ya no veréis más a Enrique Valmaseda, porque la Muerte—la Gran Egoísta—acaba de segar su vida en flor.

Fué también en el Teatro Real donde nos dieron la noticia; sa-
líamos al *foyer* dispuestos a encender un cigarrillo después de la
representación de *Las Silfides*, y allí mismo brotaron de todos los
labios palabras de cariño para el amigo nuestro y para sus pobres
padres, los condes de Valmaseda.

Nos sentamos en un diván. Veíamos perderse en el espacio las
espirales del humo de nuestro cigarrillo, y el recuerdo de Enrique
Valmaseda no se alejaba de nuestra memoria. ¿Pero es posible?—
decíamos—. Le hemos visto tan sano, tan fuerte, hace unos días.
Da miedo pensar con qué facilidad se escapa la vida.

Tenía veinte años. Acababa de terminar su carrera militar. ¡Ah,
el Ejército! Le encantaba. Y figuraba en el cuadro de oficiales—de los
más jóvenes—del Regimiento Inmemorial del Rey. Luego, era sim-
pático, muy simpático, muy bondadoso, muy amable, con un carác-
ter franco, alegre, sincero, que le hacía ser querido por cuantos le
trataban desde el momento mismo en que cambiaban con él el primer
saludo. Considerábamos justísimo el afecto de sus amigos, el amor
de sus padres.

¡Ay! Pobres condes de Valmaseda. No hay consuelo para mitigar su desgracia, para secar el llanto de sus ojos, para cerrar las heridas de sus corazones, para aliviar la angustia de sus pechos. Pobres padres—repetimos—que han visto romperse contra el mandato de la Invisible todas sus esperanzas, todas sus ilusiones...

Sonaron las palmadas indicadoras de que iba a comenzar el segundo baile ruso. Oímos, en efecto, los primeros acordes de *Pe-trouchka*. Pero en lugar de entrar en la sala... recogimos en el guardarropa nuestro abrigo y abandonamos el teatro.

* * *

El joven Enrique Villate se encontraba enfermo desde hace pocos días. Creíase que estaba atacado de la epidemia reinante. No se le dió importancia. Pero se declaró una pulmonía fulminante, y anoche, al quinto día de enfermedad, entregó a Dios su alma.

Toda la sociedad de Madrid ha desfilado por la casa de la calle de Fortuny para expresar su duelo a los infortunados padres, oyendo las misas que se han dicho en la cámara mortuoria, dejando sus tarjetas y firmando en las listas.

En esta manifestación ha sido la primera en participar la Regia familia.

Los Reyes y los Infantes han enviado sus representaciones para decir a los desconsolados padres cuánto sentían su pena.

Esta tarde se ha verificado su entierro.

El cadáver, encerrado en arca de caoba con herrajes de plata, fué sacado en hombros por los compañeros de promoción y de regimiento de Enrique Villate, y depositado en una carroza tirada por seis caballos.

Mientras en la casa mortuoria quedaban, al lado de los desconsolados padres, muchos amigos íntimos, entre ellos aristocráticas damas, se formó el triste cortejo, presidido por el clero parroquial. A los lados de la carroza iban religiosas con hachones encendidos. De aquélla pendían hermosas coronas de flores, de la familia, amigos y compañeros.

Presidieron el duelo, en representación de la familia Real: el comandante marqués de Bóveda de Limia, por SS. MM. los Reyes;

el conde de Aguilar, por la Reina D.^{ta} Cristina; el marqués de Fuente el Sol, por la Infanta D.^{ta} Isabel, y el comandante Pulido, por el Infante D. Fernando.

En la presidencia de la familia iban el director espiritual del finado; el hermano político, marqués de Zarco, y los Sres. Semprún y Villar, tíos del malogrado joven.

En el numeroso acompañamiento figuraban el ministro de la Gobernación, marqués de Alhucemas; el ex ministro conde de Esteban Collantes, los duques de Parcent, Arco, Luna y Almodóvar del Valle; marqueses de Torrecilla, Mina, Valdeterrazo, Aldama, Santa Cristina y Valdeiglesias; condes de Cerragería, Torre de Cela y Casal; vizconde del Castillo de Genovés, el doctor Megías (D. Jerónimo), y los Sres. Travesedo, Olmedilla, Figueroa, Gordón (D. Rafael), Lázaro Galdiano, Arniches, Elizaga, Casal y otros muchos.

Núcleo importante del cortejo formaban los compañeros de armas del finado, que acudieron en gran número, y los jóvenes amigos suyos, pertenecientes a aristocráticas familias, entre los cuales ha producido esta desgracia gran dolor.

La mayoría de los concurrentes siguió hasta el cementerio de la Sacramental de San Isidro, donde recibió sepultura, en el panteón de familia, el malogrado joven.

Descanse en paz, y reciban sus padres, sus hermanos y todos los suyos nuestro pésame más sentido.

Un libro interesante.—En casa de los señores de Márquez de la Plata.

HEMOS cerrado un libro que estábamos leyendo para ponernos a escribir estas cuartillas. Nos levantamos a las seis, abrimos los balcones, entró en nuestro despacho la suave brisa de la mañana, y tomamos en nuestras manos el nuevo libro que sobre *La vida de Canalejas* acaba de publicar el ilustre ex ministro—periodista ante todo, según confesó él, emocionado, la noche en que le fué ofrecido el banquete en el Ritz—Sr. Francos Rodríguez. Es un volumen interesantísimo, muy curioso, perfectamente documentado y escrito—aparte de con el interés que inspiraba aquel ilustre político tan villanamente asesinado en una mañana de Noviembre—con esa facilidad que siempre brotó de la pluma de Francos. ¡Y cuántas cosas nos recuerdan las páginas de *La vida de Canalejas*, y con qué avidez las leemos! Decididamente, además de un homenaje, ha sido una idea feliz la publicación de este libro, al que no dudo en calificar de histórico.

Pues nosotros, lector, estábamos tan tranquilos junto a nuestro balcón, viendo apoyarse en él las ramas de unas acacias en flor y leyendo precisamente el capítulo este en que se nos presenta a Canalejas como periodista, y en el que tanto y con tan singular cariño se habla del *Heraldo*, cuando unos golpecitos en la puerta de la habitación hacen desviar nuestra mirada de las páginas del volumen.

—¡Adelante!

Y nos pasan el siguiente recado:

—Señorito: que vienen a recoger las cuartillas.

Casi damos un pequeño brinco. ¡Ah, caramba! Con la gloria se nos había ido la memoria. ¡Pues es verdad! Y cerrando el libro—que no tardaremos en abrir de nuevo—exclamamos:

—Que espere un momentito.

Y dejamos nuestra silla de junto al balcón para venimos al sillón ante nuestra mesa.

La idea de que tenemos una persona esperando nuestro trabajo nos cohibe un poco.

Miramos y remiramos el reloj. ¡Cómo se pasa el tiempo, Dios mío, leyendo cosas agradables! Y, a pesar de habernos levantado a las seis, se nos ha hecho tarde. Pero vamos a ver si nos desquitamos. Tenemos que contarte, lector, alguna nota de la vida de sociedad de ayer. ¿Quieres conocerla? ¿Te distraerá, quizá, saber que anoche hubo una elegante comida en la Embajada de Alemania? Pues sí, anoche hubo una elegante comida en la morada de los Príncipes de Ratibor, siendo los comensales la marquesa de Viana, la duquesa de Arión, la marquesa y el marqués de Argüeso, la marquesa y el marqués de Tenorio, la condesa D'Orsay, las Princesitas hijas de los embajadores, el Príncipe Pío de Saboya, los marqueses de Hoyos y de Santa Marta, el diplomático von Stohrer y D. Luis de Uhagón.

Después no hubo recepción, como otras veces. Media docena de personas amigas íntimas de los Príncipes, y nada más.

Por la tarde, sí; por la tarde hubo una reunión muy animada en casa de los señores de Márquez de la Plata; fué una linda fiestecita; en la que la juventud bailó desde las cinco y media hasta las nueve. La pícara epidemia reinante, que tiene enfermo a medio Madrid y convaleciente al otro medio, hizo que no acudiesen algunos de los invitados. Por ejemplo, la señora de Fernández Blanco, esposa del nuevo ministro de Chile, en cuyo honor—puede decirse—era la fiesta; no pudo asistir por sentirse enferma en la misma mañana de ayer. Acudió solamente el ministro, Sr. Fernández Blanco, ilustre perso-

nalidad de su país, y que pronto también destacará en el nuestro las dotes de su actividad y de su talento.

—España me encanta, señor—dice—. Añadiendo:—¡Y cómo no! Si España fué la madre de la raza.

Como los señores de Márquez de la Plata y su hijo Fernando son muy amables, y como en su casa no faltan obras de arte y cuadros valiosos y antiguas sederías y raros damascos, las horas pasan siempre felices en la elegante morada de la calle de Velázquez.

—¡Ah! Los años que pasamos en París—exclama Mme. Márquez de la Plata—. Estas pequeñas fiestas me recuerdan aquellas otras.

Pero esa tarea de hacer los honores, de atender a unos y otros, de cuidar de esto y aquello, no la deja reposar un momento en la dulce añoranza de los pasados días.

Los salones se han animado mucho. La juventud no cesa de bailar. Los demás charlan.

Se habla de la fiesta de la Flor y de la Exposición de Flores que se proyecta en el Retiro.

—¿Otra?

—¿Cómo otra?

Y mirando a las mujeres bonitas que hay en los salones, decimos:

—¿Es que no tenemos aquí una?

Se recuerda al pobre Enrique Valmaseda, al pobre Ignacio Bermejillo, y casi llegaríamos a ponernos tristes si no fuera porque unos labios de coral murmuran a nuestro lado:

—Crea usted que han ganado; para lo que la vida ofrece...

¿La concurrencia? Recordamos algunos nombres: las duquesas de Medina de Rioseco, Sessa y Rivas; las marquesas de Velilla de Ebro, Alhucemas, Ribera, Canales de Chozas, Velasco, Casa-Madrid, Espinardo y Frontera; las condesas de Alcubierre, Oliva de Gaytán, Caudilla, Conquista, Villamonte, Ardales del Río, Campo Giro, Vistaflorida, Torre Mata y Cortina; las vizcondesas de Roda, Amaya y Cuba; las señoras y señoritas de Bermúdez de Castro, Despujol, Oruña, Martín Aguilera, Alonso de Saavedra, Tamarit, Agüera, Santiago Concha, Castro, Acuña, Moreno y Osorio, Jordán de Urrís (Patiño y Ulloa), González de Gregorio, García Prieto, Orellana, Osma, López de Ceballos, Silió, García Lomas, Vega Inclán, Illana, Segura, Rivera, Chaves, Marín, Pimentel, marqués de la Plata, Figueras y Perales.

El primer introductor de embajadores, conde de Velle; el ex ministro de la Gobernación e ilustre escritor D. Julio Burell; el ministro de Persia, el duque de Sessa; los marqueses de la Ribera, Velasco, Eymereich y Velilla de Ebro, condes de Cabra, Conquista, Campo Giro, San Clemente, Torre de San Braulio, Glymes de Brabante, Marquina, vizcondes de Amaya y Cuba, barón de Adyaneta, señores Manrique de Lara, Comyn, Groizard, Vega Inclán, Valenzuela, Jordán de Urrés, Illana, Martín Aguilera, Pérez de Guzmán, Moreno y Ossorio, Silvela, La Cierva y Codornú, Díez de Rivera, el agregado militar de la Legación de Chile y el segundo secretario, señores Irarrazábal y Alvarez de la Ribera, y algunos más.

Toda la tarde se sirvió en el comedor un espléndido *buffet*.

* * *

Otros dos golpecitos vuelven a sonar en la puerta.

¡Ah! Sí; es verdad. Nos hemos entretenido demasiado. Eso pensamos nosotros. Y lo peor será si a ti, lector, también te lo parece.

JUNIO-1918

3197-01111

Un té diplomático.—Un bautizo.

EL ministro del Brasil y la señora de Toledo ofrecieron ayer un té en el Ritz a ilustres personalidades diplomáticas y algunas personas de sociedad. Transcurrieron los momentos muy agradables, porque la conversación fué muy amena y porque los señores de Toledo y su hija—una encantadora señorita que brillará pronto en las fiestas aristocráticas con el poderío de su gentileza y su cultura—atendieron a todos sus amigos con delicada cortesía.

Los señores de Toledo llevan poco tiempo en nuestro país; pero amablemente repiten.

—Ya nos consideremos españoles.

En aquella parte baja del jardín de invierno, en cuyo fondo se yergue entre el verde esmeralda de unas palmeras la estatua de una «Diana Cazadora», se sirvió el té, y allí saludamos a los invitados de los ilustres brasileños. ¿Recordaremos sus nombres? Casi todos.

El embajador de Inglaterra, sir Hardinge; la embajadora de Francia, Mme. Thierry; la de los Estados Unidos, Mrs. Willard; el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el Sr. Chiappe, el agregado militar argentino Sr. Gómez, el ministro de Bélgica y la baronesa de Van-der-Esly y su hija; el de Cuba, Sr. García Kohly; el consejero Sr. Pichardo, el primer secretario de Chile, Sr. Fernández de Castro; el segundo, Sr. Alvarez de la Rivera, y el agregado militar Sr. Irarrázabal; el ministro de China, M. Tai Tch'Enne Linne; el de Grecia

y Mme. Scassi, el de Guatemala y la señora de Ortega, el agregado naval de Italia y Mme. Camperio, el militar y la condesa de Sannazaro, el ministro del Japón, Sr. Sakata; el de Méjico, Sr. Arredondo; madame van Royen, esposa del representante de Holanda; el ministro de Noruega y la baronesa de Wedel, el de Portugal y la señora de Egas Monís, los señores de Arenas de Lima, el agregado militar de la Legación portuguesa, capitán Alberto de Silva Paes, hermano del presidente de la República; el ministro de Servia, Sr. Drogohiei, el de Suiza y la señora de Mengotti, el secretario de esta Legación M. Yaeger, el ministro de Suecia, barón Bech Friis; el agregado naval de Francia, M. Petit Touars; el secretario de los Estados Unidos M. Van Raesseloer...

La ilustre condesa de Pardo Bazán y la señorita de Quiroga, el ex ministro conde de Esteban Collantes, los ex ministros señores Gimeno y Ventosa y sus señoras; señora y señorita de Pimentel, el secretario de S. M. el Rey D. Emilio M. de Torres, la condesa de Caudilla y su hija Pilar Chaves, el cónsul de los Estados Unidos y Mrs. Palmer, el diplomático Sr. Figuerola, el marqués y la marquesa de González, el consejero de la Argentina Sr. Moreno y algunos más.

Con el ministro del Brasil, D. Pedro de Toledo—nombre recia y castizamente español—, y con su señora y con su hija hacían los honores el señor y la señora de Taylor, el señor de Queiroz, el cónsul señor Sierra Valle y el Sr. Fonseca Hermes, que forman el personal de la Legación como secretarios.

Por cierto que al señor Fonseca—cuya esposa tan admirada en sociedad se encuentra en Francia—aprovechaba la reunión para despedirse de sus amigos.

—¿Nos abandona usted?

—No; eso no. Pero nos vamos trasladados al Paraguay. Así es nuestra vida; un poco errante.

Y abandonando el gesto de tristeza que había dibujado en su semblante, añade:

—Pero crea usted que siempre nos acordaremos de España.

En la capilla— muy linda, por cierto — del Niño Jesús de Praga, instalada en el convento de Señoras Reparadoras de la calle de To-

rija, se celebró ayer la interesante y conmovedora ceremonia de administrar el obispo de Madrid las aguas del bautismo a la señorita alemana María Jettmann, de veinte años de edad.

Iluminóse la capilla, alzábase entre los áureos adornos del altar la venerada imagen; resonaron misteriosos, tras las tupidas celosías, los cánticos dulcísimos de la liturgia, y después de una solemne profesión de fe, el prelado de Madrid, revestido de pontifical, vertió sobre la cabeza de María del Sagrado Corazón de Jesús—nombre que recibió ayer en la pila—el agua bendita del Jordán.

Momentos más tarde, y luego de una sentida oración del Sr. Melo y Alcalde, la nueva sierva de Jesús, que fué apadrinada por los marqueses de Ugena, recibió asimismo el sacramento de la Confirmación.

Tan bella ceremonia, que conforta los espíritus cristianos y enaltece de nuevo la religión católica, fué presenciada por numerosos invitados, entre los que recordamos las marquesas de Torrelaguna y Prado Alegre, las condesas de Cerragería y Sepúlveda, la señora y señorita de Gallego, la señorita de Valcárcel, la señora de Luque, la de Pineda, De Carlos, Oñate y Ochando.

Los marqueses de Ugena obsequiaron luego en uno de los salones del convento a todos los reunidos con un espléndido «buffet».

The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present. The author discusses the various civilizations that have flourished on the earth, and the progress of human knowledge and art. He also touches upon the different religions and philosophies that have shaped the human mind. The second part of the book is a detailed account of the history of the British Empire, from its early beginnings in the sixteenth century to its greatest extent in the nineteenth century. The author describes the various colonies and territories that were acquired, and the policies that were pursued towards them. He also discusses the role of the British Empire in the world, and its impact on the course of human history. The third part of the book is a history of the United States, from its founding in 1776 to the present. The author discusses the various events and figures that have shaped the nation, and the progress of its institutions and society. He also touches upon the different political parties and movements that have emerged, and the role of the United States in the world. The fourth part of the book is a history of the various nations and peoples of the world, from the ancient to the modern. The author discusses the different cultures, languages, and customs of these peoples, and the progress of their societies. He also touches upon the different wars and conflicts that have shaped the world, and the role of the various nations in these events. The fifth part of the book is a history of the various scientific discoveries and inventions that have shaped the modern world. The author discusses the progress of astronomy, physics, chemistry, and biology, and the various inventions that have improved the human condition. He also touches upon the different theories and hypotheses that have been proposed, and the methods that have been used to test them. The sixth part of the book is a history of the various literary and artistic works that have shaped the human mind. The author discusses the progress of literature, art, and music, and the various works that have inspired and educated the human race. He also touches upon the different schools and movements that have emerged, and the role of these works in the development of human culture. The seventh part of the book is a history of the various social and political movements that have shaped the modern world. The author discusses the progress of the various movements, and the different theories and hypotheses that have been proposed. He also touches upon the different methods that have been used to test these theories, and the role of these movements in the development of human society. The eighth part of the book is a history of the various religious and philosophical systems that have shaped the human mind. The author discusses the progress of these systems, and the different theories and hypotheses that have been proposed. He also touches upon the different methods that have been used to test these theories, and the role of these systems in the development of human culture. The ninth part of the book is a history of the various languages and dialects that have shaped the human mind. The author discusses the progress of these languages, and the different theories and hypotheses that have been proposed. He also touches upon the different methods that have been used to test these theories, and the role of these languages in the development of human culture. The tenth part of the book is a history of the various customs and traditions that have shaped the human mind. The author discusses the progress of these customs, and the different theories and hypotheses that have been proposed. He also touches upon the different methods that have been used to test these theories, and the role of these customs in the development of human culture.

Mientras se fuma un cigarrillo.

HENOS aquí ya ante un montoncito de papel sobre el que va a correr nuestra pluma. Y si pudiéramos hacerla volar, mejor. Y vamos a ver si te narramos la noche de ayer en el Ritz, que fué muy animada. No hubo—de noche se entiende—otra novedad. Por la mañana, es decir, a medio día, hubo un elegante almuerzo, en el palacio de los duques de Montellano, en honor de la duquesa de Aosta; por la tarde, en el Palace, el anunciado concierto de Carolina Peczenik. Pero por la noche no hubo sino lo que podemos llamar fiesta en el Ritz.

Como lunes, se vió muy concurrido. Y eso que a causa de la epidemia reinante dejaron de concurrir, por enfermos, muchas personas que tenían encargadas mesas.

Pero aun así, la concurrencia fué muy numerosa y se llenó el elegante comedor, y más tarde se abrió el gran salón y los Boldi se trasladaron a él, y a los acordes de las primeras notas comenzó a bailar la juventud. ¡Feliz edad! Ni preocupaciones, ni «soldado de Nápoles», ni cansancio... sino deseos de divertirse y... realidad de estos deseos.

Nosotros nos sentamos en una butaca del «hall» y desde allí escuchamos los acordes de la orquesta. ¡Oh! ¡Qué bien nos encontrábamos en nuestro asiento, saboreando un cigarrillo y charlando animadamente! Y como para recrearnos la vista, de vez en cuando cruzaban ante nosotros unas bellezas aristocráticas que nos recordaban el supremo poder de Dios.

—¿A bailar?

—Hay que aprovechar los pocos años.

Y saltando pizpiretamente entran en el salón de baile y dibujan en el «parquet» un diabólico encaje con el movimiento de sus pies.

Nosotros mientras tanto charlamos. Y han sido tantos los temas que no sabríamos por cual empezar si hubiésemos de reseñarlos todos.

—Oiga usted— me interrumpen—. ¿Recuerda algunos de los comensales de esta noche?

—Creo que sí. Veamos:

Con el duque de Westminster—ese gran potentado del que se dice que es dueño de media Inglaterra y al que se le calcula una renta anual de seiscientas mil libras—el embajador de los Estados Unidos y mistress y miss Willard, el marqués de Viana y sus hijas la marquesa de Villaviciosa y condesa de Torre-Hermosa, el ministro de Noruega y la baronesa de Wedel-Jarlsberg, lord y lady Hervert Hervey, el marqués de Villavieja y su hija la señorita de Escandón y Mr. Vaughan.

Los marqueses de Arriluce de Ibarra ofrecieron una comida a unos cuantos de sus amigos. Con ellos sentáronse a la mesa la marquesa y el marqués de la Mina, marquesa y marqués de la Romana, señoritas de Martos y de Martínez de Irujo, duque del Arco, condes de Heredia-Spínola, de Elda y de Peña-Ramiro, marqués de Lambertye, D. Juan Caro y el Sr. Escalera.

En otra mesa, florecida de rojos claveles, tomaban asiento la señora de Sarthou, la marquesa de Argüelles, la marquesita de Selva-Alegre, la Srta. de Bernaldo de Quirós, el senador vitalicio Sr. Sarthou, el ilustre pintor Juan Antonio Benlliure y D. Agustín Angulo y de Mendoza.

Con el ministro de los Países Bajos y Mme. Van Royen, el embajador de Austria-Hungría y la Princesa de Fürstenberg, la duquesa y el duque del Infantado y la marquesa y el marqués de Santa Cruz.

Con el conde de Vilana, los marqueses de Villanueva y Geltrú y los condes de Bulnes.

Con el comisario de Abastecimientos y la señora de Ventosa, la condesa de Alcubierre y su hija la marquesa de Espinardo, los marqueses de Oliver y su hija, el conde de Glymes de Brabante y los marqueses de Camps y de Ciutadilla.

Juan Antonio Benlliure, el gran pintor, cruza hacia el salón; pero le detenemos con nuestro saludo.

—¡Adiós, maestro!

Y volviendo la cabeza dice modestamente:

—¿Es a mí?

Se impone la nota de arte sobre la charla de sociedad; sobre todo corta un poco la monotonía de la cita de nombres. Y sabemos que prepara una Exposición...

—¿De cuadros?

—De retratos; dos de la Infanta—nos dice—; de esa Infanta Isabel, tan buena, modelo de amabilidades. Uno de Carmencita Silvela de Gómez Acebo, otra de Carmencita Portago, al que doy ahora los últimos toques...

Pero no apuntamos más, porque entonces, ¿qué dejamos para cuando la Exposición se inaugure? Digamos tan sólo que serán expuestos 20 retratos.

—¿Seguimos con los comensales?

—Con lo que usted quiera.

Con la señora de Jover y la Srta. de Castillo, la distinguida dama americana Princesa de la Glorieta, los condes de la Vega del Ren, la señorita de Llovera y M. Adrien Thierry. Con los señores de Milans del Bosch (D. Xavier), la Srta. Adela Huelin, D. Pablo Alzola, D. Fernando Villamarca y D. José Vilalonga. Con M. Pierre Lain, D. Carlos Dóriga, señora viuda de Carrier, condesa de Cuevas de Vera, don Santiago Pidal y el marqués de Castell Bravo. Con el señor Neuter, su hija, el marqués de Martorell, señores de Marleot, Sr. Marsáns Rof y Sr. Lyone. Con el Sr. Loygorry, los Sres. La Cierva, Maestre, Marín de la Bárcena, Montiel y Alonso (D. Antonio).

Estaban también: los condes de las Atalayas, los Sres. Sáinz de Vicuña, los señores de Márquez de la Plata, el Sr. Philemón, secretario de la Legación de Grecia; la condesa del Villar, Mme. Guinley, el marqués de Olérdola, el coronel Lotfallah Bey y el general duque de Teñán, la marquesa y el marqués de Benicarló, señores de Machimbarrera, los condes de Creixell, el ministro de Fomento, Sr. Cambó; el conde de la Maza, el marqués de San Miguel, el de Montalvo, la marquesa de Marzales, Sr. Urruela, Osma, conde de la Mejorada, señoritas de Figueras y Perales, Sres. Valenzuela, Comyn...

Algunas damas lucían joyas verdaderamente soberanas: la marquesa de Argüelles, por ejemplo, que vestía de negro bordado en cristal y azabache, lucía un soberbio collar, del que pendían tres suntuosas perlas del tamaño de gruesas avellanas rodeadas de brillantes; la marquesa de Villanueva y Geltrú parecía aprisionar sus cabellos con un hilo de brillantes, y sobre su frente ostentaba una soberbia esmeralda de gran tamaño; la condesa de Creixell...; pero a alguien oímos anoche—y tenía razón—que la mejor joya de esta dama rubia era su propia belleza.

Uno de los que con nosotros tomaban asiento alrededor de aquel veladorcito coquetón propuso ir al salón de baile. Los acordes de la música, rítmicos, acompasados, sugestivos, le atraían. Levantándose, dijo:

—Señores: no lo puedo remediar, se me van los pies.

Y siguiéndole a él abandonamos la butaca verde que nos había proporcionado blanda comodidad durante hora y media. El salón de baile era realmente un cuadro.

—¡Qué lindos modelos!—exclamó Juan Antonio, viendo, por ejemplo, a las Princesitas Margarita y Fabiola que paseaban su gentileza por el salón.

Y nuestro amigo «el bailarín» comenzó a dibujar sobre el «parquet» otro encaje no tan diabólico como el que bordaran aquellos otros piñoncitos de plata de aquellas bellezas aristocráticas que cruzaron ante nosotros e hicieron nacer en nuestros labios un madrigal.

En el hotel de los señores de Gimeno.

DE las notas de anteayer se destaca con la elegancia de una reunión «bien»—como ahora decimos—el té ofrecido por los amables señores de Gimeno (D. Amalio), a distinguidas personas del Cuerpo diplomático extranjero, del Cuerpo diplomático español y algunas otras de la sociedad madrileña.

Si el ilustre ex ministro de Estado y su bella esposa no tuviesen ya demostrado su «savoir faire» en recibir a sus amistades ahí estaría la reunión de anteayer—tan agradable—para demostrarlo.

En este hotel de la calle de Zurbano, tan alegre, tan claro, rodeado de árboles que se yerguen en el jardín risueño que la mano de la señora de Gimeno cuida con primor, pasa siempre lo mismo: que la tarde vuela feliz, porque nunca falta una nota de arte. Y esta nota nos la ofreció ayer el gran Sorolla con un retrato del ilustre D. Amalio Gimeno, que es—ya lo supondréis—admirable. Allí, en la biblioteca, estaba la joya; allí vimos el lienzo del pintor valenciano, y en él el prodigio de su arte, de su color y de su sencillez.

Consignaremos los nombres de las personas extranjeras y españolas que recordamos haber saludado en la elegante residencia.

Entre las primeras figuraban la embajadora de Inglaterra, lady Hardinge; el ministro del Brasil y la señora de Toledo; el de Bélgica y la baronesa Van-der-Elst; el de Grecia y madame Scassí y su hija; el de Portugal y la señora de Egas Monís; el de Guatemala y la señora

de Ortega; el de Suecia, barón Beek Friis; el de Servia, M. Jancovich; el consejero de la Argentina, Sr. Moreno; el secretario de la Legación del Brasil, Sr. Fonseca Hermes; el ministro de Suiza y la señora de Mengotti; madame Camperio y la condesa de Sannazzaro, esposas de los agregados naval y militar de la Embajada de Italia, y el comandante Petit Thouars de la Embajada de Francia.

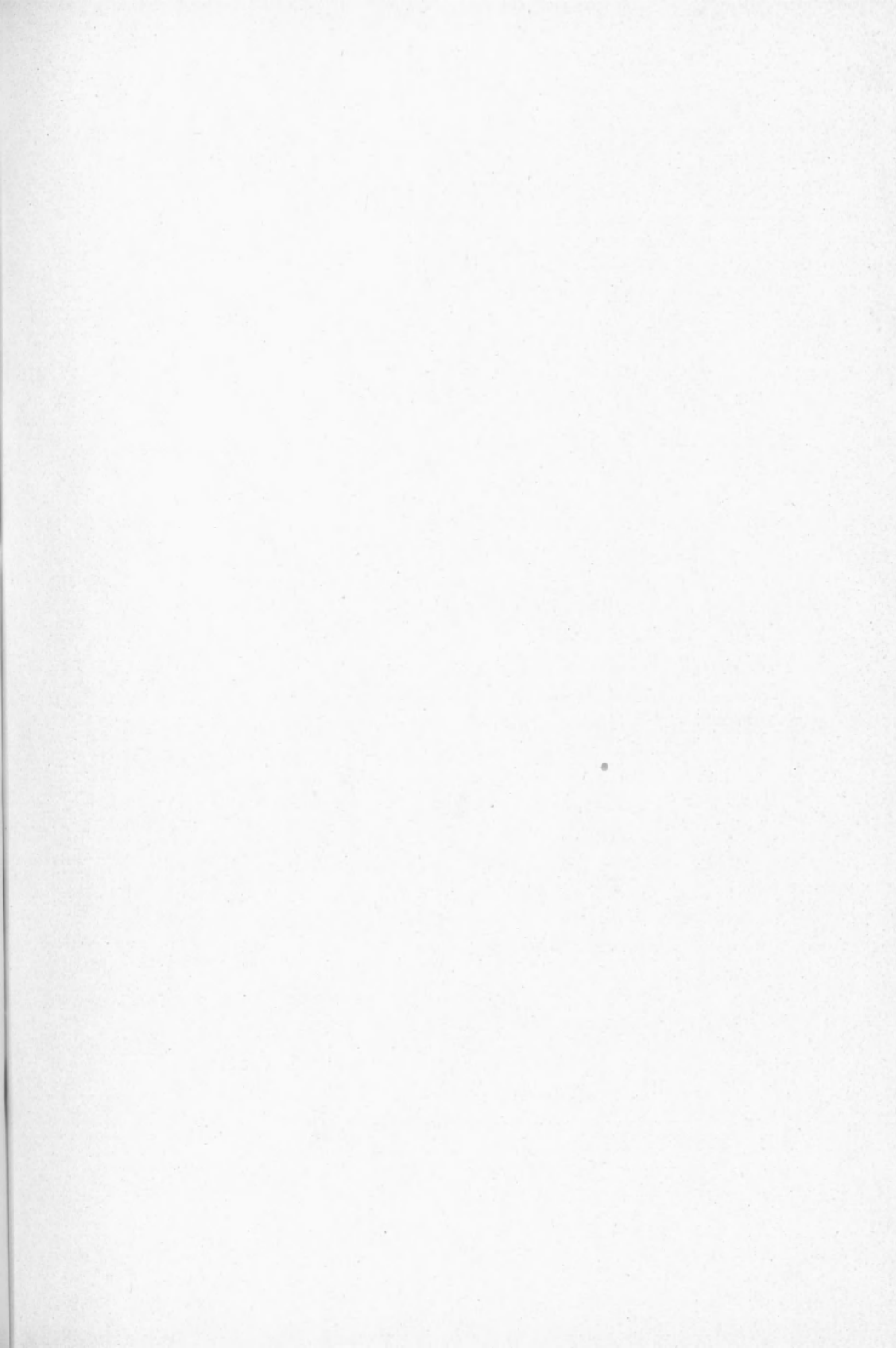
Entre los españoles figuraban la condesa de Romanones, esposa del ex presidente del Consejo y actual ministro de Gracia y Justicia; el señor y la señora de Sarthou y la marquesita de Selva-Alegre; la marquesa viuda de Hoyos y su hijo el notable novelista D. Antonio; la marquesa de Cayo del Rey y su hija María Rosa y su sobrina Angelita Baztán, la marquesa de Peñafiel y su hija la señorita de Roca de Togores, la señora viuda de Reynoso, la señorita de Reynoso y las señoras de Despujol y de Oruña, la condesa viuda de Arcentales y su hija la condesa del Vado, la marquesa y el marqués de González, los señores de Urcola (D. Carlos), el cónsul general de Suecia y la señora de Dahlander, el secretario de Su Majestad, D. Emilio M. de Torres; el diplomático Sr. Figuerola y los Sres. Manrique de Lara y Figueroa y Alonso Martínez (D. A.).

Los honores... Pero ¿a qué repetirlo? ¿No hemos dicho que fué la reunión en casa de los señores de Gimeno? Pues ya está dicho que fueron hechos con exquisita cortesía...

Después de la reunión el hotelito pareció quedarse solitario. Tan gentil se alzaba entre los árboles que nos volvimos a mirarlo. Y entonces escuchamos... ¿Pero no se habían marchado todos los concurrentes? Sin duda, no; sin duda quedáronse los más íntimos de los señores de Gimeno, porque en el silencio de las primeras horas de la noche oímos los acordes del piano y luego el encanto de dos voces deliciosas que entonaban unos bellos trozos de ópera y unas primorosas canciones.

¿Quién cantará?—pensábamos nosotros. ¿Será, acaso, la señora de Gimeno? ¿O, quizás, la condesa de Romanones? ¿O, por ventura, las dos damas, que, como es sabido, sienten el arte del *bell canto*?

Y caminamos despacito para no pecar de indiscretos. Y cuando íbamos alejándonos aún llegaban a nosotros los ecos de la *Tosca*, de Puccini, y de *Los Granaderos*, de Haydn...





Srta. María Jesús Jordán de Urriés y Ulloa, hija de los vizcondes de Roda.

Fot. Franzen.

Tres notas dolorosas.

LA muerte, con su garra cruel, acaba de arrebatarnos al cariño de padres y de esposos y al afecto hondísimo de sus amigos tres vidas jóvenes.

La señorita María Jesús Jordán de Urries y de Ulloa, hija de los vizcondes de Roda, murió ayer. ¿Cómo consignar esta noticia sin sentir nuestro espíritu una triste emoción? Tan bella, tan gentil, en el mismo día en que cumplía los dieciséis años—esto parece que acerba más el dolor—ha volado al cielo este ángel bueno que cruzó por el mundo sembrando sólo afectos y cariños.

¡Pobrecita María Jesús! ¡Pobre damita rubia que alegró—y hoy los entristece con su desaparición—los salones aristocráticos!

Había padecido la enfermedad reinante; pero ya estaba bien. Tan bien, que anteayer bajó al jardín de su casa, sin duda a confundirse entre las flores como una flor más. Pero de pronto—¡oh, triste presagio de un fin próximo!—se sintió enferma. Momentos después se acentuó la gravedad y horas más tarde su dulce corazón dejaba de latir.

¿Qué decir a esos infortunados padres, a esos afligidos hermanos, a esa familia angustiadísima? Nada, nada. Unámonos a su duelo del modo más sincero y confórtenos solamente—somos cristianos—el pensar que el alma de María Jesús voló junto al Señor.

En sus apuntes escribió un día: «Pido a mi Madre y Patrona la Inmaculada Concepción que me conceda para mí Santo la gracia

de morir antes que cometer un solo pecado mortal; lo mismo pido para mis padres y hermanos». Y la Virgen oyó su ruego.

* * *

Pero no calla aquí la pluma, porque otra nota dolorosa hace que enviemos otro sentido pésame a otras familias que lloran también otro designio del Destino. María Paz Urbina y Melgarejo, hija de los marqueses de Rozalejo, ha muerto también, y también en plena juventud. ¡Qué pena, Señor!

Hace muy poco tiempo, acaso no llegue a dos años, contrajo matrimonio; hace pocos días vió alegrarse su casa con su segundo hijo. Pero una traidora pulmonía hirió su salud y la hirió de muerte.

¡Pobre madre y pobre esposa muerta!

Nuestra pluma envía su pésame al desconsolado viudo D. Francisco Javier Allendesalazar, hijo de la condesa viuda de Montefuerte; a los marqueses de Rozalejo, a todos, en fin, los allegados a la dama muerta y a esos dos angelitos que deja en la tierra, uno de los cuales apenas aprendió a llamar a su madre hubo de perderla para siempre.

* * *

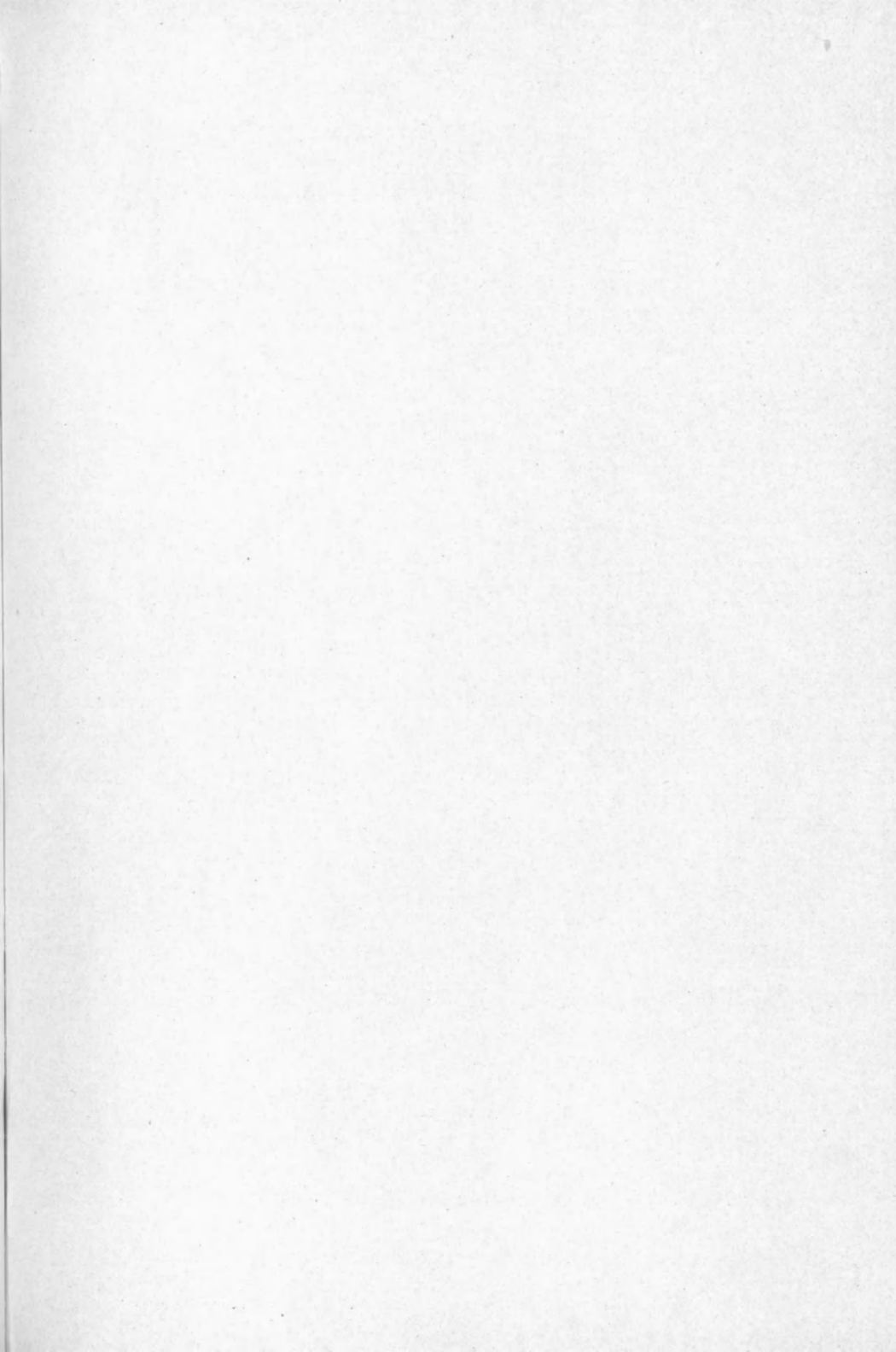
La marquesa viuda de Alava está también recibiendo muchas manifestaciones de pésame. Su hijo político, D. Tomás Navascués y de la Sota, casado con D.^{ña} Angela de Zulueta y Martos—hija de la marquesa—, ha fallecido en esta corte.

Era un bizarro militar, capitán de artillería, maestrante de Zaragoza, con varias cruces sobre el pecho, ganadas en campaña.

—Adoro el Ejército—decía.

Y cuando le preguntaban si le gustaba pelear en campaña, su mano señalaba la cruz del mérito militar, roja, y la medalla de Africa, entre otras.

Su muerte ha sido muy sentida. Y nosotros enviamos nuestras expresiones de sentimiento a su ilustre viuda, a sus hermanos, a su madre política, a sus tíos políticos los condes de Heredia-Spínola.





D.ª María Paz Urbina y Melgarejo de Allendesalazar, hija de los marqueses
de Rozalejo.
Dibujo de Gamonal.

Fot. Kaulak.

Notas del día 7

Con intervalo de media hora se verificaron esta mañana los entierros de la señora de Allendesalazar y de la señorita de Roda.

Como la casa mortuoria de la primera está en la calle de Santa Engracia, y muy cerca, en la de Españoleto, la de la segunda, casi se mezclaban los coches de ambos cortejos, y muchas personas iban de una a otra casa para firmar en las listas de pésame.

El homenaje de duelo en ambas casas ha sido grande y sentido.

El entierro de la señora de Allendesalazar fué presidido por el conde de Pozo Ancho del Rey, en representación de la infanta D.^a Isabel; los hermanos de la finada, D. Antonio y D. Juan José Urbina; su tío el marqués de Cabriñana, y el conde de Montefuerte, hermano político.

Entre las numerosas personas que asistieron al triste acto figuraban el presidente del Consejo, D. Antonio Maura; el ministro de la Guerra, general Marina.

Duques de Lécera y Luna.

Marqueses de Castellfuerte, Torre Alta, Frontera, Cayo del Rey, Portugaleta, Jura Real, Real Defensa, Urquijo, Zugasti y Valdeiglesias.

Conde de Liniers y Cerrageria, y

Sres. Hontoria, Gordon, Muguíro, Pineda, Méndez Vgo, Cobián y muchos más.

El duelo de la señorita de Jordán de Urries fué presidido por el reverendo padre Federico Curieses, franciscano, y por las duques de Sessa y Unión de Cuba, marqueses de San Vicente y Oquendo y condes de Adanero y Campo Giro.

El cadáver de la infortunada señorita fué bajado a la carroza fúnebre en hombros de sus hermanos y sus primos.

Entre la concurrencia, que fué numerosa, recordamos al Principe de Fürstenberg; duques de Montellano, Zaragoza, Luna, Lécera, Santo Mauro, Infantado, Nájera y Seo de Urgel; marqueses de la Torrocilla, Castromonte, Urquijo, Gorbea, Villapaterna, Santa María de Silvela, Donadio, Villabrágima, Cenia, San Carlos, del Pedroso, Atarfe, Santa Cristina, Aymerich, Real Defensa, Sancha, Peñafuente, Torneros, Albaserrada, Cayo del Rey, Guevara, Portago, Guad-el-Jelú, Lema, Prado Alegre, Portugaleta, Ahumada, Feria, Monteagudo, Quirós, Borgheto, Cavascelices, Herrera, Vega de Bocillo, Pons, Casa Real, Portugaleta, Mina y Rafal; condes de Villamarciel, Bornos, Bernar, Torata, Aybar, Caudilla, Real Aprecio, Almenas, Sizzo Noris, Belascoain, San Luis, Albiz, Valle de San Juan, Sierrabella, Peralta, Torrejón, Ardales del Río, Velle, Coello de Portugal, Romanones, Villares, Dziedreszky, Campo Alegre y Mayorga; vizcondes de Eza, Garcigrande, Val de Erro, Cuba y Castillo de Genovés; barones de Gudenus, Satróstegui, Yecla, y Molinet, y señores de Ramírez de Haro, Jordán de Urries y Patiño.

Sanz y Magallón, Narváez, Chávarri, Márquez de la Plata, Cárdenas, García Blanes, Gordón Wardhouse, Blanco (D. R.), Leal, Taramona, López de Ayala, Osorio, Moreno y Gil de Borja, Torres (E. M.), Muguero, González Arnao, Canthal, Própper, Acuña, Borbón y Castellví, Moreno Carbonero, Maura, Bermúdez de Castro...

El entierro del Sr. Navascués se verificó el día 6 y constituyó asimismo sentidísima manifestación.

Renovemos de nuevo nuestros pésames a las familias dolientes.

Los miércoles del Palace.

FUÉ el de anoche el último, por ahora, de los miércoles de moda en el Palace, que no tendrán reanudación hasta el próximo invierno.

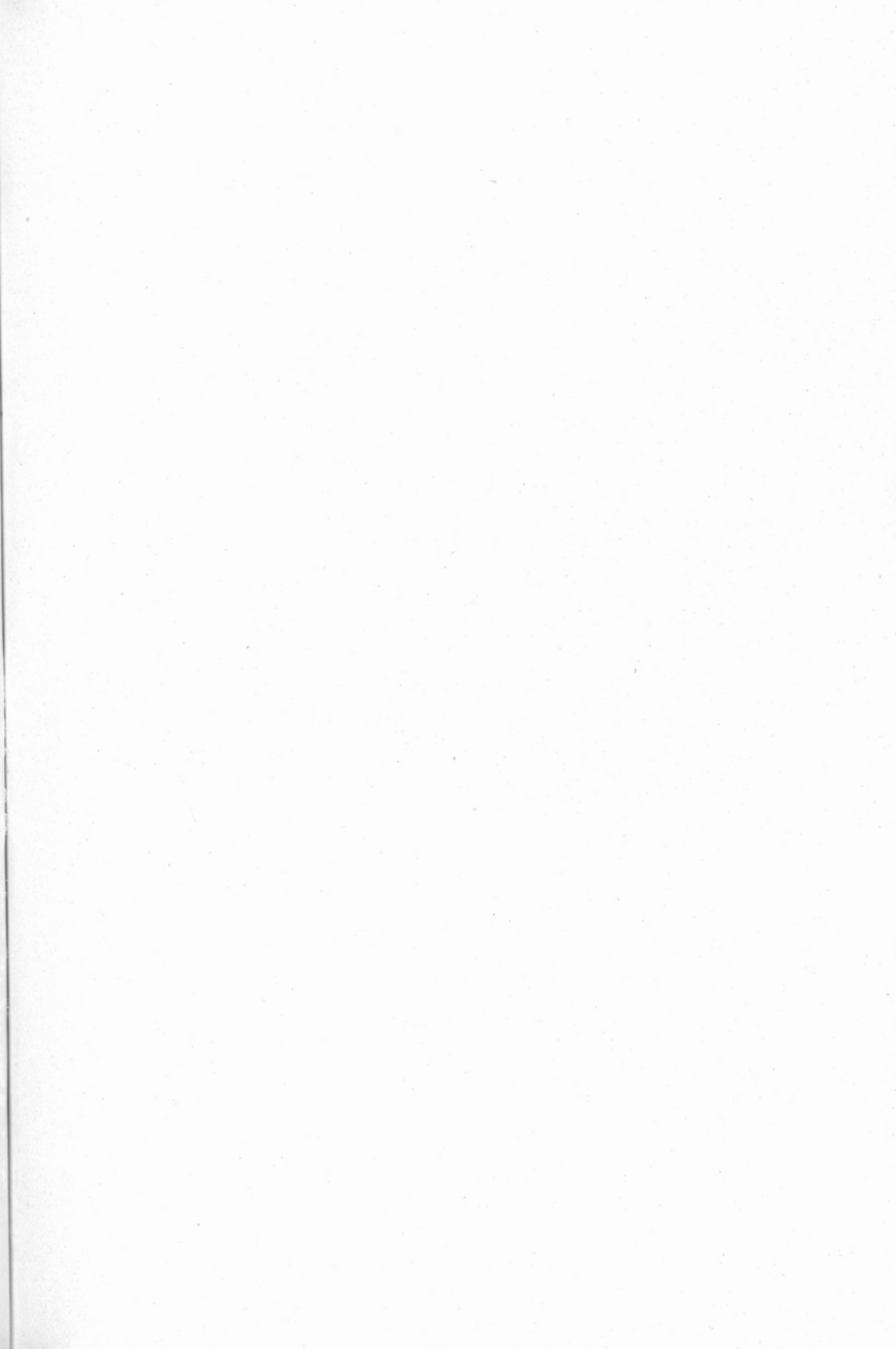
El gran comedor se vió muy concurrido. Las mesas estaban primorosamente adornadas. Las rosas y las azaleas florecían en los grandes centros de cristal, ofreciendo un artístico aspecto. Y mientras se servía el *menu*, Berki ofreció un selecto concierto.

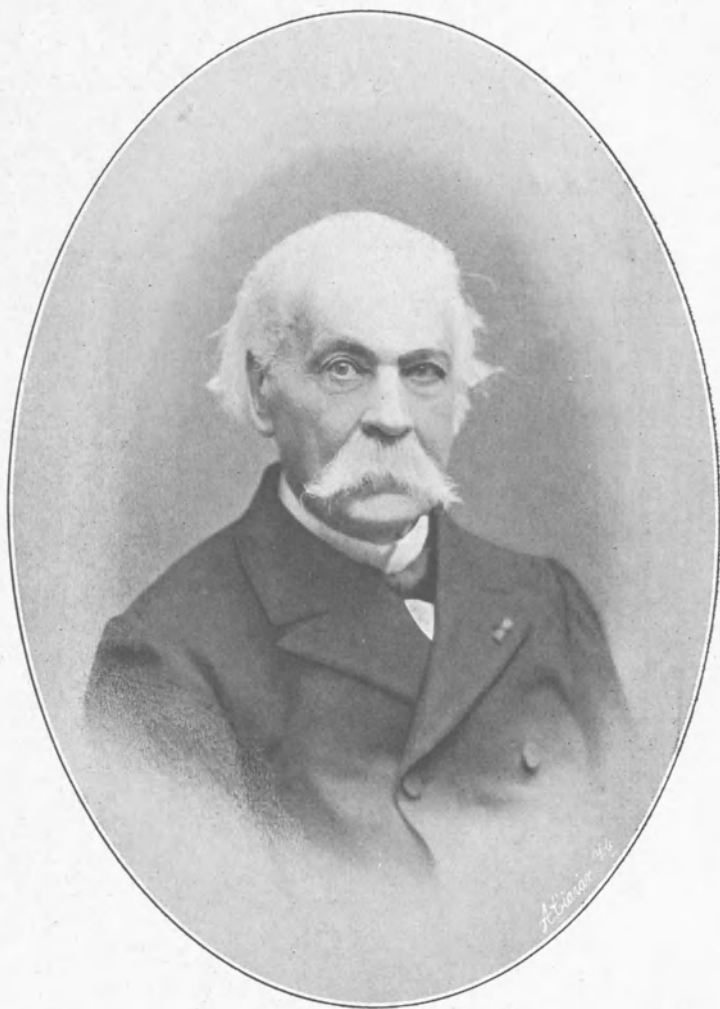
Claro es que no podemos consignar los trescientos comensales que anoche llenaban el amplio comedor, radiante de luz; pero sí algunos. Recordamos, pues, al primer montero de Su Majestad, la condesa de Maceda y la vizcondesa de Fefiñanes, los marqueses de Salvatierra, la marquesa y marqués de Tenorio y la señorita de García Prieto, la señora de Ibarra, el coronel Corradi y su hija Isabel, el agregado naval de Italia y la señora de Camperio, el Príncipe d'Anjou, el duque de Durcal, el secretario de Su Majestad el Rey, señor Torres; la marquesa de Juliá, el marqués de San Miguel, el ministro de Portugal y su señora, el comandante Petit Thouars, el conde y la condesa de Sannazaro, de la Embajada de Italia; el ex ministro Sr. Rodés y su señora, los condes de Cuevas de Vera, el conde de Quiroga, la señora y señorita de Costi, el marqués de Canillejas y sus hijas, la marquesa de Prado Alegre y la condesa de Saceda, el conde de Calderón, Valenzuela, el conde de Durazzo, señoritas de Borbón y Amé-

zola. Su Alteza Real el duque de Montpensier con el conde de Jointho y el doctor Degerente; lord y lady Hervert Hervev con los duques de Alba y de Peñaranda; el coronel Grant, agregado naval a la Embajada de Italia, y Mme. Camperio; sir Percy Loraine, mister y mistress Russel, Mr. Crosley y el capitán Du Petit-Thouars.

También estaban los señores de Amézola, el ex alcalde de Madrid, D. Carlos Prast, M. Tremoulière, conde de Sannazaro, señores de Arroyo, Fonseca, Arenas de Lima, conde de Santai y señor y señorita de Morales, marqueses de Atarfe, señores de Foronda y Martín Aguilera, marqueses de Velasco y señores de Quijano con la bellísima señorita de Agüero, perteneciente a una noble familia montañesa; el secretario de la Embajada Argentina, Sr. Chiappe; el ex ministro Sr. Rodés, el diputado Sr. Salvatella, el celebrado tenor Bernardo de Muro y su esposa, el conde de Vasco de Gama y algunos más.

Para el próximo invierno hay proyectos muy laudables, y es de esperar que tengan acogida feliz entre la sociedad aristocrática.





El marqués de Belvis de las Navas.

Fot. Kaulak.

El marqués de Belvis de las Navas.

SOBRE las familias de los duques de Parcent y marqueses de Ivanrey pesa en estos momentos una gran desgracia, que será justamente sentida en la sociedad de Madrid.

El anciano marqués de Belvis de las Navas, padre de aquellos señores, ha fallecido casi repentinamente en Málaga, donde habitualmente residía, y donde era queridísimo.

Hace poco tiempo estuvo enfermo el venerable anciano, inspirando su estado inquietud, más que por la gravedad de la dolencia, por lo avanzado de su edad. Pero su fuerte naturaleza venció al mal, y pudo reponerse.

Ahora ha recaído, y rápidamente se consumió su vida, no pudiendo sus hijas tener el consuelo de recibir su último adiós.

La duquesa de Parcent, que casi al mismo tiempo ha recibido la noticia de la enfermedad y la de la muerte de su padre, salió anoche para Málaga, con su hija, la señorita Piedad Iturbe, para asistir al entierro de aquél. Su otra hija, la marquesa de Ivanrey, no ha podido hacer lo mismo, por encontrarse en el lecho, padeciendo un fuerte ataque de *grippe*.

El marqués de Belvis de las Navas, D. Enrique Guillermo de Scholtz y Caravaca, a quien se concedió aquel título en 1912, era un anciano muy bondadoso y caritativo, que se captaba la simpatía y el afecto de cuantos tenían el gusto de tratarle.

La sociedad de Madrid conserva de él un grato recuerdo, pues residió en nuestra corte algún tiempo, con su esposa, en el palacio de su hija.

Aquel matrimonio de venerables ancianos, tan correctos y atildados, tan bondadosos y simpáticos, encantaba. La muerte lo desunió, cuando residía en París, llevándose a la buena y amante esposa.

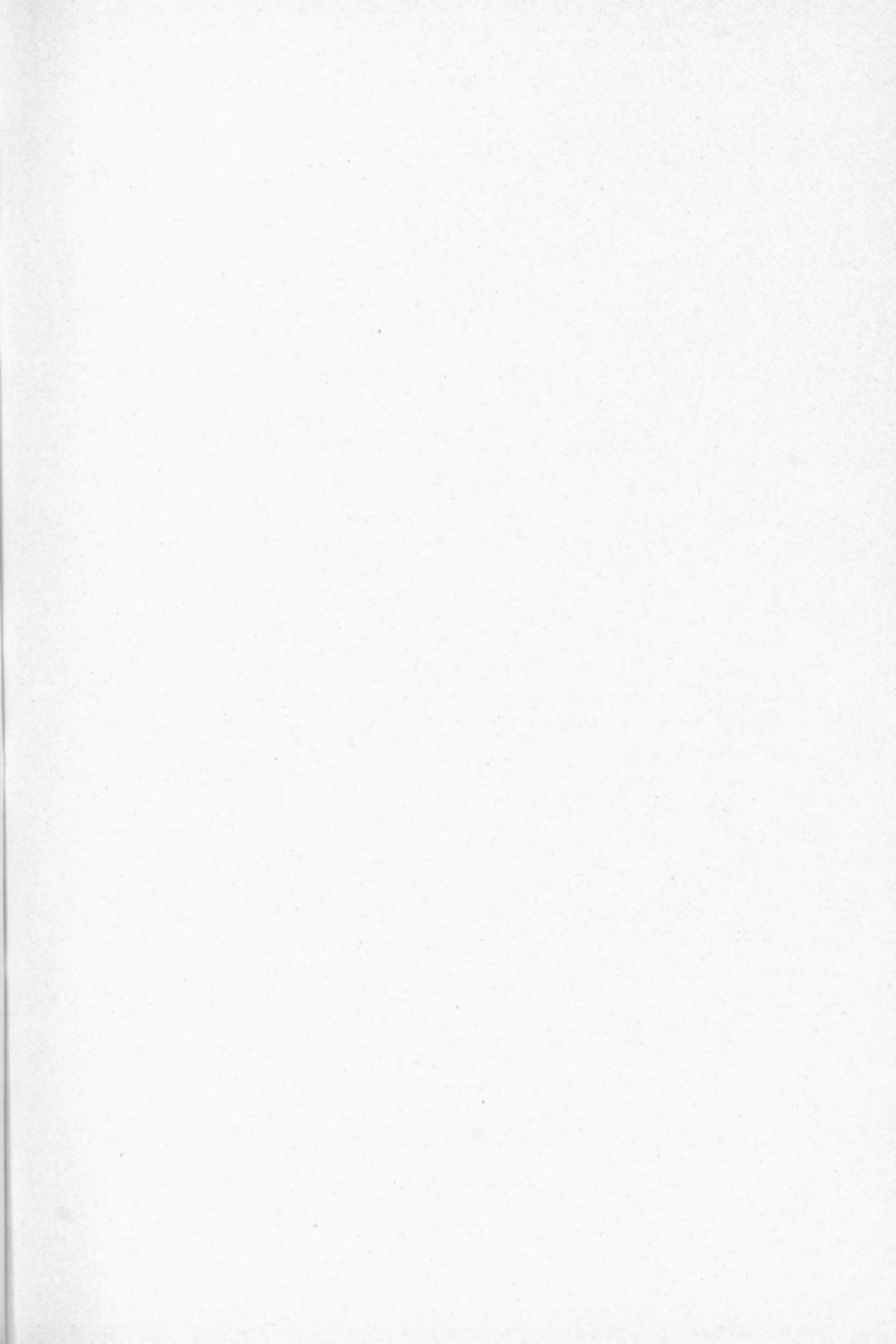
El difunto marqués residía constantemente en Málaga, y pasaba algunas temporadas en Ronda. En aquella capital, donde pasó la mayor parte de su vida, era muy querido, y su muerte será sentida por todos.

Su caridad realizaba numerosas obras de piedad, que una sincera modestia ocultaba cuidadosamente.

En la época de la Revolución fueron arrojadas de Málaga las religiosas Capuchinas. El Sr. Scholtz, tan religioso como caritativo, las protegió con gran cariño y las construyó nuevo convento.

También fundó el Sr. Scholtz en Málaga la Sociedad Filarmónica, en la que numerosos jóvenes recibieron educación musical. Era persona muy amante del Arte y un verdadero artista también.

Descanse en paz el venerable anciano, y reciban sus hijos y nietos nuestro sentido pésame.





Srta. Blanca Pérez de Guzmán y San Juan, hija de los duques de T'Serclaes.
Condesa de Rivadavia.
Cuadro de Pablo A. de Béjar.

Fot. Lladó.

La señorita de T'Serclaes y el conde de Rivadavia.

BLANQUITA Pérez de Guzmán, esa encantadora y delicada belleza aristocrática, hija de los duques de T'Serclaes, y D. Ignacio Fernández de Henestrosa y Gayoso de los Cobos, hijo de los marqueses de Camarasa, han celebrado hoy—festividad del Sagrado Corazón—su anunciado enlace. La iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro se vistió de gala. Casi desaparecieron los bellos adornos de la gótica arquitectura bajo los tapices de blancas rosas y jazmines; casi—bajo las guirnaldas de azahar—desaparecieron también los hermosos dorados del altar mayor, entre cuya alba decoración prendían su incendio cientos de luces. Y allí, en el presbiterio, a las doce menos cuarto de la mañana, se erguía ya la figura del Nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonessi, que había de dar su bendición a los futuros esposos; y allí, en la nave central del templo, se congregaba ya una buena parte de la sociedad aristocrática, cuando las carrozas de Palacio se detuvieron ante la puerta de la capilla conduciendo a los novios.

Descendió la novia. La ideal figura de la señorita de Pérez de Guzmán, envuelta entre sus galas de desposada, aureolada de azahar, cobijada bajo los pliegues de su velo nupcial, hizo poner en los labios de los presentes un murmullo de admiración. Sus ojos azules, su cabello rubio, su rostro de nácar, todo se nos mostraba hoy más bello que siempre con la dulce emoción del momento. Y cruzó, sobre la

alfombra roja, apoyada en el brazo del marqués de Camarasa, que representaba a S. M. el Rey, que era el padrino, y que vestía el uniforme de gentilhombre de S. M., grande de España.

Cruzó después el novio. Sobre su uniforme de capitán de infantería lucía la llave de los gentileshombres y el lazo rojo de los grandes de España. Y daba su brazo a la duquesa de T'Serclaes, que, en representación de S. M. la Reina, era la madrina, y que sobre su pecho, como sobre su cabeza la mantilla española, brillaba la insignia de dama de la Reina.

Resonaron los acordes de la orquesta en lo alto del templo; se oyeron, majestuosos, los sonos de la *Marcha de las bodas*, de Mendelssohn, y minutos después era la voz del Nuncio de Su Santidad la que atraía nuestra atención con la persuasión de sus palabras, con la elocuencia de la frase, con la verdad del Sacramento. Y allí, en el presbiterio, se ofrecía el bello cuadro de la ceremonia, más vistoso aún por lo variado de los uniformes de los testigos, que eran, por parte de la señorita de T'Serclaes, su hermano el marqués de Marbais, su tío D. Patricio Garvey, los duques de Tarifa y Tovar, D. Fernando Ramírez de Haro y el ex ministro Sr. Burgos y Mazo, y por la del conde de Rivadavia, los duques de Medinaceli, Arcos, Santo Mauro y Plasencia y los marqueses de Santa Cruz y Campolano.

Se celebró seguidamente la misa de velaciones—dicha por el padre redentorista Teodomiro Ronda—, y durante ella la capilla de música interpretó la *Romanza en fa*, de Beethoven; *Los encantos del Viernes Santo*, de Wágner, y el aria de la *Suite en re*, de Bach.

Se firmó el acta. La *Marcha de Lohengrin* se dejó escuchar, y de nuevo la concurrencia abrió paso para que cruzaran los novios.

Y salieron del templo y de nuevo subieron a su carroza los condes de Rivadavia, y de nuevo a la suya los padrinos, dirigiéndose al regio alcázar para dar las gracias a Sus Majestades.

La multitud que se agolpaba en la calle de Manuel Silvela prorrumpió en gritos de ¡vivan los novios!, a los que nosotros pusimos como único comentario: Que vivan los novios y que sean tan felices como se merecen.

La concurrencia era distinguidísima. De ella formaban parte... Pero digamos en primer lugar que junto al duque de T'Serclaes y

junto a la marquesa de Camarasa—de uniforme de maestrante de Sevilla el primero y con el lazo rojo de dama de la Reina la madre del novio—saludamos a la ilustre abuela de la novia, la respetable marquesa de San Juan, dama que no suele frecuentar ya las fiestas aristocráticas a no ser en acontecimientos familiares como el de esta mañana. Sus cabellos de nieve aureolaban de respeto el rostro de la dama. Asistían también las duquesas de Arcos, Plasencia y Tarifa; las hermanas de la novia marquesas de Marbais y señora de Ramírez de Haro, y las del novio marquesas de la Puebla de Parga y señoritas de Fernández de Henestrosa y su prima la condesita de San Martín de Hoyos.

Figuraban asimismo la Princesa de Fürstenberg, embajadora de Austria; la embajadora de Alemania, Princesa de Ratibor, y sus hijas las Princesas de Thurn et Taxis; el embajador de Francia y madame Thierry, el de los Estados Unidos y Miss Willard, el embajador de Inglaterra, el ministro de Holanda y Mme. Van-Royen, las duquesas de San Carlos, Tovar, Montellano y viuda de Sotomayor, las hijas de la Princesa Beatriz de Borbón, D.^a Margarita y D.^a Fabiola Massimo, a quienes acompañaba la señora de López de Ayala; las marquesas de la Mina, Valdeolmos, Encinares, Alquibla, Villanueva de Valdeusa, Santo Domingo, Cayo del Rey, Baztán, Viana, Santa Cruz, Torralba, Rafal, Riscal, Sofraga, Villaviciosa, Scala, viuda de Hoyos y Atarfe.

Condesas de Torre-Arias, Casa-Valencia, Floridablanca, Arcentales, Revilla Gigedo, Guadiana, Vado, Venadito, Cartayna y Torre-Hermosa.

Señoras y señoritas de Borbón, Mendivil, Muguiro, Maroto y Pérez del Pulgar, Elío, Martínez de Irujo, Heredia, Lázaro, Galdiano, Falcó y Alvarez de Toledo, Falcó y Escandón, Beistegui, Alcalá Galiano, Ramonet, San Miguel, Martínez de Campos, Calvo de León, Barrenechea, Castrillo, Prado y Palacio, Tamames, Villapaterna, Santo Domingo, Figueroa y Bermejillo, Domínguez Pascual, Rafal, viuda de Muguiro y su hija, Roca de Togores...

También estaban: el jefe superior de Palacio, marqués de la Torre-cilla; el ex alcalde de Madrid, Sr. Prado y Palacio, D. Juan Antonio Beistegui, los condes del Real y de Torre-Arias, el marqués de Narros, el académico barón de la Vega de Hoz, el marqués de la Mina, el duque de Montellano y su hijo, el marqués de Pons; el ex ministro

Sr. Domínguez Pascual, los generales Borbón y Alfau, el marqués de Polavieja, el de la Scala, el de Encinares, Moreno Carbonero, Astúa...

En el hotel de los duques de T'Serclaes—en cuyo salón principal luce como una joya el retrato que Pablo Béjar acaba de pintar a la novia por encargo de la marquesa de San Juan, y en el que ha mostrado el artista el acierto admirable del parecido y del color—se sirvió un almuerzo, al que sólo asistieron los novios, los testigos y las más allegadas personas de ambas familias.

Y esta misma noche, los nuevos condes de Rivadavia, que en su visita a Palacio recibieron de las Reales personas valiosos obsequios, han salido para las provincias de Levante, en las que pasarán su luna de miel.

Con motivo de su matrimonio con el conde de Rivadavia, la bellísima señorita Blanca Pérez de Guzmán ha recibido una cantidad extraordinaria de regalos de su familia y amigos.

Entre los primeros—pues la lista de los otros ocuparía un espacio de que no dispone el cronista—figuran: de su prometido, el conde de Rivadavia, una magnífica pulsera de brillantes y zafiros, un hermoso «*sautoir*» de perlas y dos más para las orejas, con sello de la Casa de Luis Sanz; tres mantillas de encaje: una blonda negra, otra de Chantilly y la tercera de Bruselas, y una colección de abanicos antiguos de gran mérito artístico.

También la ha regalado el traje de boda, que es *charmeuse* blanco, con manto de la misma tela, guarnecido de ricos encajes *point à l'aiguille*; otro negro, elegantísimo, y un abrigo de terciopelo labrado y encajes.

La abuela de la novia, marquesa de San Juan, regala a su nieta un magnífico lazo de brillantes. Los marqueses de Camarasa a su hija política una diadema preciosa de brillantes y zafiros con un dibujo en el centro de las mismas piedras, rematado en un gran solitario que perteneció a la condesa de Amarante; los duques de T'Serclaes a su hija una soberbia *rivière* de brillantes, también firmada por Luis Sanz; las hermanas del novio la regalan una *écharpe* y manguito de piel de armiño; los duques de Santo Mauro, un imperdible muy hermoso de brillantes y zafiros; los marqueses de la Puebla de Parga, una magnífica bolsa de malla de oro, de extraordinaria elegancia; los duques de Medinaeclí, unos grandes candelabros de plata, estilo Luis XVI; los marqueses de Marbais, un juego de tocador, muy completo, de *vermeil*; los marqueses de Viana, un mueble antiguo, tan elegante como artístico; los señores de Ramírez de Haro, suntuosas piezas de mesa, de plata; los hermanos solteros de la novia le han hecho también regalos de tanto valor como gusto, y entre ambas familias se han cruzado también magníficos presentes.

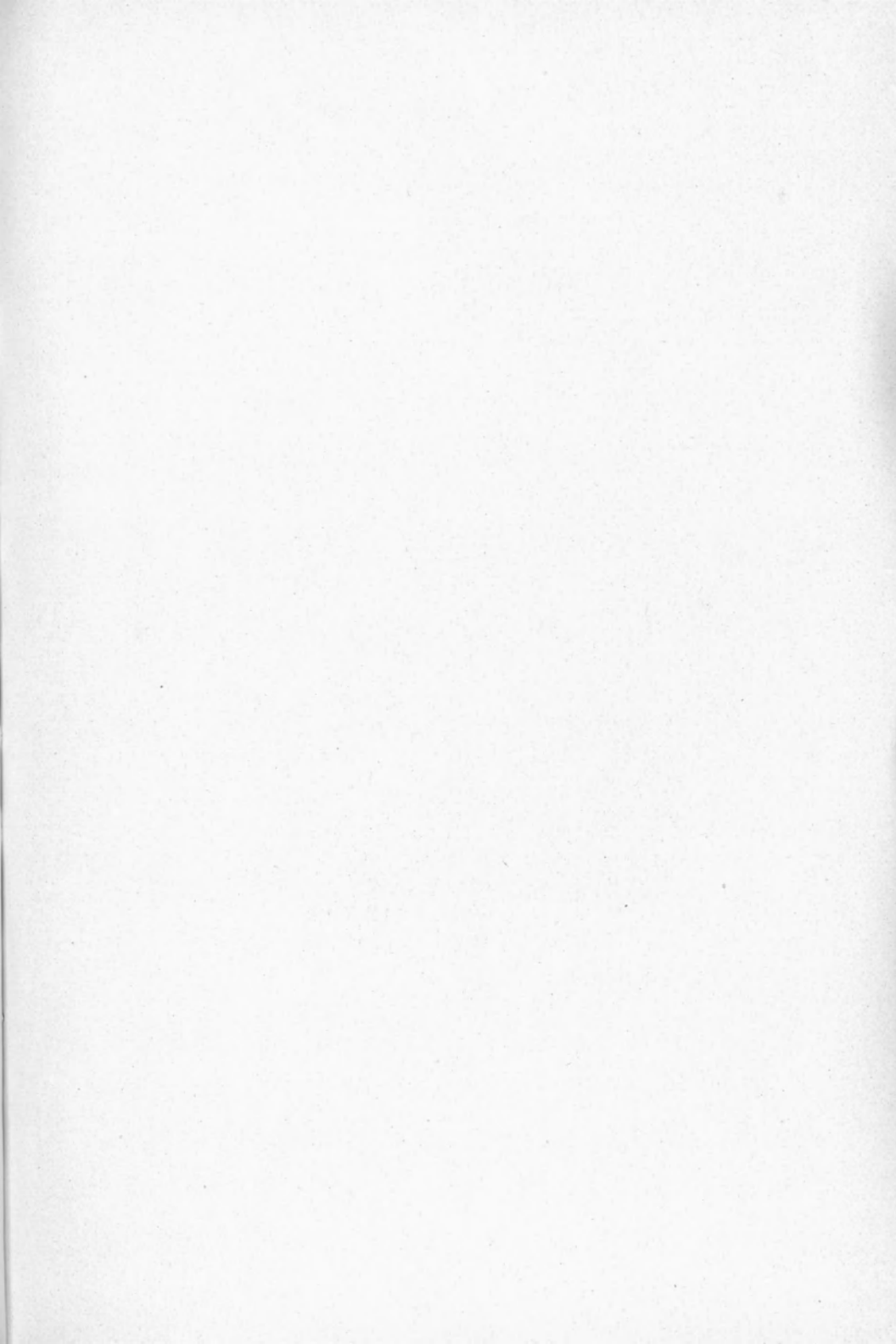
No son menos numerosos los regalos enviados por su familia y amigos al conde de Rivadavia; botonaduras de mucho valor le han regalado los duques de T'Serclaes, y la marquesa de San Juan (ésta dos bellos solitarios para la pechera); sus padres, los marqueses de Camarasa, y sus tíos, los duques

de Santo Mauro, un reloj de platino y brillantes con el escudo de armas primorosamente esmaltado en negro, obra asimismo de la casa de Luis Sanz; la señora de Brunetti, un reloj de ébano y jaspes, siglo xvii, muy artístico; el marqués de la Torrecilla, una mesa de marquetería, elegantísima; sus hermanas solteras, la marquesa de la Puebla de Parga, la duquesa de Medina-celi, los duques de Arcos y de Plasencia y demás personas de la ilustre familia han rivalizado en los regalos, llamando la atención el magnífico estuche con un completo servicio de cubiertos de plata, la colección de fuentes, juego de té y estuche de viaje, así como una numerosa colección de petacas, bastones y alfileres de corbata.

La industria madrileña ha demostrado en el equipo de la novia, hecho en su mayor parte en el Colegio de Santa Isabel, que nada tiene que envidiar a la más perfeccionada del extranjero; así los bordados de la ropa blanca, en la que campean el blasón de los Rivadavia y las armas unidas de los Fernández de Henestrosa y de los Pérez de Guzmán, o bien las cifras enlazadas de los novios, son verdaderas preciosidades, así como los encajes que adornan otras prendas en que el tinte marfileño de aquéllos armoniza con la blancura de las batistas.

Por las señoras que visitaron la exposición del *trousseau* fué muy elogiada la rica colección de joyas que formaban estos regalos, cruzados entre las familias, y como en su mayor parte llevaban el sello del ya citado Luis Sanz, de Ansorena, de Sáinz y de Felipe Sanz, se habló de la preferencia que el público concede a la orfebrería española.

Como recuerdo de su boda los condes de Rivadavia obsequiaron a sus amigos con preciosas cajas de damasco conteniendo exquisitos bombones de la aristocrática casa «La Duquesita»—que también repartió ayer otras lindas cajas con motivo del enlace de los señores de Caro.





El coronel de Artillería D. Alfredo Corradi.

Fot. Kaulak.

Alfredo Corradi.

LA muerte de Alfredo Corradi y Anduaga nos ha producido triste sorpresa. Verdad que hace pocos meses había padecido una pleuresía y su estado llegó a inspirar temores; verdad que recientemente había tenido esta enfermedad o epidemia de moda que tantas víctimas, aunque se oculten o pretendan ocultarse, lleva causadas; pero como le habíamos visto reponerse y hacer su vida de siempre, llegamos a creernos que la vida de Corradi se alargaría años y años.

Y ¿cómo no creerlo viéndole tan ágil, tan activo, tan alegre, tan dispuesto siempre a la organización de todo? Y ¿cómo resistirse uno a creerlo cuando ya le veíamos en el Ritz o en el Palace ordenar, disponer, mandar, como Inspector general que era de la Sociedad? Aun hace pocas noches, muy pocas, nos sentamos a su mesa. Con nosotros estaba su hija Isabel, tan guapa, tan gentil.

—¿Está animado esto?—nos decía mientras bebíamos una copa de «champagne» en el gran comedor del Palace.

—Mucho, mucho, coronel; muy animado, y de una buena animación.

Y acercando a sus labios la espuma del «champagne» pronunció:

—¡Ay, si usted supiera el trabajo y los desvelos que representa lo que usted ve!

Luego, en la intimidad de nuestra charla, nos contó su vida, una

vida de trabajo activísimo, de cien quehaceres diarios, sin abandono, eso nunca, de su carrera militar.

Porque Corradi era Coronel de Artillería, lo que llamamos un bizarro Coronel de Artillería: alto, erguido, arrogante, derecho, con sus bigotes rubios muy peinados y muy tiasas sus guías, y en sus labios una sonrisa y su mano tendida siempre para apretar la del amigo que le saludaba o para empuñar la espada de artillero.

Poseía las cruces y placas de Carlos III, San Hermenegildo, Mérito Militar blanca y Cristo de Portugal, y medallas de Alfonso XIII, Centenario de la Independencia y otras.

Fué Gobernador de Segovia en la última etapa de Moret.

Era muy popular y muy querido. Esta tarde en su entierro—que ha sido sentidísima manifestación—se recordaban sus tiempos de juventud, los otros tiempos de Academia...

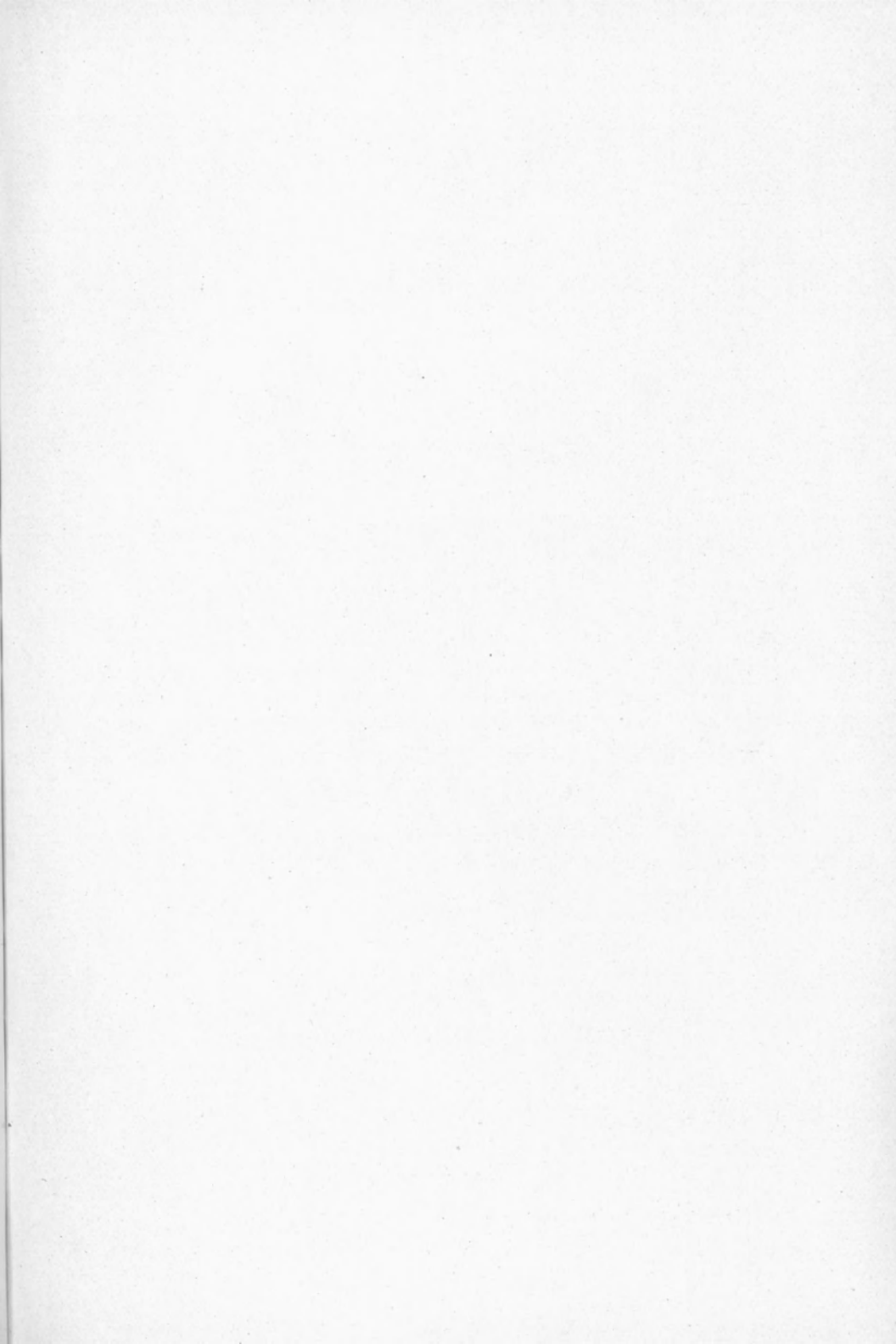
—¿Quién coge aquel cañón?—decían los alumnos.

Y allá iba Corradi y lo empuñaba como quien nada hacía.

¡Pobre Corradi! Otro afecto que hemos perdido. Por lo visto es ley de la Vida o de la Muerte que vayamos perdiendo amigos. ¡Y qué hemos de hacer sino resignarnos ante tales designios del Destino!

Pero sepan su viuda D.^a Clotilde Ramos Pauer y sus hijos los señores de Rau, e Isabel y Alfredo Corradi y sus hermanos políticos los señores de Fernández de Heredia y toda su familia, que los acompañamos en su duelo.

Frecuentó la Sociedad madrileña, tuvo su peña en los salones, contaba con muchas simpatías... Todas ellas se han agrupado hoy en torno a su cadáver, formando la mejor corona.





Cristina Falcó y Alvarez de Toledo, hija de los marqueses de la Mina.

Fot. Resines.

En el palacio de la duquesa de Fernán-Núñez

ANOCHE hubo, lector, una gran fiesta en el palacio de la duquesa de Fernán-Núñez. Y sabe tú pronto el feliz motivo de la misma: se ponía de largo la bellísima señorita Cristina Falcó y Alvarez de Toledo, hija de los marqueses de la Mina, nieta de la duquesa. Así, pues, se abrieron los salones del antiguo palacio de Cerevellón, se engalanaron con rosas sus estancias, brillaron a la iluminación potente de las arañas las joyas soberanas que las adornan; cruzáronlas, vestidas con sus más espléndidas «toilettes», las más ilustres damas, y no faltaron a fiesta de tal naturaleza—grande, aunque era de las denominadas pequeñas—Sus Majestades y Altezas Reales que tanta estimación—cariño podríamos decir—profesan a la Casa de Fernán-Núñez.

No queremos soñar, lector, aunque a los más bellos y rosados ensueños invitara la fiesta de anoche. Queremos recordar la realidad brillante del baile, la esplendidez del banquete, la suntuosidad de la cena, lo divertido del cotillón, el contento de todos los que asistieron las caras bonitas de aquellos grupos de beldades juveniles, el rostro delicioso y la gentilísima figura de María Cristina Falcó—protagonista de la fiesta—, que, envuelta entre sus gasas rosadas parecía anoche

una bella mariposa
deliciosa e ideal.

¿Cómo detallaros ahora este palacio madrileño, a la vez que alcázar aristocrático, museo admirable de joyas valiosísimas? ¿Y cómo no deciros que mostraron de nuevo sus bellezas aquellos tapices de Teniers, y aquellos retratos de un conde de Fernán-Núñez y de una duquesa de Montellano—bisabuelos de la duquesa actual—, y aquel otro del Rey Carlos III, pintado por Goya, y aquellos otros del Tiziano? ¿Y cómo olvidar aquel de la duquesa, recientemente terminado por Pablo Antonio Béjar, y aquel otro del marqués de la Mina, del que no hace mucho nos ocupamos con elogio?

Pues allí, entre tanta obra de arte, entre los macizos de flores, rodeada de sus hijos y de sus nietos, aureolada su cabeza por la nivea blancura de sus cabellos, estaba la duquesa de Fernán-Núñez, respetable y respetada, recibiendo a todos sus invitados, que no eran todos sus amigos, y haciendo los honores con su galantería proverbial. Y todo por su nieta, por su linda nieta, la que con ella se ha criado y con ella vive; la que todos los días, al nacer la mañana, posa sus tiernos labios de coral sobre el marfil del rostro de la dama.

Pero reseñemos la fiesta y digamos que, puesto que la noche era de gala y los Reyes e Infantes acudieron al suntuoso palacio madrileño, éste iluminó sus balcones e hizo pender de sus barandales los antiguos y heráldicos reposteros.

* * *

Hubo, primero, un gran banquete en la «serre» y en el comedor contiguo. Fué servido en tres mesas, lindamente adornadas con rosas. Una la presidía S. M. el Rey; otra, la Reina; los jóvenes ocupaban la tercera. En la mesa presidida por S. M. el Rey tomaron asiento, además de la duquesa de Fernán-Núñez, que ocupaba el frente del Soberano, las personas siguientes:

Duquesa de San Carlos, duquesa de Arión, marquesa de Viana, condesa de Torre-Arias, marquesa de la Romana, duquesa de Montellano, duquesa de Santo Mauro, Príncipe Pío de Saboya, duque de Santoña, D. Eustaquio Escandón y duque de Alba.

En la de S. M. la Reina estaban:

La marquesa de la Mina, que se sentaba enfrente; la duquesa de Ahumada, Princesa Pío de Saboya, señora de Escandón, condesa de

Xiquena, duquesa de Santoña, duque de Weinsminster, marqueses de la Torrecilla y de Viana, duque de Arión, conde de Torre-Arias y duque de Montellano.

Los comensales de la tercera mesa eran: la Srta. Cristina Falcó y sus hermanos el duque del Arco y el conde de Elda, la Srta. Paloma Falcó y su hermano el marqués de Pons, la marquesa de Villaviciosa y su hermana la condesa de Torrehermosa, la condesa de San Martín de Hoyos, el duque de Peñaranda, el marqués de la Romana, el conde de Peña-Ramiro y D. Francisco Travesedo.

* * *

Eran las once y media cuando los Reyes pasaron al salón de baile.

Poco antes habían llegado, siendo recibidos con los debidos honores, la Infanta Doña Isabel, los Infantes Doña Luisa y Don Carlos y la Princesa Felipe de Borbón.

La Infanta Isabel vestía traje azul, adornándose con joyas de brillantes; de azul oscuro Doña Luisa y de blanco la bella Princesa de Orleáns.

En el salón de baile se habían reunido ya las personas invitadas, a muchas de las cuales saludaron SS. MM. y AA.

En el fondo del salón habíase colocado la notable orquesta de Boldi.

Apenas iniciaron los celebrados músicos el primer baile, dió el ejemplo la Reina Doña Victoria, que vestía traje de color celeste sobre el que caían bandas de tejido de plata; diadema y collar de brillantes eran sus joyas.

Tras la augusta dama lanzáronse a bailar casi todas las jóvenes, consiguiendo el baile una animación extraordinaria.

Cerca de la señorita de Falcó y Alvarez de Toledo—que capitaneaba anoche a toda la juventud aristocrática—, estaba su prima Palomita Falcó y Escandón, hija de los duques de Montellano, vistiendo elegante traje de gasa azul, adornado con doradas franjas, y luciendo también collar de perlas. En torno de ambas, espléndido ramo de juveniles hermosuras.

Entre las que recientemente han hecho su presentación en sociedad, figuraba una señorita que llama la atención, tanto por su gran cultura, como por su belleza: la hija de los duques del Infantado.

Otra belleza que acaba de salir al mundo, la encantadora Angustias Heredia-Spinola, vestía de negro.

Por primera vez se presentaba en sociedad Marta Figueroa y O'Neil, hija segunda de los duques de las Torres, digna heredera, como la del Infantado, de la hermosura de su madre.

Con las citadas competían la marquesita de San Vicente del Barco, una de las últimas debutantes, que vestía de azul; la de Espinado, con lindo traje de color rosa y flores de plata; la condesa de San Martín de Hoyos, tan elegante como bella; la condesita del Recuerdo, lindísima; la señorita de Velle, con traje de oro y rosa; Rosarito Agrela, con traje azul y plata; la señorita de Iturregui, linda peruana, que representaba dignamente a la belleza americana, junto a la española.

También asistían las señoritas de Alvarez de Toledo, hijas del conde de Villapaterna y nietas de la marquesa de Miraflores; la señorita de Landa, con traje verde y plata; la vizcondesa de los Antrines, que volvía a aparecer en sociedad, después de su ausencia; las señoritas de Castrillo y de Monteagudo, la marquesa de Villamanrique, la de Sofraga; Casilda Camarasa, la baronesa de Bicorp, hija de la de Castillo de Chirel; las vizcondesas de Fefiñanes y Portocarrero, Pomposa Escandón, la condesa de Buenavista de la Victoria y su hermana, muy lindas también.

Más nombres. Las señoritas de Martínez Campos, Alonso Martínez, Piedad Caro, hermana del marqués de la Romana; Travesedo, Crecente, María Teresa Alcalá Galiano, Heredia, hija del diplomático del mismo apellido; Rodríguez de Rivas, Rafal, Martínez de Irujo, Valdeiglesias, Díez de Rivera, Patiño, Queralt, Castellanos, Esteban Collantes, Villaverde, Maroto y Pérez del Pulgar, Lécera, Caltavuturo, Carvajal, Muguero, Elduayen y otras más.

Entre los jóvenes que tomaban parte en el baile figuraba un guapo chico, a quien se permitió asistir a primera hora, en atención a ser la fiesta en honor de su prima. Era el joven barón de Benifayó, hijo de los Príncipes Pío de Saboya.

* * *

Fué deteniéndose la mirada en las demás damas de la concurrencia. Con su elegancia proverbial, la Princesa Pío de Saboya vestía

precioso traje de tisú de plata, y se adornaba con magníficas perlas; de negro, con adornos de azabache, la duquesa viuda de Sotomayor; con magnífico traje de tisú de oro, la duquesa de Aliaga; de blanco y negro, la marquesa de Jura Real, que era muy felicitada por el restablecimiento de su salud; muy elegante la marquesa de Rafal, luciendo gran diadema de brillantes; muy guapa la condesa de Cuevas de Vera, con lindo vestido adornado de azabache.

Con el histórico aderezo de brillantes y rubíes que heredó de su abuela, la Reina Doña Cristina de Borbón, y que perteneció a una Reina de Nápoles, se adornaba la marquesa de Atarfe; elegantísima la duquesa de Montellano, con flores azuladas sobre la plata de su traje, y joyas de turquesas y brillantes.

Con traje blanco y negro la marquesa de Valdeolmos, y soberbias esmeraldas; la duquesa de Plasencia, con elegante «toilette». De blanco plata y con ricas perlas, la condesa de Torre-Arias.

Asimismo estaban prendidas con gran elegancia la marquesa de la Puebla de Parga, la de Marzales, la de Villavieja, la condesa de Mora, muy bella; la marquesa de la Romana, de gris plata, con magníficas perlas; la marquesa de Arriluce de Ibarra, muy elegante; la condesa de Alcubierre, que lucía suntuosa diadema heráldica, cuyos gruesos brillantes pertenecieron a la Reina María Antonieta; la marquesa de Santa Cruz, con elegante traje rosa pálido; la de Riscal, con una verdadera cascada de perlas y la condesa de San Luis, con preciosa «toilette» azul.

En la imposibilidad de seguir citando joyas y trajes, digamos que asistían también a la fiesta las duquesas de Baena, Luna, Pinohermoso, Torres, Infantado, con valiosa diadema de perlas; Victoria y Tarancón.

Marquesas de Aguila-Real, Cayo del Rey, Baztán, Villadarias, Valdefuentes, Santa Cristina, Argüeso, Someruelos, Aranda, Guimarey, Albaserrada, Castelar, Scala, Torneros, Ahumada, Pozo-Rubio, Santo Domingo, Torralba, Monteagudo, Guad-el-Jelú, Moctezuma y Valdeiglesias.

Condesas de Guendulaín, Cartayna, Caltavuturo, Maceda, Villares, Torrubia, Velle, Romanones, Castronuevo, Agrela, Almodóvar, Castilleja de Guzmán, Torrejón, San Félix y Vega del Ren.

Baronesa del Castillo de Chirel, y

Señoras y señoritas de Prado y Lisboa, L. Dóriga (D. Francisco),

Heredía, Bertrán de Lis, Gordon de Wardhouse, Barrenechea, Muguero, Arteaga y Gutiérrez de la Concha, Lombillo y algunas más.

De hombres asistían, además de los citados en la comida, el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones; el general Fernández Silvestre; los duques de Plasencia, Luna, Torres y Tetuán; D. Juan Antonio Beistegui, los marqueses de Santa Cruz, Valdeterrazo, Portago, Amposta, Arriluce, Genal, Villavieja y Castel-Bravo; condes del Real, Villapaterna, Cazal, Velle, Esteban Collantes y Romilla, y señores Moreno Carbonero, Heredia y Livermore y otros más.

Del Cuerpo diplomático sólo concurrían tres representantes de Potencias neutras: el ministro de Noruega—que en su anterior etapa conoció de solteras en otras brillantes fiestas a muchas casaditas actuales—, a quien acompañaba su bella esposa, la baronesa de Wedel, que lucía espléndidas perlas; el ministro de los Países Bajos y madame Van Royen, tan estimados en la sociedad, a la que constantemente obsequian, y algunos más.

* * *

Digno remate de la fiesta fué el precioso cotillón, que comenzó a las tres de la mañana. Lo dirigieron admirablemente dos gentiles parejas: Cristina Falcó y el marqués de Pons, y Paloma Falcó y el duque del Arco.

La Reina Victoria lo bailó también, teniendo por pareja al conde de Torribia.

El reparto de regalos fué espléndido, de los que dejan recuerdo en las muchachas.

Repartiéronse entre éstas elegantes bolsas, abanicos japoneses, con el nombre de Cristina; «écharpes» de tul, adornadas con flores, que sentaban graciosamente a las muchachas, y portamonedas de «moiré», con el *rat penat* del escudo de la Casa en plata, y a los caballeros, bastones, carteras de «moiré» con el mismo *rat penat*, petacas y boquillas.

Terminado el lindo cotillón, se sirvió a las augustas personas y a todos los invitados la cena, que fué espléndida.

Después de la cena continuó el baile. Y a las siete se despedían los últimos invitados de los ilustres dueños de la casa.

Por la Cruz Roja inglesa.

LA fiesta celebrada a beneficio de la Cruz Roja inglesa en el jardín del hotel que en la Castellana posee Mrs. Adcock, resultó animadísima, y su producto ha correspondido al noble fin de la fiesta, cuya organización fué perfecta.

La señora Adcock hizo retirar los muebles de su casa, para que todas las habitaciones de la planta baja pudieran ser utilizadas. Y en los salones, como en el jardín, se establecieron tiendas y rifas, cuyos productos se destinaban a la Cruz Roja.

El té estaba a cargo de Mr. Truss, miss Stauch, señorita de Yackson y miss Burgess.

Por el jardín y las diferentes estancias de la casa distribuían papeletas de una tómbola las señoras y señoritas de Taylor, Cadvalleder, Younger y Turner.

Vendían objetos, en los que una etiqueta fijaba su precio, las señoras y señoritas de Adcock, Smithers, Mompó, Zabala y Slade.

En un puesto de refrescos expendían *whisky*, Jerez, *vermouth*, etcétera, las señoras y señoritas de Blailock, Younger y Vidal.

A cargo de otro puesto de bebidas estaban las señoras de Argota, Vidal y Yanga.

La tómbola de las alhajas estuvo a cargo de mistress Buck y de Mrs. Heatt.

En la rifa, que dirigía la embajadora de Inglaterra, lady Har-

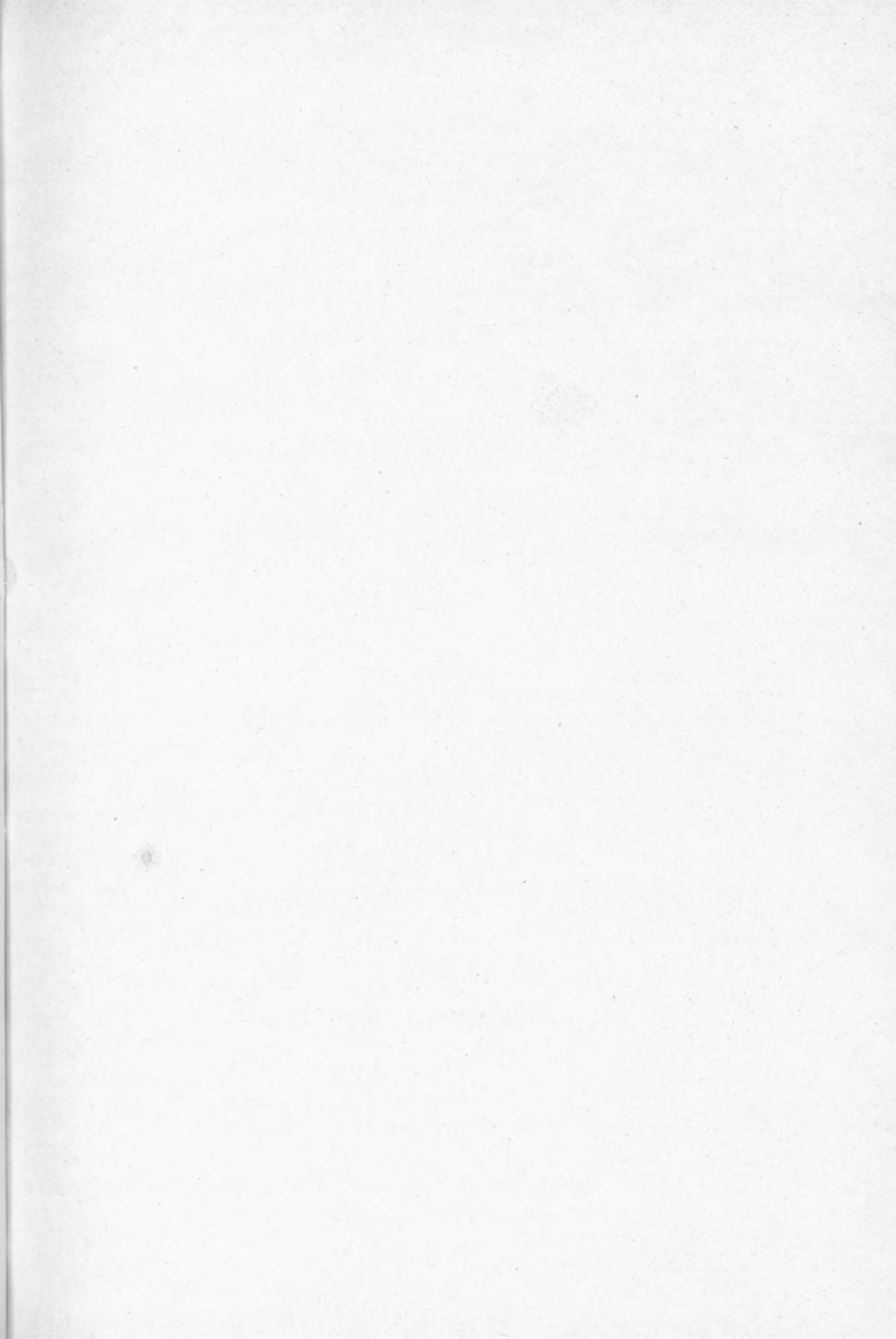
dinge, había objetos muy importantes. Entre ellos figuraban un reloj de oro y un collar de perlas.

Algunas de las muchachas y niñas que vendían papeletas, dulces, flores y bebidas vestían trajes de enfermeras de la Cruz Roja, y resultaban muy lindas.

En un salón se instalaron mesas de *bridge*, cuyos puestos eran de pago, y distinguidas damas, entre ellas la condesa de San Félix, jugaron sendas partidas.

En el campo de *tennis* se organizó un baile, cuyas entradas se expendían a una peseta. La orquesta de Berki, del Palace Hotel, amenizó el baile, en el que tomaron parte muchas bellas muchachas.

La numerosa concurrencia pasó una tarde muy agradable, y las distinguidas damas organizadoras, que han recogido un abundante rendimiento, pueden considerarse satisfechas.





La marquesa de Urquijo.

Fot. Franzen.

La fiesta de la flor. — El pabellón de la marquesa de Urquijo.

COMO unos buenos madrileños salimos ayer de nuestra casa dispuestos a dejarnos un puñadito de pesetas en las manos de nácar de las damitas que nos las demandasen.

—Para la fiesta de la flor.

—Para los tuberculosos pobres.

—¿Me dará usted una monedita a cambio de esta flor?

Sentí no ser rico, sentí no tener dinero. Me hubiera encantado decir: ¡allá va! y verter unos cuantas monedas de oro o mejor aún un cheque del Banco en las manos de las lindas postulantes. Pero me hube de contentar con poner en ellas, y sombrero en mano—por ser ellas quienes eran y por hablarme en nombre de la Caridad—, unas cuantas moneditas, pocas, porque pocas fueron, pero menos todavía para las que yo hubiera querido tener.

Yo no soy ambicioso de dinero; nunca he sentido la loca ambición del capital; me gusta mucho trabajar y que mi trabajo se remunere y vivir bien, pero nunca he pensado en ser rico. Es decir, nunca... Lo pensé ayer. Ayer, cuando cortaban mi paso las gentiles damitas y prendían en mi solapa una florecilla morada en súplica de una caridad para tanto pobrecito tuberculoso, pensé que si yo fuera rico hubiera dado unos donativos espléndidos para la hermosa fiesta de la flor. Entonces, únicamente entonces, es cuando yo me permití exclamar: ¿Porqué no tendré una gran fortuna para que todos los necesitados disfrutasen de ella?

La recaudación fué espléndida. Pasó de 140.000 pesetas. Y es que este pueblecito de Madrid, con todas sus cosas deplorables, no deja nunca mal al que le pide para una obra generosa. Lo terrible es que se pedía para los tuberculosos. ¿No se podría pedir también para que no los hubiera?

La sociedad de Madrid—tan caritativa—prestó, como siempre, su concurso generoso a la fiesta. Presidió mesas, postuló por las calles, escribió tarjetitas a sus amigos diciéndoles: presido tal mesa o pido en tal otra; y caballero hubo que envió a la dama—como el conde de Eleta a la marquesa de la Mina—un billeteito de mil pesetas. Y otros, a la condesa de Romanones, como los señores de Sarthou y el conde de Cerragería. La marquesa de Urquijo ayudó eficazmente al éxito de la fiesta.

Frente a su hotel de la Castellana hizo construir un pabellón y en él... Pero esto requiere párrafo aparte.

La distinguida dama viste luto, y no quiso estar presente en la fiesta. Pero no podía ella, tan caritativa, tan interesada en la noble obra de los Dispensarios y Sanatorios antituberculosos, negar su concurso a la obra benéfica, y concibió el pensamiento de aquel pabellón, a fin de aumentar los productos de la cuestación.

Fué una iniciativa feliz, y su ejecución un verdadero primor y un completo acierto.

Señora de exquisito gusto, ella misma dió la idea del pabellón, y trazó en el papel las líneas principales. Su padre, el ilustre arquitecto y académico Sr. Landecho, no tuvo que hacer más que llevar a la práctica el esbozado proyecto. Y el pabellón, cuyas líneas eran de pagoda india, pero con detalles de ese arte español que la marquesa de Urquijo ha hecho reflejar en su residencia de Llodio y en su preciosa finca de Las Jarillas, resultó precioso.

Limitaba parte de jardín un *trillaje* de madera oscura. En el centro se levantaba el pabellón para la música, y en los ángulos otros pabellones.

Cubrían las mesas originales manteles oscuros, que la de Urquijo hizo llevar de su casa, y sobre aquéllas se colocaron caprichosos jarros, pintados unos de rojo y otros de negro, que acaso eran obra de la misma emprendedora dama y de sus hermanas.

Oscuras alfombras de la Alpujarra y otros elementos completaban



La fiesta de la flor.
En el pabellón de la marquesa de Urquijo.

Fot. Marin y Ortiz.

el decorado. Si algún artista decorador visitó el pabellón, seguramente que tomaría apuntes para aprovecharlos.

Durante toda la tarde se estuvieron sirviéndose en el pabellón refrescos, helados, *cook tails* y otras bebidas. También se sirvió espléndido té. Todo ello, como la elegante caseta, fué costeado por los marqueses de Urquijo, con el fin de que el producto íntegro de lo recaudado fuera a acrecer el tesoro de los pobres enfermos.

Los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria y la Infanta Doña Isabel honraron con su visita el pabellón, y en él tomaron el té. La marquesa de Urquijo, que les hizo los honores, ofreció a SS. MM., como recuerdo de la fiesta, preciosas flores de plata oxidada. También ofreció a la Reina y a la Infanta unos originales y artísticos sombreros de paja, llenos de flores, que revelaban su buen gusto.

Como las bellas vendedoras de refrescos, las encantadoras postulantes hicieron una magnífica cosecha de donativos para los pobres.

Un espléndido caballero, que tiene en la calle de Alcalá un bello palacio recientemente heredado, estuvo allí, por la tarde, para tomar el té, llevando cubiertas de flores no solamente las solapas de su *chaquet*, sino hasta los faldones. Y se cuenta que el generoso caballero entregó a toda linda muchacha que le prendió una flor una antigua moneda de oro, de valor de 20 pesetas.

La Reina Doña Victoria, cuando se encontraba en el pabellón, ofreció una flor al marqués, y éste entregó a S. M., para los pobres, seis onzas de oro de las épocas de Carlos III y Carlos IV.

Entre las numerosas personas que tomaron allí el té, además de otras muchas que luego citaremos, figuraban el embajador de Austria-Hungría y princesa de Fürstenberg; el de Francia y Mme. Thierry; las duquesas de Alburquerque y Algete; marquesas de Puebla de Rocamora, Cayo del Rey y Velada; condesas de Maceda, Castilleja de Guzmán, viuda de Xiquena y Vega de Ren; vizcondesa de Fefiñanes, y señoras y señoritas de Prado Ameno, Carvajal, Escandón, Rodríguez de Rivas, Martínez de Irujo, Pidal, Landecho, Hurtado de Amézaga, Mari Sol Portago, Ramírez de Haro, Vadillo, Rodríguez Codes y muchas más.

La orquesta Boldi, que ayer batió el *record* de la resistencia, ejecutó un notable concierto, amenizando la fiesta, y ésta estuvo animadísima toda la tarde.

Tan animada fué, que, lamentando de antemano los concurrentes tener que abandonar tan pronto el pabellón, surgió la idea de comer allí.

Pensado y hecho, se avisó al Ritz pidiendo la comida y todo resultó perfectamente.

El Sr. Azcoaga, director del comedor del Ritz, dió toda clase de facilidades. Por teléfono se fueron transmitiendo encargos sucesivos: 50 cubiertos primero; 80 después, 100, y 120, por último.

En el Ritz no hay inconveniente para nada.

Llegada la noche, se iluminó convenientemente el pabellón. Las luces habían sido colocadas con el arte que a todo presidía.

En los autos del hotel trasladóse el servicio, y a las diez de la noche servíase en mesitas la cena, dispuesta con el mejor gusto.

En una mesa sentábanse los marqueses de la Mina con las duquesas de Montellano, Santo Mauro y Aliaga; la condesa de Agrela, el conde de la Quinta de la Enjarada y la señorita de Santo Domingo. En otra, las marquesas de Riscal, Monteagudo, Baztán, Somosancho, Villatoya y Jura Real, y baronesa del Castillo de Chirel.

Las muchachas acomodáronse con los jóvenes en sendas mesas, en las que reinó la mayor alegría.

Mesa muy animada era la que formaron las señoritas de la Mina y Montellano, marquesa de San Vicente, condesa de San Martín de Hoyos, miss Willard y el duque del Arco, condes de Elda y de la Maza y Sr. Salamanca, entre otros.

El conde de Romanones sentó a su mesa, entre otras personas, a sus hijos los marqueses de Villabrágima.

En distintas mesas, hasta el número de 130 comensales, comieron la duquesa de Tarancón; Marquesas de Arriluce de Ibarra, Ahumada, Olivares, Puebla de Parga, Sofraga, Salar, Torneros, Valdefuentes, Valdeiglesias y Villavieja.

Condesas de Aguilar de Inestrillas, Villamarciel, Buenavista de la Victoria, Vega de Ren, Aybar y Recuerdo,

Baronesa de Bicorp, y

Señoras y señoritas de Camarasa, Castrillo, Elío Somosancho, Monteagudo, Milans del Bosch, Moreno Osorio, Lazcano, Fernández Villaverde, Escandón, Osma, Eybar, Agrela, Crecente, Caballero y Echagüe, Chavarri, Despujol, Díez de Rivera, Escobar y Kirk-

patrick, Guillamas, Icaza, Laiglesia (D. Eduardo), Lombillo, Martínez Campos, Muguiri, Pidal, Pérez Seoane, Cayo del Rey, Silva, Mitjans y Pidal, entre otras.

Entre los hombres figuraban el duque de Santo Mauro, marqués de Villatoya, D. Eduardo Laiglesia, marqués de Monteagudo, D. José Luis Torres y otros más.

Llegado el momento de pagar la cena, la marquesa de la Mina se encargó de hacer la recaudación. Sobre la bandeja llovieron los billetes, ya que el sobrante, después de pagar su importe al hotel—que también dió su donativo—, quedaba a beneficio de la obra benéfica.

Pero aún hubo otro rasgo más de generosidad. El marqués de Urquijo ordenó al Ritz que la factura de todo el gasto le fuera presentada a él, y así el total importe de la recaudación quedaba a beneficio de los pobres. No hay que decir cuán elogiada fué esta nueva muestra de generosidad.

Los cigarros se pagaron en su mayoría a diez duros.

A la una de la madrugada la recaudación hecha en el pabellón Urquijo pasaba de la espléndida cifra de 20.000 pesetas.

Terminada la comida, levantáronse las mesas y se organizó el baile, animadísimo, alegre, acompañado por la misma infatigable orquesta de Boldi.

La fiesta—que resultó preciosa—tuvo además el encanto de lo improvisado.

¡Y no hay que decir la satisfacción que experimentaba la bella marquesa de Urquijo—que en su hotel recibía noticias de la fiesta—cada vez que llegaba alguno de sus amigos y le comunicaba a lo que iba ascendiendo la recaudación!

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is equivalent to the problem of finding a function $f(x)$ which satisfies the conditions

$$f(x) = \int_0^x f(t) dt + g(x)$$

where $g(x)$ is a given function. It is shown that the function $f(x)$ is uniquely determined by the conditions

$$f(0) = g(0)$$

and

$$f'(x) = f(x) + g'(x)$$

The second part of the paper is devoted to a detailed study of the function $f(x)$. It is shown that the function $f(x)$ is analytic in the neighborhood of the origin and that its Taylor series is

$$f(x) = \sum_{n=0}^{\infty} \frac{g^{(n)}(0)}{n!} x^n$$

It is also shown that the function $f(x)$ is bounded in the neighborhood of the origin and that it is continuous there.

En el hotel de la duquesa viuda de Uceda

EL timbre del teléfono sonó ayer en nuestro despacho cuando escribíamos las cuartillas publicadas anoche, y la voz amable de una dama nos hizo esta invitación:

—¿Quiere venir esta tarde a tomar el té? Tendré en ello mucho gusto.

Y cuando el sol ponía en el horizonte su línea de fuego, y se oía lejano el clamoreo de unas campanas conventuales, nosotros penetrábamos en un lindo hotel de la Castellana, residencia de una ilustre señora que pertenece, por su cuna, a una de las más nobles Casas españolas.

¿Qué dama preside estos salones que ayer, como otras tantas veces, fueron regazo amable de hondos afectos? ¿Será, acaso, la duquesa de Uceda, hija de aquella inolvidable duquesa Angela de Medina-celi, Mecenaz de Artistas, flor del ingenio español, espíritu de fina e hidalga aristocracia?

Bajo la marquesina de cristal que cobija la entrada cruzamos nosotros, y allá, en su salón favorito del piso bajo, saludamos con un beso de respeto sobre su mano marfileña a la dama ilustre, que gusta de vez en cuando reunir en torno suyo a sus íntimos amigos.

Porque estas reuniones vespertinas de la duquesa viuda de Uceda tienen ese sello de encantadora familiaridad y de elegante sencillez, que caracterizó siempre a las reuniones de su antigua casa, y porque

la duquesa—tan delicada en el invierno y repuesta ya de sus dolencias—no gusta sino de estos pequeños círculos de amigos, en los que la conversación es como una brisa y el afecto más puro.

En la penumbra del salón, tapizado de azules sederías, rodeaban a la duquesa otras dos duquesas ilustres; la de Medinaceli y la de Santo Mauro; la baronesa viuda del Castillo de Chirel, la condesa y el conde de la Torre de Cela, la condesa de Villamonte, la de Buena Esperanza, el ex ministro conde de Esteban Collantes y su hija María, la joven baronesa de Bicorp, la vizcondesita de los Antrines, las señoritas de Alonso y de Gaviria, el conde de Ardales del Río, y los hijos de la dueña de la Casa, duquesas de Almenara Alta y Medina de Rioseco, marqueses de Velagómez, señorita María Teresa Téllez Girón y Fernández de Córdoba, y el duque de Osuna, en quien se vinculan también los ducados de Uceda y de Escalona, el marquesado de Villena y el condado de Ureña, célebres en la Historia. Estaban, además, los nietos de la ilustre dama, señores de Squella.

De vez en cuando llegaban desde el jardín hasta el salón los ecos juveniles de unas voces alegres que reían: eran los de las otras nietas de la duquesa de Uceda, señoritas de Martorell y Téllez Girón y Eizmendi y Téllez Girón, que se entreterían en pasear por entre los floridos macizos del pequeño parque que rodea el hotel.

El comedor se abría junto al salón azul, con la mesa espléndidamente dispuesta para servirse el té. En torno de ella tomaron asiento los reunidos y el ingenio más feliz presidió la charla. ¿Cómo no había de ser ésta animada estando presente el conde de Esteban Collantes, gran conversador, como todo el mundo recuerda?

Pero una vez servida la merienda y cruzados los salones, la vista tuvo los felices momentos de contemplación que siempre tiene en el elegante hotel ante los cuadros famosos que lo avaloran. Porque estas grandes Casas, que guardan el rango y la posición que les corresponde, conservan como reliquias sus objetos, sus muebles, sus armas, sus cuadros y sus tapices, que van formando preciadísimas colecciones de un incalculable valor. Tal sucede en ésta de la ilustre duquesa. Aquel «Niño dormido», de Murillo, nos subyuga; atrae aquella soberana cabeza del «Padre Eterno», de Miguel Angel; causa emoción sincera aquella hermosa escena de «La Anunciación», una de las pocas obras místicas de Goya; quédase fija la mirada ante aquellos paisajes de Ca-

naletto y ante aquella tabla del siglo XVI que representa «El descendimiento».

¡Cuántas veces, teniendo por cicerones a Moreno Carbonero o a Juan Antonio Benlliure recorrimos los salones del hotel! ¡Cuántas otras escuchamos de sus labios los elogios más puros ante aquel lienzo de Zurbarán o ante aquel viejo retrato de caballero, cuyo busto se encierra entre el acero bruñido de su armadura o ante aquellos del Príncipe y la Princesa de Anglona que Goya también inmortalizara con la magia de sus pinceles!

Detuvimos también nuestra mirada ante el bello lienzo «El idilio», de Bilbao, premiado con medalla de oro, y que la duquesa de Deni adquirió en una ya lejana Exposición de Bellas Artes, y ante aquel hermoso retrato de una duquesa de Frías, dama de singular belleza, cuya figura se alza en pie, envuelta en caprichosa «toilette» que termina con un turbante con el que cubre sus cabellos—teniendo de las manos a su hija, una niña de cinco años, que luego había de casar con un duque de Uceda—, y, por último, allá en la escalera, admiramos con la contemplación de siempre aquellos maravillosos tapices flamencos del siglo XV que representan episodios de la Pasión del Señor, tejidos en seda y oro, y que la duquesa de Uceda heredó de su ilustre madre la duquesa Angela, recordada en los comienzos de esta crónica con la dulce añoranza de los años pasados entre bondades y esplendores.

¡Qué deliciosas estas reuniones íntimas de la ilustre dama! Así pasan las horas sin sentirse, entre la charla animada, los amables honores que dispensan a sus amigos la duquesa y sus hijos y la respetuosa admiración que causan siempre esas obras de arte, a cuyo mérito y a cuya historia va unido siempre un mundo de recuerdos.

Estos tés de la duquesa viuda de Uceda son los tés de la rancia aristocracia española. Con ellos—sin que muera el modernismo— parece que revive la antigua vida de sociedad.

La capilla del Niño del Remedio. Un bautizo.—Un baile en el "Golf."

EL Santo Niño del Remedio, el Milagroso Niño del Remedio, aquel que todo Madrid adoró en la pequeña capillita de la pequeña y antigua librería de la Costanilla de los Angeles; el Niño al que acudieron en horas de tribulación y de angustia muchas familias en solicitud de su apoyo y lo obtuvieron, tiene desde ayer su capilla. Hace algunos años, desde la librería de la Costanilla fué trasladado a Santa Cruz, donde ha seguido la devoción creciente; pero desde ayer el Niño del Remedio se venera en su capilla de la calle de Santa Catalina de los Donados, reformada casi por completo merced a los trabajos y a la labor de perseverancia y de acierto del marqués de Castellanos y de Trives, vizconde de Hormaza.

Porque estos aristócratas—los marqueses de Castellanos—fueron los herederos del Niño. Cuando murió D. Pedro Mazaruela, encuadernador, dueño de la imagen, lo dejó en testamento a los marqueses de Castellanos, y este ilustre matrimonio no ha dejado de trabajar y de luchar hasta que, a pesar de las dificultades que se oponían a cada momento, han vencido, consiguiendo que el Niño Milagroso tenga su capilla, la antigua capilla de Santa Catalina de los Donados—hoy del Niño del Remedio—, bendecida ayer por el párroco de San Ginés y casi rehecha por completo.

Es clara y limpia. A través de sus vidieras—en las que se dibujan los escudos de Castellanos y de Trives—entra el sol jubilosamente, y

allí, entre una bella decoración de nubes, de flores y de luces, se alza la figurita del Niño, ante el que todo Madrid se postra con religiosa fe en súplica de un favor.

Tiene la capilla, de tonos claros, un friso azul, del mismo azul de la catedral de Salamanca, en el que va estampado el Rosario del Niño en áureas letras, y los marqueses de Castellanos, y los condes de Sierrabella, y los señores de Prado y Palacio y el conde de Tapa, entre otros, han hecho espléndidos legados a la nueva capilla, que ayer fué inaugurada solemnemente con asistencia de muchas aristocráticas personas.

Los marqueses de Castellanos—como las demás personas de la Cofradía—eran muy felicitadas.

* * *

Se celebró ayer tarde, en la parroquia de la Concepción, el bautizo de la nueva nietecita de los marqueses de Argüelles. Se adornó la iglesia como para una fiesta, resonó la música en el coro, se animó el templo con selecta concurrencia—personas de la familia en su mayoría—, y cuando, a las cinco y media, se detuvo ante la puerta de la iglesia el soberbio automóvil de la Casa de Argüelles, y de él descendió la bella dama y la nodriza con la recién nacida en sus brazos, todo el clero de la Concepción esperaba ya en el atrio de la parroquia.

Primero la cruz y ciriales; luego las filas de sacerdotes con velas encendidas; detrás el párroco revestido con capa pluvial, y junto a él la marquesa de Argüelles, que llevaba en sus brazos, envuelta entre los encajes riquísimos de las ropitas de cristianar, a la nueva nena, primera hija de los señores de Bernaldo de Quirós (D. Ramón). Y seguidamente el marqués de los Altares—abuelo materno—y los invitados al acto.

Se le impuso el nombre de María de la Consolación y fueron sus padrinos la marquesa de Argüelles y el marqués de los Altares.

Con el mismo ceremonial, y mientras la orquesta dejaba preludiver los sonos de *Lohengrin*, salió la comitiva del elegante templo. Y partió el automóvil con la madrina y la nodriza, y partieron los carruajes—con dirección a «La Huerta»—, mientras el clero, ya sin música, regresaba a la sacristía de la iglesia.

En la espléndida casa de los marqueses de Argüelles se reunieron después los invitados.

Reía el magnífico jardín en la bella tarde de Junio, alegrado por los floridos macizos de rosas y malvas, y reía gozosa, a través de los balcones de su habitación, la bellísima madre de la recién nacida con su hija en sus brazos.

—Aquí está la Santita—decía—. Y se llama María de la Consolación.

Y entonces dejaba de sonreír y, asomando a su semblante la impresión de un recuerdo de amoroso dolor, suspiraba:

—¡Como mi madre!

Abajo, en el jardín, todo era contento. Y en el frontón, en aquella magnífica explanada, rodeado de hortensias que ponían sus tintes rosáceos sobre el verde esmeralda de las palmeras, se prepararon las mesitas para la merienda, que estuvo servida con la esplendidez propia de los marqueses.

Con los abuelos de la recién nacida—Argüelles y Altares—estaban todos sus hijos: los señores de Luque, los barones de Velli, los señores de Díaz Ordóñez, María Ignacia, Federico, Pepe y los hijos del marqués de los Altares, además de Ramón Bernaldo de Quirós, padre de la linda bautizada.

Los señores de Cuesta y su linda hija Carmela, el general Luque y su señora, la señora viuda de Chicheri, los marqueses de Vista-Alegre, la señora viuda de Saro, los condes de Baynoa, el marqués de Canillejas y sus hijas, la señora viuda de Cavanilles y Manolita, Isabel y Concha Vereterra; la condesa de Villamonte, la señorita de San Juan de Piedras Albas, el doctor Parache y su esposa, la marquesa de Villa Alcázar, la señora de Ruíz Martínez, las condesas de Aguilar de Inestrillas y Vallellano y la señora de Santos Guzmán; la señorita de Villanueva, hija del presidente del Congreso; la condesa viuda de Arcenales, los señores de Calderón (D. Fernando), el ex ministro Sr. Sánchez Guerra, los señores de Fernández de Castro, Murias, Mediano y Pérez de Guzmán, hijos de los duques de T'Serclaes.

Durante toda la tarde hubo un selectísimo concierto. Y la bondad de los marqueses de Argüelles y la afabilidad del marqués de los Altares se mostraron de nuevo a sus amigos en la tarde de ayer.

La recién nacida recibió muchos regalos.

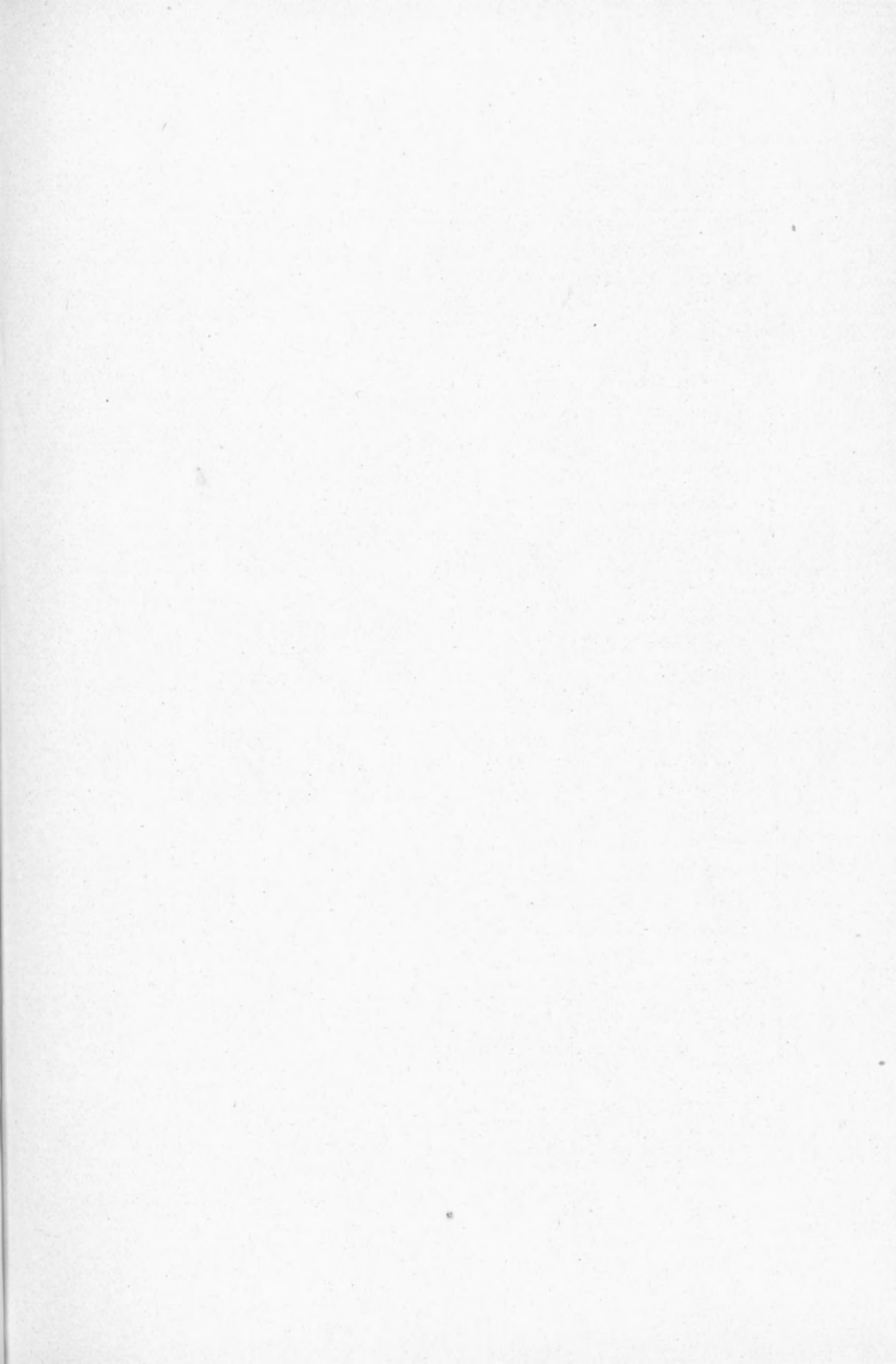
El duque de Peñaranda y el conde de la Maza organizaron para anoche una linda fiesta en el «chalet» del «golf». El sitio—dada la hermosura de la noche—no podía ser más pintoresco. Así, la hermosura y la juventud de las invitadas a la fiesta tuvieron para ellas marco apropiado.

Pero antes del baile hubo una elegante comida de cincuenta cubiertos, servida en la «serre», y a la que no hay que decir, porque se adivina, que asistieron muchachas bonitas y personas aristocráticas.

Figuraban entre los comensales la duquesa de Aliaga y su hija la marquesa de San Vicente del Barco, duquesa y duque de Montellano y sus hijos el marqués de Pons y Paloma Falcó, marquesa y marqués de la Mina y sus hijos Cristina Falcó, el duque del Arco y el conde de Elda; condesa y conde de Cuevas de Vera, marquesa de Marzales y sus hermanas las señoritas de Castrillo, señores de Escandón, señora de Iturregui, duquesa y duque de Arión, marqués de Villavieja y su hija y vizcondesa de Portocarrero, marquesa de Viana y sus hijas la marquesa de Villaviciosa y condesa de Torre-Hermosa; duque de Santo Mauro y su hija la condesa de San Martín de Hoyos, Príncipe de Beauvau Craon, señores de Santos Suárez (D. José y D. Joaquín), señoritas de Fernández de Villaverde y de Osma, señorita de Caltafuturo, marquesa y marqués de Santa Cruz y señores de Beistegui (D. Carlos), Mitjans, Salamanca, condesa de Buenavista de la Victoria, marqués de San Miguel, conde de Peña-Ramiro, condesa de Agrela y su hija y sir Percy Lorraine.

Y después se bailó hasta la madrugada, asistiendo a la fiesta otras muchas personas, entre ellas la marquesa y el marqués de la Romana, marquesas del Baztán, Monteagudo y Cayo del Rey, con sus hijas, señoritas de Heredia Spínola y Castilleja de Guzmán, el duque de Alba, los condes del Real y de Salinas, los marqueses de Santo Domingo y del Baztán y los señores Diez de Rivera, Silva, Sartorius; Asúa, Figueroa...

La comida fué servida por el cocinero del Nuevo Club, y el baile amenizado por los Boldi.





S. A. R. la Infanta Doña Isabel.
Cuadro de Juan Antonio Benlliure.

Fot. Lacoste.

Un retrato de la Infanta.

JOVIAL y risueño se me entró en mi cuarto una buena mañana.
¿Quién?

¡Ay! es verdad. Que aún no lo he dicho: el ilustre pintor Juan Antonio Benlliure.

Venía risueño como unas Pascuas; jovial como un chicuelo.

—Yo no he visto—me dijo—nada más bueno, más atento, más amable. Realmente... hay que adorarla.

—Pero... ¿a quién?

—Calla hombre; tienes razón, que todavía no te lo he dicho: a la Infanta Isabel.

—Acabáramos—respondí.—¡Vaya una novedad! ¿Pues acaso no la adoramos por igual todos los españoles?

—Sí, hombre, sí; pero es que yo no me canso de repetirlo...

—Ni yo tampoco.

—Es que yo...

—Es que tú...

Resultado de todo aquello fué que Juan Antonio Benlliure había terminado aquella mañana el retrato que de la Infanta estaba pintando y desde el palacio de S. A. se me fué a mi casa a decirme lo contento que estaba.

—No puedes figurarte... Me ha dado cuantas sesiones me han sido precisas y además concedidas con verdadera familiaridad. Yo he ido

al palacio de la Infanta, preparaba mi labor, venía Su Alteza, «posaba», y yo pinta que te pinta con el mismo encanto que si fuera mi primera obra. De pronto entraban Juanita o Margot Bertrán de Lis. —Señora:—le decían—acaba de llegar el arzobispo de Valencia—. La Infanta me miraba y sonriéndose decía:—He de dejarle a usted... unos momentos. Vengo en seguida.— Yo me quedaba trabajando en lo que podía. Luego de unos instantes volvía Su Alteza:—Ya estoy aquí otra vez. A ver si ahora me dejan más tiempo—. Y «posaba» de nuevo ante este emborronador de lienzos. Hasta que Margot o Juanita entraban en el saloncito otra vez con la cantinela consabida: —Señora; los condes de X; o, Señora: ahí está aquel peón caminero con quien Vuestra Alteza estuvo hablando largo rato en aquel viaje por Extremadura... Y la Infanta, lo mismo para el arzobispo, que para los condes, que para el peón caminero, dejaba de «posar» y volaba hacia el bello gabinete de audiencias.

—Y así un día y otro y otro—continuaba Juan Antonio—y la Infanta sin cansarse de aquél no descansar y yo pintando encantado de aquella confianza. Hasta que hoy, exclamé:—¡Ay, Señora! Ya no doy ni una pincelada más.— La Infanta, entonces, ha avanzado unos pasos, se ha situado frente al retrato y... no quieras saber lo que me ha dicho. Te iba a dar envidia.

En el rostro de Juan Antonio Benlliure se dibujaba un gran contento, en sus labios una sonrisa, más viveza en sus ojos... y, a buen seguro, que si en este momento se pone a pintar, en su paleta habría habido más luz...

Así, en ese «tren» de familiaridad está pintado este retrato con que se engalana esta crónica; así está de natural Su Alteza y de satisfecho el pintor. Y había que escuchar a Juan Antonio las cosas que contaba de la Infanta. Tantas y tales que si no fuera porque nosotros conocemos también a Su Alteza y muchos de sus rasgos nobilísimos, se nos antojarían exajeraciones del maestro.

Y es que la Infanta tiene, entre otros dones, el de la simpatía, el de hacerse querer, el de inspirar, con sólo un instante que con ella se hable, una sincera admiración. Es española como pocas, madrileña como ninguna, Vedla. Sus cabellos de nieve aureolan su rostro, su mirada es «la suya», es la de la Infanta esa postura sencilla y señorial que el retrato nos muestra; su *écharpe* de piel descansa en sus

brazos después de cruzar la espalda de la dama... Es la Infanta misma.

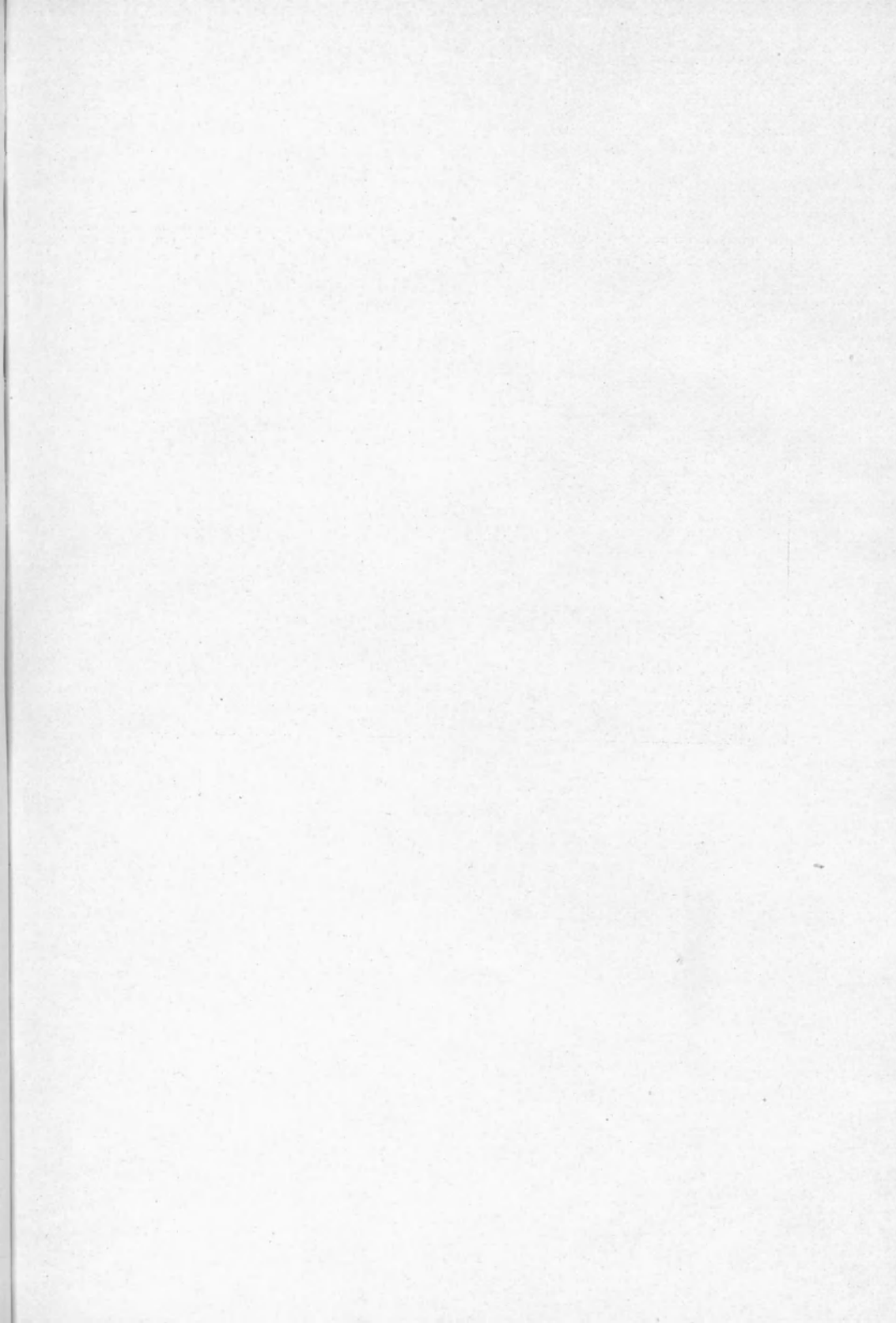
Luego, Juan Antonio, con su aire de bondad justiciera, ha repetido:—Todo se lo merece; la Infanta se lo merece todo; yo de mí se decír que todo respeto y todo cariño me parecen pocos—. Y el pintor ilustre lo decía tan de verdad, tan convencido y tan convencido y tan de verdad lo escuchaba yo que un apretón de manos entre los dos puso fin a la charla.

Es decir, no; Juan Antonio me dijo:

—Ahora nos vamos a almorzar a La Peña.

—Convenido—repuse.

Y minutos después, en una mesita del comedor del elegante Círculo, dos comensales alzaban sus copas por la Infanta Doña María Isabel Francisca.





El nuevo ministro de Chile Sr. Fernández Blanco y el personal de la Legación.
Fot. Vidal.

El nuevo ministro de Chile.

CON el ceremonial de costumbre se verificó hoy en Palacio la recepción, por S. M. el Rey, del nuevo ministro plenipotenciario de Chile, D. Joaquín Fernández Blanco, uno de los diplomáticos más cultos y distinguidos de aquella República.

El representante chileno, vistiendo uniforme de diplomático, se trasladó a las doce a Palacio, acompañado del primer introductor de embajadores, conde de Velle, ocupando un coche de «París», de media gala, de la Real Casa, a cuyo estribo izquierdo marchaba el caballero Sr. Pineda.

En otros dos coches de «París» iban los secretarios de la Legación, Sres. Fernández de Castro y Alvarez de la Rivera; el agregado Sr. Márquez de la Plata, y el agregado militar, teniente coronel D. Ricardo Irarrazábal.

El Sr. Fernández Blanco fué recibido en la Cámara Regia por el Soberano, que se hallaba acompañado por el ministro de Estado, Sr. Dato, el marqués de Viana, el general Huerta, el ayudante de Su Majestad, general Carranza; el Grande de España de guardia, marqués de Velada; el mayordomo de semana, Sr. Prado y Palacio, y el oficial mayor de Alabarderos, de guardia, marqués de Villasante.

El ministro hizo entrega a S. M., en la forma acostumbrada, de los documentos que le acreditan como representante de su país, y pronunció breves frases, poniendo de relieve la buena amistad, cada vez más estrecha, que une a Chile y España.

El Rey conversó luego particularmente con el Sr. Fernández Blanco, quien pasó después a cumplimentar a la Reina Doña Cristina.

* * *

El Sr. Fernández Blanco es una de las personalidades más ilustres de Chile. Es amable, es simpático, tiene una gran cultura y, por tanto, una amenísima conversación. No hubiera dejado nunca su patria, porque, hombre muy de su hogar, no lo hubiera abandonado jamás dejando allí los hondos afectos de sus hijos casados. Pero el nombre de España tuvo un poder mágico. Una mañana en que salió de la sesión del Consejo de Estado, el ministro de Relaciones Exteriores le llamó a su despacho para comunicarle el acuerdo del Gobierno.

—¡Hombre, por Dios! ¿No habéis podido pensar en otro mejor?

Pero pensó que era España lo que se le ofrecía, y con su señora y sus hijos solteros emprendió el viaje.

—Estoy muy contento, muy contento—dice—. Me encuentre en España como en mi propia casa.

Y así debe ser, porque el mismo lenguaje nos une y la misma comunidad de sentimientos afirma nuestros afectos.

En el palacio de Montellano. — Una comida y un almuerzo.

DE las dos fiestas elegantes que anunciábamos en nuestra crónica de anoche, una tuvo anoche misma realización feliz.

Así es que cuando el público leyese mis líneas, ya el palacio de Montellano se disponía a abrir la magia de sus salones en honor de la encantadora Palomita Falcó—hija de los duques—, que celebraba la fiesta de su cumpleaños. Yo también celebré los míos, lector. Yo también cumplí años ayer; pero los saloncitos de mi casa no se iluminaron como los del palacio del paseo del Cisne, ni tuve, como él, un surtidor rumoroso, ni las flores abrieron sus pétalos en los bellos tóbores cristalinos, ni la música de Boldi vino a entonar los aires principescos de su arte delicioso. Unicamente cuando yo trabajaba se abrieron cautelosamente las puertas de mi despacho, y mis tres chiquillos se acercaron a mí y, tirándome de las orejas, me dijeron:

—Vamos, papá; qué calladito te lo tenías. ¡Que cumplas muchos, para bien de todos!

¿Para qué quería más? No necesitaba más tampoco. Para mí, viendo a mis chiquillos, como si hubiese tenido todo lo que no tuve. Flores y música—una música que llegaba al alma: la música de sus vocécitas—me las ofrecían ellos, con ellos mismos, en la intimidad de mi rinconcito de trabajo.

La fiesta aristocrática, la fiesta elegante, la fiesta que proporcionó horas felices a la juventud «bien» fué esa que hemos dicho del palacio

de Montellano, residencia de elegancia y de arte, residencia de belleza y de juventud, morada espléndida y jardín de ensueño, por el que anoche paseó toda su gracia señorial—como la pasea siempre—la encantadora Palomita Montellano. Su palacio se vistió de gala, su jardín se iluminó con no sé qué arte de misterio y de encantamiento, y a los acordes de los Boldi, mientras señoras y caballeros departían gratamente en la terraza que avanza sobre el parque, la juventud aristocrática, formando pintoresco conjunto con lo variado de sus vestidos—rosas, blancos, granas o azules—, cuyas notas policromas se destacaban junto a las negruras de los fracs, bailaba, bailaba sin descanso.

¡Qué porcelanas de Sajonia, ni qué retrato de Boldini, ni qué vitrinas con soberanas miniaturas...! Allí anoche no había más miniatura que Palomita; es decir, Palomita y todas sus deliciosas amiguitas. Y citemos sus nombres, ya que de juventud era la fiesta. Allí Cristinita Falcó, la hija de los marqueses de la Mina, y la marquesita de San Vicente del Barco, y Rosarito Agrela, y la condesita de San Martín de Hoyos, y Angelita Mérito, y Casilda Camarasa, y la señorita de Iturregui, y la vizcondesita de los Antrines, y la de Fefiñanes, y la de Portocarrero, y las señoritas de Heredia Spínola, San Miguel, Martínez de Campos, Rodríguez de Rivas, F. Villaverde, Caro, Martínez de Irujo, Arteaga, Maroto y Pérez del Pulgar, Willard, Somosancho, Santos, Suárez, Pérez Seoane, Valdeiglesias, Villavieja y la marquesita de Villaviciosa y las condesitas de Torre-Hermosa y de Buenavista de la Victoria.

Pero consignemos también los de las damas: las duquesas de Medinaceli, Santo Mauro, Plasencia, Unión de Cuba, Aliaga, viuda de Sotomayor, Infantado y Victoria; marquesas de la Mina, Santa Cruz, Viana, Marzales, Torneros, Monteagudo, Baztán, Cayo del Rey, Vallecerrato, Romana, Puebla de Parga, Villavieja, Pozo-Rubio, Santo Domingo y Valdeiglesias; condesas de Torre-Arias, Mora, Agrela, Caltavuturo, Cuevas de Vera, Xiquena, Heredia-Spínola, San Luis, Maceda y Velle, y señoras y señoritas de Arteaga y Gutiérrez de la Concha, Heredia, Mitjans, Iturregui y Escandón.

También estaban: Su Alteza Real el Príncipe Raniero de Borbón, los Príncipes de Beauvau-Craon y Pío de Saboya; los duques de Medinaceli, Peñaranda, Santo Mauro, Arco, Bivona, Plasencia, Victoria, Infantado y Unión de Cuba; los marqueses de la Torrecilla, de la Mina.

Castel-Bravo, Lambertye, Murrieta, Santa Cruz, Santa Marta, San Miguel, Valdeterrazo, Torneros, Santo Domingo, Villavieja, Romana, Vallecerrato, Monteagudo y Valdeiglesias; condes del Real, Elda, Peña Ramiro, Maza, Casal, Torre-Arias, Cuevas de Vera, Mora, Heredia-Spínola, Maceda y Velle, y Sres. Sartorius, Pidal, M. Adrian Thierry, González Gordón, Mitjans, Asúa, López de Carrizosa, Fernández de Villaverde, Díez de Rivera y muchos más.

De madrugada—y con una gran cena—terminó la fiesta. Las fuentes del parque seguían dejando correr las aguas cristalinas. Palomita, cuya figurita se erguía entre la malla de plata de su traje, despedía a sus amigos. Y no sé si alguien recitó a su oído aquellos versos del Príncipe de Squilache que, anoche, en su jardín, hacía recordar la señorita de Montellano:

Si alegres y risueñas
corren las claras fuentes
entre perlas lucientes,
a reir las enseñas;
y si corren a prisa,
imitan más la gracia de tu risa.

No ponemos fin aquí a nuestras «notas» de hoy porque aún hemos de consignar una elegante comida en casa de la condesa viuda de Arcentales, y un almuerzo amenísimo en el Ritz ofrecido por el cónsul del Brasil, Sr. Sierra Valle.

Sierra Valle es un hombre de extremada simpatía y de una gran cultura. Además, es un escritor brillante y un ameno y feliz conversador. Sus almuerzos son, por lo tanto, ratos muy agradables, en los que se charla de muchos temas muy interesantes y varios.

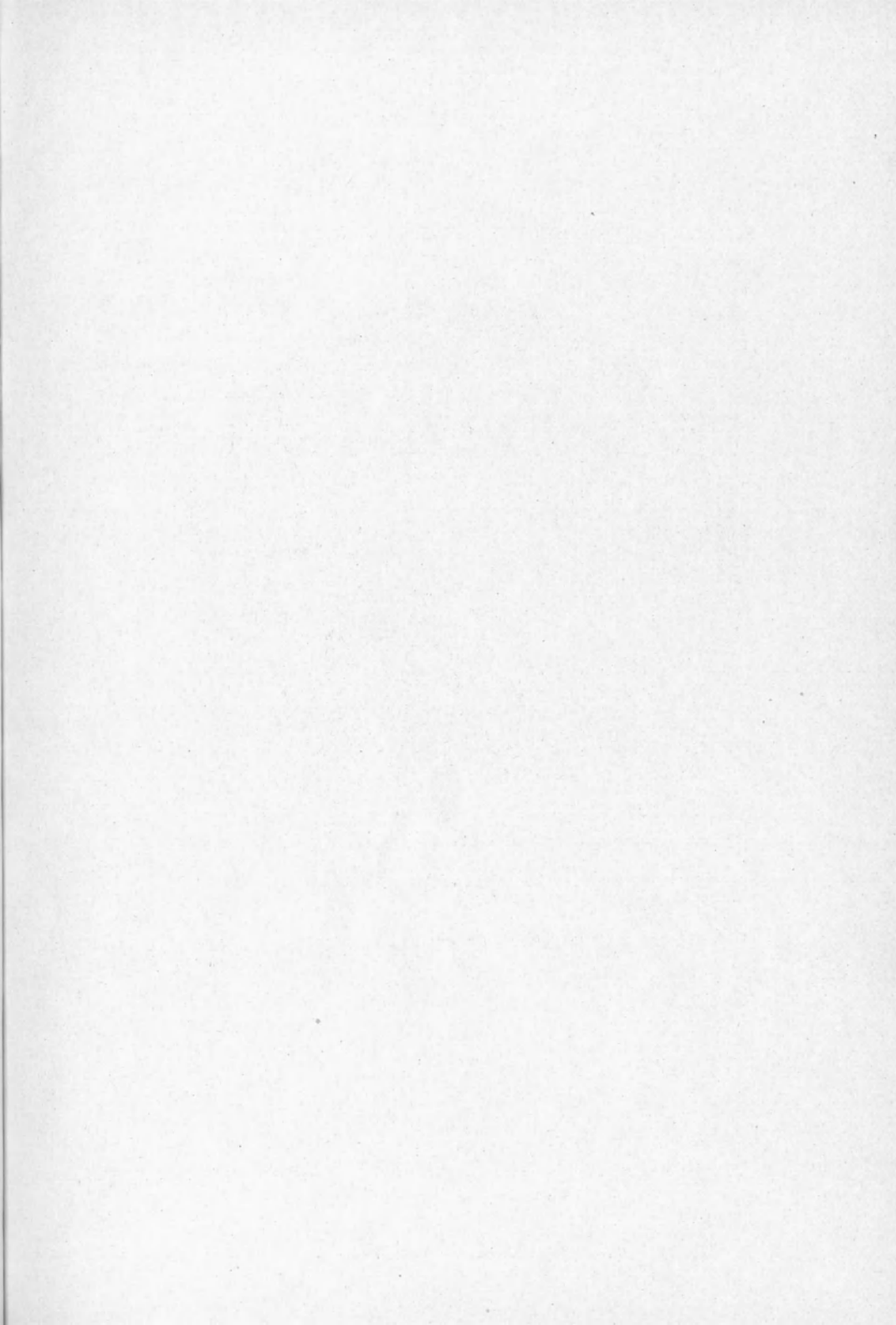
Anteayer hubo una de estas agradables reuniones. Y fueron los invitados del cónsul brasileño el presidente de la Cámara de Comercio de Sevilla, D. Diego Gómez, y su distinguida señora—una norteamericana que siente por España gran admiración—; el primer secretario de la Embajada de Inglaterra, sir Percy Loraine; el primero también

de la Legación de Cuba, D. Manuel S. Pichardo; el senador marqués de Valdeiglesias y algunos más.

Los comensales de la condesa viuda de Arcentales eran el expresidente del Consejo y ministro de la Gobernación, marqués de Alhucemas, la marquesa y su hija la señorita de García Prieto; el ex ministro conde de Esteban Collantes y su hija María; la condesa de Alcubierre y su hija la marquesita de Espinardo; la baronesa viuda del Castillo de Chirel y su hija la baronesa de Bicorp; la condesa y el conde del Moral de Calatrava; la señora de Lombillo, la señorita de Vadillo, el conde de Glymes de Brabante, el marqués de Ciudadilla, el coronel Lotfallah Bey, los Sres. Asúa, Figuerola y López de Carrizosa y los hijos de la dueña de la casa, condesa y conde del Vado, conde de Arcentales y señor del Arco.

Y por hoy nada más. Como no sea decir que la condesa viuda de Hornachuelos acaba de llegar a Madrid y en breve saldrá para Córdoba y Cádiz, y que los señores de Sarthou y su hija la marquesita de Selva Alegre salen esta noche para San Sebastián, donde pasarán el verano.

Démosles, pues, un cariñoso «¡Hasta la vuelta!» o un «¡Hasta pronto!», por si nosotros, llevados más por el afecto puro que por la rutinaria costumbre, ponemos un día el pie en el estribo para dejarnos conducir hacia la Bella Easo.





El marqués de San Juan de Piedras Albas.

Fot. Company.

El marqués de San Juan de Piedras Albas, Académico de la Real de la Historia.

LA Real Academia de la Historia se ha engalanado hoy para recibir en su seno con toda solemnidad a un prócer ilustre que, continuando gloriosas tradiciones de sus antepasados, enlaza la Nobleza con el saber: el marqués de San Juan de Piedras Albas.

No hemos de reseñar aquí la crónica de la recepción—ella ha sido brillante—, ni hemos de transcribir párrafos del discurso en el que el nuevo académico ha probado a la par que la elocuencia de su pluma sus conocimientos vastísimos; pero sí hemos de consignar con el mayor contento el hecho de que un aristócrata, representante de noble Casa, entre por el derecho de sus talentos y de sus estudios en una Corporación como la Academia de la Historia.

Siempre hemos elogiado al aristócrata que trabaja, que estudia, que investiga, que da ejemplo de lo que debe ser y a lo que está obligada la Clase a que pertenece; siempre hemos alabado y alentado al que labora y lucha y triunfa con el noble esfuerzo de su trabajo y su inteligencia; son, pues, hoy, nuestros plácemes para este marqués de San Juan de Piedras Albas, de Benavites y de Canales de Chozas, representante actual de la Casa infanzona de Melgar, que tuvo su origen en el primer tercio del siglo XIV y que fué *Titulada* por Carlos II, y elevada a *Grande* por Felipe V.

¿Su discurso? Lo hemos oído con recogimiento, con encanto. «Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, insigne coautor de la

reforma de Santa Teresa de Jesús» ha sido el tema. ¿La contestación en nombre de la Real Academia? Ha corrido a cargo de D. Juan Pérez de Guzmán.

—Buena tarde—decían los concurrentes.

Y en verdad que podían decirlo, y en verdad que así lo pensaría la Corporación; porque si escuchando el discurso del nuevo académico se conocía claramente el alto grado de cultura del marqués de San Juan de Piedras Albas, oyendo el del Sr. Pérez de Guzmán dábase a conocer con detalle la elevada personalidad aristocrática, literaria e histórica del que lleva el nombre esclarecido de marqués de Canales —aquel último capitán general de la Artillería española— y posee, como todos los ilustres antecesores, esas nobles cualidades que descuellan sobre todas las demás: virtud, inteligencia, saber...

«El caso del marqués de San Juan de Piedras Albas—escribía *La Epoca* y lo subscribimos nosotros—merece ser consignado con satisfacción, porque responde a nuestro constante criterio y a nuestras excitaciones de siempre para que la aristocracia, respondiendo por completo al significado etimológico de su nombre, se esfuerce por mantenerse en la cumbre del saber, que es el arma de los pueblos modernos.»

Ejemplo digno de imitadores es éste del marqués de Benavites, entregado de lleno a estudios arqueológicos, numismáticos y de investigación en los archivos; ejemplo que nos revela cómo hay quienes en silencio laboran incesantemente en una obra cultural que es mucho más intensa de lo que a veces nos figuramos nosotros mismos.

Ilustre académico de la Historia: Sed bien llegado a la docta Corporación.

Notas complementarias.

VARIOS CRUZAMIENTOS

SE celebró el día 21 en la iglesia de las Comendadoras de Santiago la ceremonia de armar caballeros y vestir el hábito de la Orden de aquel nombre a D. Rodrigo y D. Alfonso de Figueroa y Bermejillo, hijos de los duques de Tovar.

Presidió el Capítulo el comendador mayor de León, S. A. el Infante Don Fernando.

Bendijo los hábitos de ambos caballeros D. Gonzalo Morales de Setién, y apadrinó a los nuevos caballeros su tío, el duque de las Torres, calzándoles las espuelas los condes de Mayorga y de Campillos.

Asistieron a la ceremonia, entre otros caballeros, los duques de Osuna, Luna y Tovar; marqueses de Campo del Villar y de Bay; condes de Cerragería, Revilla, Torre de Cela y Real Piedad; vizconde de Bellver, y Sres. Dusmet, Tamarit, Alcázar, Prado y Palacio, Rivero, Morales, Figueroa y Loygorri.

* * *

En la iglesia de las Calatravas se ha verificado el cruzamiento de otro nuevo caballero en la Orden militar de Montesa: el Sr. D. Ricardo Suárez Guanes y Rodríguez de la Borbolla.

Presidió el Capítulo D. Tomás Sanchiz, y apadrinó al nuevo caballero D. José Suárez Guanes, calzándole las espuelas D. Pedro de Alcántara y D. José de la Azuela.

Formaron el Capítulo los marqueses de Hermida, Olivart, Casa-

Pizarro, Acha y Castillo de Jara; el barón de Velli, y los Sres. Acuña (D. José), Quijano de la Colina, Cabanyes, Muñoz Gámez, Marqués (D. José y D. Juan), Alcázar (D. Juan), Acha (D. Eduardo), Bethencourt (D. José) y otros muchos.

* * *

En el mismo templo de la calle de Alcalá se celebró el día 22 el cruzamiento, en la Orden militar de Calatrava, de D. Enrique Eizmendi y Ulloa, hijo de la marquesa de Torremilanos.

La iglesia estaba profusamente adornada con plantas y tapices.

Actuó de gran maestro el marqués de la Mina, y fué padrino del nuevo caballero el conde de Torrejón, calzándole las espuelas los marqueses de Cabriñana y Hermida.

Formaron el Capítulo casi todos los caballeros citados anteriormente y algunos otros, y asistieron a la ceremonia muchas distinguidas damas.

* * *

El día 27 tuvo lugar en la Concepción Real de Calatrava la ceremonia de armar caballero y vestir el hábito de la Orden de aquel nombre a D. Francisco Coello de Portugal y Pérez del Pulgar, hijo del conde de Pozo Ancho del Rey.

S. A. la Infanta Doña Isabel, dando una nueva prueba de su estimación a su secretario tesorero, asistió a la ceremonia, acompañada por su dama, la Srta. Margot Bertrán de Lis.

Actuó de gran maestro el marqués de la Mina, y bendijo el hábito el Sr. Morales de Setién.

El nuevo caballero, que vestía uniforme de teniente coronel de Artillería, fué apadrinado por su padre, el conde de Pozo Ancho, calzándole las espuelas sus hermanos, D. José y D. Fernando Coello.

Entre los caballeros que formaban el Capítulo se encontraban los duques del Arco, Conquista y Medina de las Torres; marqueses de la Torrecilla, Hermida, Bosch de Arés, San Vicente, Casa-Pizarro, Acha y González de Castejón; el conde de Superunda, y los Sres. Acha (D. Eduardo), Guijarro, Acuña (D. José), Cabanyes, Gordón, García de Zúñiga, Márquez Castillejo, Eizmendi, Urbina, Mazarredo, Muñoz y otros.

En representación de la Orden de Santiago asistieron el conde de Cerragería, el vizconde de Bellver y D. Mariano Dusmet.

Al acto asistió numerosa y distinguida concurrencia, de la que el nuevo caballero recibió afectuosas felicitaciones.

Justo es decir en honor de la Casa Hidalgo, tan predilecta del público aristocrático, que los hijos de los Duques de Tovar, el Sr. Suárez Guanes y D. Francisco Coello y Pérez del Pulgar, repartieron platos y cajas elegantísimas con exquisitos dulces y bombones, en recuerdo de su cruzamiento.

VARIAS NOTAS TRISTES

En Benavente (Zamora), donde accidentalmente se encontraba, ha fallecido el día 22 el marqués de la Candelaria de Yarayabo, víctima de una pulmonía.

De nuevo pesa un agudo dolor en la familia de los Vaillant, porque el marqués fallecido—D. José Mariano Vaillant y Ustáriz—era hermano de la condesa de Valmaseda y de los señores de Semprún y Creus. Estaba casado con una hija de la condesa de Patilla, de cuyo matrimonio quedan seis hijos, el mayor de los cuales es la señora de Melgarejo (D. Manuel).

Era el marqués fallecido persona muy querida y frecuentó mucho los círculos aristocráticos.

* * *

En Barcelona falleció el mismo día el joven vizconde de Güell, hijo del anciano conde de Güell y sobrino del marqués de Comillas. Entre la sociedad barcelonesa, principalmente, esta pérdida ha producido gran sentimiento. Murió como un bendito—hemos oído decir—confortado con todos los auxilios espirituales, rodeado de todos los cariños familiares, incluso del marqués de Comillas.

Era un gran trabajador; vivía para su familia y para la lucha callada y fecunda, y soportaba con ejemplar resignación su penoso y largo sufrir.

Era hermano de los condes de San Pedro de Ruiseñada y de don Eusebio Güell.

En los salones aristocráticos ha producido vivo sentimiento la muerte—ocurrída en Melilla—del joven teniente de Artillería D. Jaime Monterde. Estaba casado con D.^a Rosario Ramonet y de Gabriel, hija de los condes del Venadito, de cuyo matrimonio deja una preciosa niña.

Era un valiente militar y un hombre muy simpático, que supo conquistarse hondos cariños. Ellos forman hoy su mejor corona.

* * *

En Tánger, donde se encontraba accidentalmente, ha fallecido la marquesa de Guadalmina. Es una nueva pena que pesa hoy sobre esta ilustre familia, porque hace poco tiempo D. Mariano de Cuadra—hermano político de la finada—perdió también en Londres a su esposa.

La marquesa de Guadalmina estaba casada con D. Luis de la Cuadra, y son sus hijos la condesa de Casa-Eguía y D. Luis, este último enfermo de cuidado en Tánger a consecuencia del disgusto y del dolor que la muerte de su madre le han producido. Era hermana de la señora viuda de Arcos; tía carnal, por tanto, del marqués de Somosancho y del conde de Clavijo.

DOS BODAS

En los últimos días de este mes de Junio han contraído matrimonio en la iglesia parroquial de Oyarzun, junto a San Sebastián, la marquesa de Casa Jiménez, vizcondesa de Torre-Almirante, y el diputado a Cortes D. Mariano Alonso Castillo, hijo del difunto ex ministro D. Demetrio

Apadrinaron a los contrayentes el duque de T'Serclaes y la señora de Polo de Bernabé, hermana del novio, siendo testigos el duque de Arévalo del Rey, los marqueses de Alhucemas y Casa Pizarro, el conde de Torrecilla de Cameros y D. José Polo de Bernabé.

- Sean muy felices.

* * *

Y el día 29 se ha celebrado en Las Palmas el matrimonio de la bellísima señorita Beatriz Rivera, con el Sr. D. Pedro Jordán de Urríes y Patiño, hijo de los marqueses de San Vicente y de Velilla de Ebro.

Los nuevos esposos emprendieron pocos días después su viaje a Madrid, instalándose en un elegante piso de la calle de Mendizábal.

Sean, también, muy dichosos.

JULIO-1918

Un baile y algunas comidas elegantes.

COMENCEMOS la crónica de hoy diciendo que anoche hubo fiesta en el palacio de los duques de Aliaga. Linda y brillante fiesta de jardín. Porque aunque todos los salones del piso bajo estaban abiertos e iluminados, la fiesta era en el jardín, en el campo de «tennis» del parque, convertido por gracia de las guirnaldas de flores y por obra de la fina esterilla que lo cubría en delicioso salón de baile.

La gracia y la gentileza de la mujer española nacían anoche de entre los pliegues de los bordados pañolones de Manila—en aquella pintoresca decoración de luces y flores—como de entre los cabellos rubios como el sol o negros como la endrina nacían las altas peinetas de concha y de carey con que coronaban sus tocados las encantadoras damitas. Y es que en la fiesta de anoche, en el baile de anoche con que obsequiaban a su hija, la gentil marquesita de San Vicente del Barco, los duques de Aliaga, como en otros celebrados este año, han gustado las damas—y las felicitamos nosotros por su acierto—cubrir los primores de los modistos parisinos o madrileños con la seda del mantón español, de ese mantón bordado en colores que hizo exclamar a un poeta, dirigiéndose a una Reina:

¿Qué mejor manto sobre tus hombros
que un buen mantón,
si en cada fleco prendido llevas
un corazón?

Así, figuraos el efecto de aquel parque espléndido, lleno de aristocrática concurrencia, sembrado de macizos pintorescos, aromado por geranios y jazmines que circundaban el surtidor altivo y rumoroso, iluminado por cientos de farolillos que prendían sus luces entre las guirnaldas de rosas y claveles, blancos como la nieve, rojos como la grana, escuchando la música misteriosa de los Boldi, que se percibía, rítmica y acompasada a través de las tupidas celosías de yedra y viendo bailar a aquellas parejitas deliciosas, soñadoras de no sé cuántas rosadas ilusiones.

Y capitaneando, dirigiendo a todos los juveniles encantos, aparecía la gentilísima «Totó» Aliaga, envuelta en el tisú rosado de su traje, y junto a ella...; pero leed detenidamente los nombres.

Isabel Castrillo, a quien acompañaba su hermana la marquesa de Marzales, aparecía entre los pliegues de un traje florecido de rosas de plata sobre fondo marrón y coronada la hermosísima cabeza por una peineta de concha en forma de lazo que ponía como una pincelada goyesca en su aristocrática figura; de rosa, con mantón del mismo color, iba la bella Paloma Falcó; de gasa blanca sobre fondo celeste, con guirnaldas de rosas, Cristina Falcó, la bella hija de los marqueses de la Mina; la señorita de Alcedo, condesa de Bañuelos, recién llegada a la corte, destacaba su hermosura de un elegante traje de color turquesa; de rosa vestía la linda condesa de Buenavista de la Victoria, y su hermana, que parecía arrancada de un lienzo de Goya, dejaba caer sobre la falda los flecos del mantón rojo y blanco.

La marquesa de Villaviciosa, Carmencita Viana, viste de gasa marrón y tisú de oro, y su hermana la condesa de Torre-Hermosa, «recuerda al girasol» por el tono de su traje y la esbeltez de la figura; Rosarito Agrela brilla, como siempre, por su belleza entre el azul plateado de su traje; la condesa de San Martín de Hoyos cubre con gasas de oro la seda rosa de la falda que envuelve su figura gentil; *azul noche* son las gasas del traje de la encantadora Blanca Castilleja; de tisú de oro los trajes de las lindas señoritas de San Miguel y de Martínez Campos; blancos y rosados los de la señorita de Heredia-Spínola; negro el de Angelita Mérito; color botón de oro el de la gentil señorita de Somosancho; blanco el de la encantadora marquesita de Sofraga, y entre las más bellas figuras las de Camarasa, Martínez de Irujo, Santos Suárez, Portago, Silva y Mitjans, Escandón, Caro.

Willard, Escobar y Kirpatrick, Iturregui, Muguiro, Pérez Seoane, Artega, Travesedo, la marquesita de Espinardo y las vizcondesas de los Antrines, Fefiñanes y Portocarrero.

—Y exclamó un poeta:

¡Cuánta y cuánta flor!
¿A ver quien me dice
cuál es la mejor?

—Y contestó otro:

Difícil va a ser.
Que es uno y lo mismo
mejor y mujer.

El efecto del baile era brillantísimo, la fiesta elegantísima; y a su brillantez y a su elegancia contribuía—aparte de la concurrencia—lo magnífico del palacio en el que el arquitecto Saint Auge ha reproducido los esplendores del estilo Luis XV. Por los abiertos ventanales salieron jubilosos los raudales de luz; de las balaustradas de los balcones que dan al jardín pendían los amarillos reposteros de la Casa, cuyos escudos recuerdan los gloriosos timbres de los Silva...; la música, a lo lejos, ponía en el ambiente sus notas de misterio y de arte...

¿Consignados los encantos juveniles señalamos las damas que embellecieron y animaron la fiesta? Entre otras, la embajadora de los Estados Unidos, Mrs. Willard; las duquesas de Almazán, Híjar, Medina de Ríoseco, viuda de Sotomayor, Plasencia, Infantado, Arión, Montellano, Santo Mauro y Victoria; marquesas de la Mina, Viana, Scala, Torneros, Romana, Puebla de Parga, Velada, Santa Cristina, Someruelos, Moctezuma, viuda de Hoyos, Argüeso, Santa Cruz, Riscal, Baztán, Cayo del Rey, Arriluce de Ibarra, Urquijo y Valdeiglesias; condesas de Torre-Arias, Agrela, Alcubierre, Maceda, Cuevas de Vera, San Luis, Velle, Linares, y señoras y señoritas de Heredia, viuda de Muguiro, Téllez-Girón, Carvajal y algunas más.

Entre los hombres figuraban los jefes de Palacio, marqués de la Torreçilla, duque de Santo Mauro y Príncipe Pío de Saboya; los duques de Medinaceli, Osuna, Arco, Híjar, Léçera, Infantado, Monte-

llano, Plasencia y Estremera; marqueses de la Mina, Villavieja, Velada, Valdeterrazo, Portago, Santa Cruz, Romana, Baztán, Urquijo, Lambertye, Moratalla, Nájera, Arriluce y Pons; condes de Elda, Peña-Ramiro, Cuevas de Vera, Salinas y Maceda; vizconde de Arberoa; encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Moreno, y Sres. Pérez de Guzmán, Olivares, Asúa, López Dóriga, Silvela, Silva, Pidal, Travesedo, Hoyos, López de Carrizosa, González-Gordón, Beistegui y muchísimos más.

A la fiesta, que terminó a hora avanzada, puso término una espléndida cena, servida en el suntuoso comedor del palacio.

* * *

Pero antes de la fiesta hubo en el Ritz elegantes comidas; una de políticos—muy animada por cierto—, y en la que figuraban el ex presidente del Consejo y ministro de la Gobernación, marqués de Alhucemas; el alcalde, Sr. Silvela; el ex ministro duque de Almodóvar; el senador marqués viudo de Mondéjar...

La mesa—lindamente adornada—se había colocado en la parte baja del jardín.

En la terraza presidían una mesa los marqueses de Arriluce de Ibarra, que tenían como invitados al duque y a la duquesa del Infantado y a la señorita de Arteaga; al marqués y a la marquesa de Urquijo; al conde y a la condesa de Maceda, y a la vizcondesa de Fefiñanes; a la condesa de Torre-Arias y al Sr. Pérez de Guzmán, a la señorita de Martínez de Irujo y al marqués de Buniel, marqués de Moratalla y Sres. Caro, Casani, Moreno y Escalera.

Otra mesa la presidían: el ilustre presidente de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, de Sevilla, D. Diego Gómez de Quintana, y su distinguida esposa, que tenían como comensales al ministro de Chile en España y la señora de Fernández Blanco; al primer secretario de la Legación de Cuba, Sr. Pichardo; al de la Legación del Brasil, señor Queiroz; al cónsul de este mismo país, Sr. Sierra Valle; al segundo secretario de Chile, Sr. Alvarez de la Ribera; al diputado Sr. Salvatella y al coronel Lotfallah-Bey.

Un bello grupo de rosas y claveles adornaba la mesa en torno de la cual puede decirse que tomó asiento con el alto comercio y la alta

industria—fuentes de la riqueza práctica de un país—la diplomacia y la política y la poesía y la belleza. Porque no hay sino recordar los nombres apuntados. ¿Cuántas veces se alzaron las copas en honor de generosos sentimientos? Y en todas ellas se formularon vivos y sinceros deseos de sanas y grandes prosperidades.

Fué amena la charla, deliciosa la conversación; no faltó el ingenio del Sr. Sierra Valle—un alto espíritu de poeta—ni la palabra amable de Pichardo, ni la afabilidad característica del Sr. Gómez de Quintana. Pasaron, pues, muy agradablemente las horas.

Estaban también los marqueses de Marzales y la señorita de Castriño; los marqueses de Villadarias, el conde de Casa-Valencia, madame Guinley, la condesa viuda de Hornachuelos, la señorita de Hoces, don Luis Uhagón, Juaco Osma, Mariano de Cuadra y algunos más.

Unas cuantas comidas.—El barón de Spínola y el comandante Bascaran.—Una boda.

AUNQUE las fiestas «en grande» han terminado, quedan las gratas reuniones con carácter de intimidad que casi a diario se celebran. Una invitación para una comida o para un almuerzo suele ser el pretexto para unas horas agradables. Y suele ser la terraza del Ritz uno de los lugares escogidos para los obsequios precitados.

Anoche, por ejemplo, fueron agasajados los señores de Le Breton con una comida de despedida. Con ellos se sentaron a la mesa los duques de Plasencia, los marqueses de Urquijo, los señores de Christophersen, la condesita de Bañuelos, el conde Orłowski, la señorita de Llovera, D. Carlos Beistegui y el secretario de la Embajada de la Argentina, Sr. Chiappe.

En otra mesa tenían como invitados el comisario de Subsistencias y la señora de Ventosa a los marqueses de Viana y sus hijas la marquesita de Villaviciosa y la condesita de Torre-Hermosa, los condes de Cuevas de Vera y el ministro de Fomento; y en otras más se sentaban diversas personalidades aristocráticas y diplomáticas, como la marquesa de Marzales y la de Lambertye, los condes de Sizzo-Noris, los señores de Gamero Cívico, los de Gómez de Quintana, Mr. Lorraine, de la Embajada de Inglaterra, los condes de Mora, Manrique de Lara, jord y lady Hervert-Herve y los condes de Van-der-Straten.

Otra comida hubo anoche en el palacio de la duquesa de Fernán-

Núñez; pero esta fué en honor del presidente del Consejo, sentándose a la mesa con la ilustre dama y el Sr. Maura, los marqueses de la Mina y sus hijos, los señores de Beistegui y el suyo, los duques de Santo Mauro, los marqueses de Jura-Real y el marqués de Arriluce.

Y los duques de Santo Mauro han dado anteanoche en su casa una comida en honor del embajador de Francia y de Mme. Thierry. Los demás comensales fueron: la condesa de San Martín de Hoyos, condesa y conde de Mora, marquesa y marqués de Santa Cruz, Príncipe de Beauvau-Craon, duquesa y duque de Montellano, señorita de Falcó, duque de Medinaceli y marqueses de Lambertye y de Pons.

Como se ve, menudean las comidas en pequeño, porque a ellas hay que sumar la ofrecida en el Nuevo Club, y también en honor del jefe del Gobierno, por los citados marqueses de Arriluce, y a la que asistieron los duques y duquesas de Arión y Conquista, marquesa de Almaguer, marqueses de Viana, señorita de Martínez de Irujo y don Emilio M. de Torres, secretario del Monarca.

De estas notas felices hemos de pasar a otras tristísimas. Sobre las familias de la marquesa viuda de Alava y del general Bascaran pesan en estos momentos nuevas desgracias. Hace pocos días dábamos cuenta del fallecimiento del Sr. Navascués, hijo político de la marquesa viuda de Alava; pues hoy hemos de consignar otro duelo: su hijo, el joven barón de Spínola, un muchacho de veintitrés años, licenciado en Derecho... ha muerto ayer en el Escorial adonde fué buscando alivio. De nada han servido los cuidados de su madre amantísima; venció la muerte a los amores maternos y pudo también a la juventud del enfermo.

¡Qué dolor, qué dolor! La pobre madre, sus hermanos el marqués de Alava, la condesa de Lascoiti, D.^a Angeles y D.^a Josefa y su tío el conde de Heredia-Spínola están afligidísimos. ¿Cómo no enviarles nuestro pésame muy sincero?

Y vaya otro también y muy sentido para el ilustre general Bascaran, que, aún no cerrada la herida que abrió en su corazón la muerte de su hijo D. Jacinto, capitán de caballería, ayudante que fué del general Marina, en Africa, ve abrirse otra nueva, tan honda como aquella, con el fallecimiento de su otro hijo Gustavo, ocurrido en Las Palmas, comandante de Infantería y persona de muchas simpatías. ¡Qué leyes tan duras estas de la muerte! El respetable general lo decía anoche:

—Designios de Dios. Resignación. Pero se siente uno ahogar de amargura.

Y para terminar: los deseos de una ventura eterna para unos nuevos esposos que esta mañana han contraído matrimonio en la parroquia de la Concepción. Ella, la bellísima señorita Jesusa Becerro de Bengo, hija del aquel ilustre catedrático de este apellido, maestro en el Instituto de San Isidro, de más de media generación actual; él, D. José Gascuñana y Heranz, un médico joven y entusiasta de su profesión, hermano del ilustre doctor Gascuñana (D. Emilio), un hombre que, a su ciencia, sabe unir a cada instante un dictado hidalgo de su corazón generoso.

La hermana de la novia y el hermano del novio apadrinaron el enlace.

* * *

A las once de la mañana de hoy se ha verificado la conducción del cadáver del malogrado barón de Spínola, desde la estación del Norte a la Sacramental de San Isidro.

La carroza estufa en que se depositó el féretro iba precedida por el clero de la parroquia de San Antonio.

Presidieron el duelo el director espiritual del finado, Padre Juan Monedero; el marqués de Alava, el duque de Alburquerque y los condes de Heredia-Spínola y Lascoiti.

El fúnebre cortejo era numeroso, y en él figuraban muchas aristocráticas personas. Recordamos, entre los asistentes, al ministro de Estado, D. Eduar do Dato, y al subsecretario de la Presidencia, Sr. Llanos y Toriglia, Duque de Seo de Urgel, Marqueses de la Mina, Comillas, Scala, Arriluce de Ibarra, Vallecerrato y Valdeiglesias, Condes de Maceda, Torrejón y Torrubia, y señores Torres (D. Emilio María), Alvear y otros muchos.

* * *

El comandante D. Gustavo de Bascarán y Reina contaba cuarenta años de edad. Nació el 2 de Marzo de 1878, y ascendió a su actual empleo el 21 de Septiembre del año pasado.

Estaba casado y deja de su matrimonio una hija.

En el palacio de Viana.

SE acabó la *season*. La fiesta—íntima y elegante—celebrada anoche en el palacio de Viana, ha sido la última de la temporada; un lindo bailecito en el jardín con asistencia de los Reyes. Si nosotros quisiéramos usar de una frase que sobre no ser brillante es harto vulgar, diríamos que la fiesta de anoche fué el broche de oro que ha cerrado la presente *season* tan animada y tan concurrida. Pero no hace falta. Basta decir que fué en el palacio de los Saavedra y que asistieron Sus Majestades para comprender que el jardín de la Casa del Caballerizo mayor del Rey sirvió de fondo al cuadro que ofrecían los juveniles encantos aristocráticos en torno de esas dos bellezas que se llaman marquesita de Villaviciosa y condesita de Torre-Hermosa.

Se iluminó el parque profusamente; la luz eléctrica extendió sus claridades sobre los macizos de geranios en flor; sonó rítmica, acompañada y misteriosa la música de los zingaros de Boldi, cuyas rojas casacas ponían sus notas de amapola sobre el verde fondo de los muros cubiertos de yedra, y los diminutos pies de las deliciosas parejitas—algo así como lindas figulinas de Sajonia—dibujaron caprichosos arabescos sobre la lona encerada que cubría la fina arenilla del jardín.

Descansaron otras damas en los bancos de piedra del parque viendo la danza que continuaba dichosa y otras más recorrieron los salones—abiertos todos como en noche de gala—admirando las obras de arte que lucen sus muros y vitrinas. ¡Ah! el lienzo aquel de Joaquín Sorolla en el que el pincel del ilustre artista trazó con rasgos vigoroso-

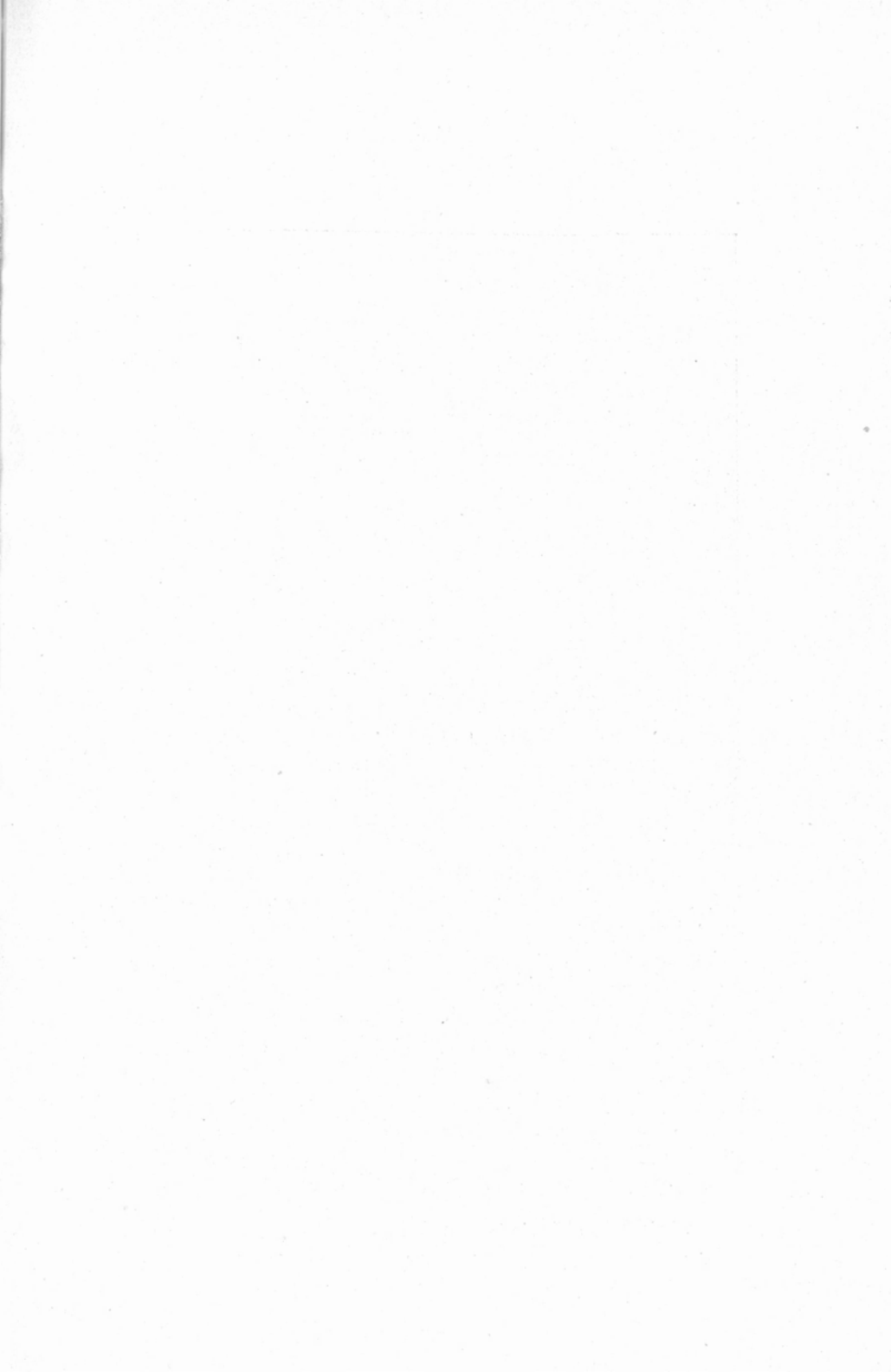
sos de su magia la figura de la Reina Victoria; ¡ah! aquellos dos retratos de Bartolomé González; ¡ah! aquel salón español—al que alguien llama el de los Borbones—en el que pueden contemplarse los Reyes de la Casa de Borbón desde Felipe V a Alfonso XIII... Mas de pronto la vista fijase en aquel Goya que representa a Carlos IV; extasiase luego ante el soberano Crucifijo de porcelana del Retiro y estremecese más tarde el espíritu ante el severo puñal de Boabdil cuya hoja damasquinada brilla entre el terciopelo de la vitrina en que descansa.

Volaron felices las horas en aquella elegante residencia, hogar un día del ilustre autor del *Don Alvaro*; y tenía que ser así, no sólo por la amabilidades de los marqueses de Viana, sino también por lo selecto de la concurrencia. Con los personas Reales—el Rey y la Reina—asistieron la duquesa de San Carlos y el marqués de la Torrecilla. La Reina, soberana de distinción, realizaba su figura con elegante traje de gasa plateada esmaltado de grandes flores negras. A su garganta, un collar de perlas. Y como pretendiendo lucir la gentileza de su talle, dejaba caer sobre sus hombros un soberbio mantón de Manila.

Concurrieron: las duquesas de Santo Mauro, Infantado, Plasencia, Montellano, Aliaga y Victoria; las Princesas Fella de Thurn et Taxis y Victoria, Elisabeth y Marie Therese de Ratibor, hijas del embajador de Alemania; miss Willard, hija del embajador de los Estados Unidos; las marquesas de la Mina, Ronama, Argüeso, Someruelos, Riscal, Sofraga, Marzales, San Vicente del Barco, Baztán y Monteagudo, condesas de Agrela, San Luis, Buenavista de la Victoria, D'Orsay, Cuevas de Vera, Bañuelos, Mora y San Martín de Hoyos, y señoras y señoritas de Iturregui, Caltavuturo, Martínez de Irujo, Santos Suárez, Mérito, Christophersen, Hervert-Hervey, Camarasa, Caro, Castrillo, Falcó y Alvarez de Toledo, Falcó y Escandón, Agrela, Portago, Saavedre (D. Alonso) y Martínez de Campos.

También estaban el ex ministro y comisario de Abastecimientos, Sr. Ventosa, y su bella señora; los duques de Medinaceli, de Peñaranda y del Arco; los condes del Real, Elda, Peña Ramiro y Maza, marqueses de Narros, Portago, Rambla, Nájera, Arriluce de Ibarra, Lambertye y Villavieja, y los señores Béistegui, Travesedo, López-Dóriga, Sartorius, López de Carrizosa, Mitjans, y muchos más.

Una espléndida cena servida en el comedor estilo Carlos IV, que preside un retrato de la Reina de las Dos Sicilias, puso fin a esta fiesta.





D. Luis Patiño, hijo de los marqueses de Castelar.
Fot. Franzen.

D. Luis Patiño y Fernández Durán.—D. Pedro Mazorra.

LOS marqueses de Castelar sufren en estos momentos una honda pena. Su hijo primogénito, D. Luis Patiño, un fuerte muchacho de veintiún años, lleno de vida y de ilusiones, que cursó con brillantez sus estudios militares en la Academia de Artillería, de cuya arma era teniente, ha muerto víctima de rapidísima dolencia. ¡Qué dolor tan grande! Así estaban de angustiados sus padres y sus hermanos y todos los suyos en aquella aristocrática residencia de la calle de la Magdalena, en la que desde hace pocos meses se ha enseñoreado el dolor.

Todo simpatía, todo corazón, el joven artillero era una fundada esperanza. Y de pronto, por mandatos de la Invisible, por órdenes de esa mano oculta a la que no podemos vencer, por designio supremo de la Muerte, se escapa una vida y se tronchan para siempre las ilusiones que se concibieron fundadamente y con razón. ¡Pobre artillero—gentilhombre de S. M. con ejercicio y servidumbre—y pobres padres y pobres todos!

Con los ojos anegados en llanto, con el alma deshecha por la pena, con el espíritu abatido, con el decaimiento que toda desgracia pone en nuestra alma, vimos ayer cubrirse de flores el cuerpo yerto del hijo adorado, del amigo querido. Y en nuestra memoria vivió con más fuerza—puesto que nunca se borró—el recuerdo de aquella hija del marqués de Perales—flor de juventud y de belleza—que hace pocos

meses expiró también su adiós a la vida en la misma residencia señorial.

¿Qué más decir? Nada, nada. Toda la sociedad de Madrid se ha unido al duelo de la ilustre familia. Reyes e Infantes se apresuraron a enviar también sus manifestaciones de pesar.

Los marqueses de Prado Ameno sufren en estos momentos el dolor inmenso de haber visto morir en Santander—al día siguiente de su llegada a la capital montañesa—a su hijo D. Pedro, joven de diecinueve años, estudioso y trabajador como pocos y con unos sanos ideales de lucha y de triunfos que daba gusto escuchar de sus labios.

A su edad—plena de juventud, casi un niño—tenía dos carreras.

De tanto voluntario trabajo, de tanto estudio detenido, Pedro Mazorra enfermó seriamente. Y hace dos días que llegó a la Montaña acompañado de sus padres y ha dejado de existir.

Terrible golpe para los padres, para los hermanos... A todos ellos les enviamos nuestro pésame.

El marqués de Prado Ameno se encuentra también muy delicado de salud.

La conducción del cadáver del malogrado oficial de Artillería D. Luis Patiño, primogénito de los marqueses de Castelar, al cementerio de la Sacramental de San Isidro, ha sido una sentida manifestación de duelo y simpatía, a la que se han asociado numerosas personas.

En la capilla ardiente se dijeron misas durante la mañana de hoy, asistiendo a ellas aristocráticas damas.

El cadáver, encerrado en magnífica caja de caoba con herrajes de plata, fué conducido en una carroza tirada por seis caballos, a la que precedía el clero de la parroquia de San Lorenzo.

Seguían dos presidencias de duelo, la primera de las cuales la formaban las representaciones de la Regia familia. Compañía: el marqués de Velada, por SS. MM. los Reyes; el conde de Aguirre, por la Reina D.^a Cristina; D. José María de Ortega Morejón, por la Infanta D.^a Isabel; el duque de la Victoria, por el Infante D. Fernando, y el marqués de Bendaña, por el Infante D. Carlos.

La presidencia de la familia estaba formada por el marqués de Perales, los condes de Adanero, Villares, Sástago y Revilla Gigedo, y D. Diego Patiño.

En el numeroso cortejo figuraban el ministro de la Guerra, general Marina; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla;

Los ex ministros señores Marqués de Figueroa, Allendesalazar y conde de Bugallal.

Duques de Medinaceli, Parcent, Conquista, Arco, Dúrcal, Tarancón, Lé-cera, Luna, Plasencia, Montellano y Sessa.

Marqueses de la Mina, Albaserrada, Torneros, Ribera, Atalayuelas, Guevara, Torrelaguna, Hoyos, Castellones, Inicio, Guad-el-Jelú, Scala, Romana y Valdeiglesias.

Condes de Cerragería, Campo Giro, Clavijo, Torrubia, Campo Alange, Liniers, Bernar, Valle de San Juan, Sepúlveda, Santa Coloma y Atarés.

Vizcondes de Bellver y Amaya, y

Señores generales Borbón y Arteta, Aguilar (D. Florestán), Loygorri, Fernández de Córdova, Sartorins, Alcalá Galiano, Escrivá de Romani y Muguero; gran número de jefes y oficiales de Artillería, y otras muchas personas.

Descanse en paz el malogrado joven.



Srta. Carolina Estelat.

Fot. Kaulak.

La señorita de Estelat y el señor Gavilán.

SE celebró en la tarde de ayer, en la capilla del palacio episcopal, el anunciado enlace de la encantadora señorita Carolina Estelat y Tomaseti, hija del distinguido senador, diputado provincial e inspector general de la Compañía peninsular de Teléfonos D. Eduardo Estelat, con el diputado a Cortes D. Enrique Gavilán.

Se adornó el palacio con profusión de flores; en la escalera de piedra se alzaban gentiles las palmeras entre los crisantemos, los claveles y las guirnaldas de azahar; y a las cinco en punto, ante el altar de la capilla, el señor obispo de Madrid, revestido de pontifical, dió su bendición a los nuevos esposos pronunciando una oración elocuente, serena, de alto espíritu moral y religioso, enaltecendo el sacramento que se acababa de bendecir.

Fué madrina la hermana del novio, D.^a Consuelo Gavilán de Marín; padrino el padre de la novia, Sr. Estelat, que sobre su uniforme de gentilhombre de cámara de S. M. ostentaba la banda de la gran cruz del Mérito militar, y firmaron el acta como testigos, por parte de él, el ministro de Instrucción pública, Sr. Alba; el ministro de Suiza, Sr. Mengotti; el senador por Valladolid Sr. Power y los señores D. Luis Conde y D. Jerónimo Gavilán, y por la de ella, los ministros de Estado y Gobernación, Sres. Dato y marqués de Alhucemas; el padre Calpena, el senador Sr. Paraíso y el diputado Sr. Goicoechea.

La ceremonia fué solemne y brillante, y en ella se patentizaban

las muchas simpatías con que cuenta el Sr. Estelat. Realmente las merece. D. Eduardo Estelat es uno de los hombres nacidos para la complacencia. Por eso son justos los afectos que se le tienen y por eso aristócratas y políticos y hombres de negocios y escritores—que somos la contraposición de los hombres de negocios—queremos y estimamos a Estelat sinceramente. Así, la concurrencia—de la que no recordaremos todos los nombres, y bien lo vamos a sentir—fué numerosa y varia y de toda ella recibieron los novios y las familias cariñosas felicitaciones.

Entre otras personas, además de la señora de Estelat y su hija María, que es una señorita encantadora, en la que nacen a un tiempo como una sola flor la ingenuidad y la simpatía, estaban: la señora y señoritas de Dato y la señora de Espinosa de los Monteros; la marquesa de Alhucemas y la linda Mavita García Prieto; la condesa de Sagasta y la recién casada señora de Polo de Bernabé (D. José), hija del difunto ex ministro Sr. Alonso Castrillo; señoras y señoritas de Tomaseti, Goicoechea, Martín Fernández, Cereceda, el alcalde de Madrid, Sr. Silvela, y el ex alcalde Sr. Prado y Palacio; el ex ministro Sr. Ruiz Valarino, el subsecretario de Instrucción pública, D. Natalio Rivas; el ex subsecretario de Hacienda, Sr. Chápaprieta, el ex ministro, Sr. Cortezo, el presidente de la Diputación, Sr. Fernández Rodríguez; los ex directores generales Sres. Royo Villanova y Matc sanz; los directores de *La Epoca* y *El Imparcial*, señores marqués de Valdeiglesias y Gasset (D. Ricardo); el doctor Decreff, los Sres. Martín Fernández Tomaseti, Cereceda, Vallejo, conde viudo de Albiz, Retortillo, Valenzuela, el doctor Calatayud y muchos más.

La novia estaba bellísima; su vestido era de «charmeuse» blanca adornado con encajes y florecillas de azahar; su velo de tisú de plata.

Y con un mundo de ilusiones—que ojalá se realicen—salieron los novios anoche mismo para Algeciras, donde pasarán su luna de miel.

En uno de los salones del palacio Episcopal, en el que el ilustre y virtuoso prelado de la diócesis Sr. Melo y Alcalde—hombre todo bondad y sacerdote todo ejemplo—hizo también los honores, fueron obsequiados los concurrentes con un espléndido refresco.



Boda de la Srta. de Olivart con D. Antonio de Orellana.

Fot. Marín y Ortiz.

La señorita de Olivart y el señor Orellana.

EL altar mayor de San Jerónimo el Real se cubrió ayer de flores; se adornó la gótica iglesia con palmeras; se extendió sobre el piso la rameada alfombra, y allá en el coro preludió una orquesta sus acordes marciales. Era que, a las cuatro de la tarde, se celebraba en el aristocrático templo el enlace de la encantadora señorita Carmen Dalmau y Falces, hija de los marqueses de Olivart, con don Antonio de Orellana y Núñez, primogénito de los vizcondes de Amaya.

Era el día del Carmen, santo de la novia Carmencita Dalmau; quiso festejar con su boda—¿con qué mejor que realizando una ilusión?—su fiesta onomástica, y vistió su traje blanco de «charmeuse», guarnecido de antiguos encajes de «Alençon» y bordado en plata, y prendió sobre su pecho—guardador de sus amores—un hermoso «pendentif» de zafiros y brillantes, montado en platino, y lució—de brillantes y zafiros también—unos espléndidos pendientes. Sobre su artístico peinado florecía el azahar. Encubriendo su figura gentil flotaba el velo de desposada, llevado en sus extremos por una preciosa criatura: María Teresa Melgar, hija de los señores de Melgar (D. Manuel).

Y a la hora indicada, casi lleno el templo de distinguida concurrencia, entró la novia—una belleza—del brazo de su padre y padrino el marqués de Olivart, catedrático y escritor, historiador y crítico, quien sobre su uniforme de mayordomo de semana de Su Majestad ostentaba, entre otras condecoraciones, el collar de camarero secreto del Pontífice; detrás, el novio, vestido de «chaquet», floreciendo en

el ojal de su solapa una flor blanca, dando el brazo a su madre y madrina, la vizcondesa de Amaya, que lucía la clásica mantilla.

Y allí, en el presbiterio, el obispo de Sión, revestido de pontifical y ayudado por el párroco D. Antonio Calvo, pronunció una elocuente plática y bendijo la unión, en la que figuraron como testigos, por parte de ella, el marqués de Espeja, el ex rector de la Universidad Central D. Rafael Conde y Luque; el ex director de Comunicaciones D. Emilio Ortuño y el hermano de la novia D. Ramón Dalmau, y por parte de él, los marqueses de Borja y Conquista, el subsecretario de Gobernación, D. José Rosado, y D. José Castelló.

Después... mil y mil felicitaciones, mil deseos de venturas y... la emoción natural de los padres de los novios en momentos tales. Así decía la vizcondesa de Amaya:

—Amigo mío: dos bodas de dos hijos casi seguidas. Nos van dejando solos...

Pero a su lado estaban, como para desmentir cariñosamente a la ilustre dama, sus cuatro hijas solteras, esós cuatro encantos que se llaman Lucía, Pilar, Gloria y Julia de Orellana, y la recién casada, marquesa de Borja, hija también de los vizcondes.

Figuraban asimismo, entre otras personas, además de la marquesa de Olivart y del vizconde de Amaya, las señoritas de Luque y Rosarito Luque y la marquesita de Luque, con su madre y madre política, D.^a Isabel Caracena de Luque; las marquesas de Espeja, Albayda, Vado del Maestre y Seijas, ésta con su hija Carmela; las condesas de Campomanes y su hija, viuda de Ardales del Rfo y las suyas; Floridablanca y las suyas; las señoras y señoritas de Moreno y Osorio, Illana y sus hijas, Squella, San Juan de Piedras Albas, Conde y Luque y Cristina Borbón... El marqués del Vado del Maestre, el de Soto Hermoso; los condes de Ardales, Antillón y Torre de San Braulio; el presidente de la Audiencia, Sr. Ortega Morejón; los señores Dalmau (D. Raimundo), Squella, Moreno y Osorio, Catalán, Orbe, Canthal, Baeza, Acuña y Valenzuela...

Todos fueron obsequiados en el Ritz con un espléndido té, servido en mesitas. Y los nuevos esposos, en el expreso de Barcelona, salieron para Mombrín, en donde pasarán los comienzos de su luna de miel.

Días después repartieron entre sus relaciones elegantes cajas con grabados, firmadas por la casa Hidalgo.

La marquesa viuda del Valle de la Reina y el conde de Villapaterna.

EN la iglesia parroquial de San Luis se celebró esta tarde la boda de la distinguida señora D.^a María Mencos y San Juan con don Manuel Alvarez de Toledo y Samaniego, conde de Villapaterna.

Al acto, que tuvo un carácter puramente íntimo, no asistieron más que las personas más allegadas de ambas familias.

La novia, que vestía elegante traje de raso azul, y lucía magnífico collar y pendientes de brillantes, llegó al templo a las cuatro y media, acompañada de su madre la marquesa viuda de Benamejí y Cuevas del Becerro, y de su hermana la marquesa de Villaverde.

Recibida por su prometido, dirigiéronse los novios al altar mayor, ante el cual celebróse la ceremonia.

Fueron padrinos la marquesa viuda de Cuevas del Becerro y el marqués de Martorell, hermano mayor del conde de Villapaterna.

Actuaron de testigos, por parte de ella, el ex ministro D. Lorenzo Domínguez Pascual, el conde del Fresno y D. Rodrigo de Medina y Esquivel, y por parte de él, sus hermanos, el marqués de Villanueva de Valdeuza y el conde de la Ventosa, y el marqués de Polavieja.

Bendijo la unión el canónigo de Gerona D. Plácido Verdes.

La novia es hija de D.^a María de la Concepción San Juan y Medina, marquesa viuda de Benamejí y de las Cuevas del Becerro, pertene-

ciente a una de las familias más distinguidas y respetadas de Andalucía.

En primeras nupcias, esta señora marquesa viuda de Benamejí estuvo casada con un Mencos, hijo de los Condes de Guenduláin, y de este matrimonio son hijos el actual conde del Fresno de la Fuente y la marquesa viuda del Valle de la Reina.

De su segundo enlace, con D. Marcos Castrillo, son hijos la actual poseedora de los marquesados de Benamejí y Cuevas del Becerro, casada con un Lastra, primogénito del marqués de Torre Nueva, y Angelita, marquesa de Villaverde, soltera.

La citada D.^a María Mencos estuvo casada con D. José de León y Manjón, marqués del Valle de la Reina.

El novio es hijo de la actual marquesa de Miraflores y estuvo casado con la marquesa de San Felices de Aragón, condesa de Eril; gozando asimismo de grandes simpatías en los altos círculos sociales.

Para asistir a la boda, ha llegado de Sevilla la marquesa viuda de Cuevas del Becerro, acompañada de su hija menor, la marquesa de Villaverde, que es una de las más lindas y graciosas sevillanas de la nueva generación.

Los nuevos condes de Villapaterna marcharon anoche mismo a San Sebastián, y a los baños de Medina la marquesa viuda de Cuevas del Becerro, con su hija.

Sean muy felices.

Un pequeño apunte veraniego y unas cuantas noticias.

CUATRO días—aunque sean unas horas—en un montecito serrano lleno de pinares y sin acordarse para nada de la vida de la corte, son siempre una delicia. Pinos, aroma de pinos, de tomillo, de cantueso, de mejorana... ¡ah, qué encanto! Y bajo un cielo azul y un sol de oro y oreando nuestras frentes con la brisa del Guadarrama. Cuatro días así—repito que aunque sean unas horas—son un sedante para nuestra vida agitada, activísima, movida, de trabajo. Y eso que ni aún en el campo hemos olvidado el «fox-trop». Hasta la casita campesina en la que estaba yo venían desde un hotel cercano los rítmicos acordes. Parecía que lo estaba viendo bailar: uno, dos, tres, vuelta hacia atrás... y ahora el «camelo». Decididamente el bailecito, después de invadir la ciudad, invade la Sierra, y a decir verdad, en una noche de luna, bañados de plata los montes y las carreteras, no dejan de tener sus encantos los recuerdos de los salones.

Pero nosotros no hacíamos sino escuchar los ecos del «fox». Allí, en la terraza del hotelito, adivinábamos a María Teresa, cuyo busto de nácar nacía de entre el tímido escote de su negra «toilette»; a Julia, a María, a Fernanda, a María-Luz; allí, casi adivinábamos también a los maestros Pons y Donday marcando airoosamente los compases del baile, mientras nosotros dulcemente reclinados en una butaquita de mimbre, llevábamos el compás con la mano dibujando en el aire el compasillo.

¡Qué bella placidez la del campo serrano al que todos los años le ofrendo yo unos días! Y qué rápidos pasan y qué pronto se van. Allí, sin acordarnos de la vida ciudadana, admirando la Naturaleza y estas bellas obras de Dios, como son las damitas que he citado, vuela el tiempo que es un primor. Por eso cuando Bertrán me dijo:—«Ea, el coche ya está, partiremos cuando quieras»—, sentimos un poco de contrariedad. Pero procuramos disimularla y caminamos hacia Madrid.

Sobre la mesa de nuestro despacho hemos encontrado cartas, libros, periódicos, «El árbol genealógico», de Antonio de Hoyos; «Cuando las muñecas regresaron...», un lindo poema del gran poeta Blanco-Beimonte; unas cuantas postales con bellas fotografías de paisajes norteños; cariñosas invitaciones para emprender deliciosas excursiones..., y unas cuantas cartas con saludos y noticias. Santander—unos dicen—está animadísimo; el Sardinero es la perla de la Montaña santanderina. Pues, ¿y San Sebastián? ¿Es que, acaso, no haremos una escapadita a la bella capital donostiarra? ¡Y cómo se prepara para la gran semana! Es decir, para esa semana en la que la vida se dificulta por exceso de animación. ¡Ay, mi campo serrano, tan silencioso y solitario! ¿Y dónde nos dejamos La Granja, cuyos jardines españoles son mirados—con igualdad lo menos—por los versallescos de Francia?

Hacemos, en fin, propósito de tomar un día el tren y marchar a San Ildefonso, haciendo un alto en el camino: en Otero, la posesión campestre del llorado Canalejas, y en la que hoy descansan la duquesa y sus hijos. Y luego al Norte, a la Montaña, a Guipúzcoa...

Vamos abriendo cartas; vamos leyendo postales. La condesa del Villar está en Cestona. «Si viera usted qué fresco disfrutamos por aquí—me escriben—. «Véngase a almorzar con nosotros si se viene a San Sebastián»—nos dicen los señores de Gimeno—. «Ya están aquí—en la Bella Easo—los embajadores de Francia, M. y Mme. Thierry. Reciben muchos pésames con motivo de la muerte de su padre.» Seguimos leyendo: Los duques de Montellano han llegado a Santander invitados por SS. MM.; pasarán en la Magdalena unos días. La condesa

de San Félix y Nini Castellanos han llegado a San Sebastián; los marqueses de Comillas pasan unos días en San Rafael con sus sobrinos María Luisa y Mercedes Güell.

* * *

¡Qué calor! Tenemos que hacer un descanso, porque viniendo del monte nos rinde un poco la temperatura madrileña. ¿Cuántos grados tendremos? No lo sé ni me importa. Sé que tengo calor y me basta.

Pero sigamos escribiendo: la duquesa de Miranda, condesa de la Unión, hija de los duques de Granada y de Villahermosa, ha dado a luz una hermosa niña. Jacoba Gómez de la Lama—hoy condesa de San Antonio de Vista-Alegre—o señora de Mariátegui, por otro nombre, también ha visto alegrarse su hogar con otra linda nena. ¿Bonita? Dicen que se parece a su madre.

Y la señora de Fernández de Gamboa y Pruneda (D. Enrique), por otro nombre también, Conchita Lozano, ha dado a luz otra hermosa niña. Predomina como se ve el bello sexo.

Enviaremos a los señores de Pineda nuestro pésame por la muerte de su hijo Javier de Pineda y Oñate. ¡Qué pena! A los dieciséis años. Cuando su vida se abría al mundo como una flor a la mañana. Para la muerte no hay descanso; hoy abre en el corazón una herida; mañana en vez de cicatrizarla, la ahonda más... Tantas esperanzas en el hijo querido se han ido para siempre. Ya no dirán más:

—Verá usted: cuando nuestro hijo sea un hombre hecho y derecho..

Ahora recordarán estas palabras y se echarán a llorar como unos niños.

AGOSTO-1918

8101-01300A



El conde de Pié de Concha.

Fot. Fransen.

El conde de Pie de Concha.—Un aniversario.

HA muerto.

La noticia tristísima, transmitida desde Fuenterrabía a esta corte, no nos ha sorprendido. Nos ha causado gran dolor, nos ha hecho musitar sinceramente una oración, nos hace unimos del modo más afectuoso al duelo de sus hijos; pero el doloroso desenlace se temía, se esperaba y fatal, aunque cristianamente, ha llegado.

Desde el pasado invierno, en que un ataque de hemiplejía puso en peligro la vida del ilustre diplomático, la naturaleza del conde de Pie de Concha estaba vencida.

—Esta enfermedad puede más que yo—dijo alguna vez.

Y tenía razón. A pesar del vigor de su espíritu, de lo robusto y fuerte de su temperamento, de sus ánimos y de sus esperanzas... estaba vencido. La dolencia había hecho su presa de un modo firme.

Y aunque los cuidados de sus hijos amantes lograron alejar el peligro, éste subsistió, y aunque los amores de sus vástagos pusieron todo su interés en que el padre adorado recobrase la salud, la salud no fué recobrada y la dolencia amenazaba siempre. Sin embargo, hace unos meses pudo marchar a su finca de Fuenterrabía. Para él era este viaje media vida.

—Creí que no te volvía a ver—diría el conde de Pie de Concha a su villa Ederra cuando en ella se instaló recientemente.

Y su villa Ederra le acogió amorosa, y en su villa Ederra se ha des-

pedido de la vida, entre el aroma de la campiña vasca, entre la esmeralda de su verdor, entre el arrullo de las olas del mar que ante sus balcones se deshacen en mil blancos encajes, entre el llanto y el amor y los rezos de sus hijos, que no se han separado de la cabecera del lecho.

—Ha muerto un gran caballero—decía un diplomático anoche en un Casino aristocrático.

Y tenía razón. El conde de Pie de Concha, todo bondad, todo corrección, todo cortesía, era un gran caballero, un gran hidalgo español, que ya en su porte denotaba su estirpe ilustre, de la noble Casa de los marqueses de Santa Cruz, que ostentan el insigne apellido de los Silva Bazán. Todo el mundo sintió por él cariño; a todos inspiró respeto. Y en la de España, especialmente, y en todas las Cortes de Europa, el nombre del conde de Pie de Concha era familiar, querido y recordado con afecto.

Por eso su muerte, la muerte de este ilustre señor, caballero cien veces condecorado con preciadísimas distinciones, gentilhombre de Cámara de S. M., maestrante de Valencia, tantos y tantos años—desde 1895—introdutor de embajadores, ha causado penosa impresión en todas partes: en el Cuerpo diplomático, en el que alcanzó, al pedir su jubilación hace pocos años, los honores de embajador; en los Círculos, en los salones, que tanto frecuentó en España y fuera de ella.

Con el diplomático extranjero que en la terraza de la Peña decía anoche del conde fallecido que había muerto un caballero, lo repetimos nosotros ahora. Y, al repetirlo, ofrecemos nuestro pésame más sentido a los hijos del ilustre prócer; a S. A. la duquesa de Talavera y al Infante D. Fernando; al marqués de Zahara, casado con D.^a María del Consuelo de Goyeneche, hija de los condes de Guaqui, y a D.^a María Josefa, esposa de D. José María de Lardizábal.

D. Luis de Silva y Fernández de Córdoba, conde de Pie de Concha, nació en Madrid el 16 de Febrero de 1845, e ingresó en la carrera diplomática, como agregado, en Octubre de 1864.

Desempeñó diversos cargos en las legaciones de Bruselas y Lisboa, en las embajadas de Petrogrado y París, y en otras representaciones.



Srta. Antonia de Salazar y Aguirre.
Cuadro de Bahamonde.

En 1895 fué nombrado segundo introductor de embajadores, y en 1904, siendo ya ministro plenipotenciario de primera clase, primer introductor.

Recientemente fué jubilado, cesando en este puesto siempre servido con un celo y una lealtad extremados.

Pertenecía el ilustre diplomático a una de las grandes familias de la Nobleza española: a la insigne Casa de los Silva Bazán, que ostentan el glorioso título de marqueses de Santa Cruz.

Era hijo de D. Francisco de Borja de Silva Bazán y Téllez Girón, XI marqués de Santa Cruz y del Viso, y de D.^a María de la Encarnación Fernández de Córdoba y Alvarez de las Asturias Bohorques, de la Casa de los marqueses de Malpica, duques de Arión.

Hermanos suyos fueron D. Alvaro, XII marqués de Santa Cruz, padre del actual poseedor del título, y D.^a Joaquina, marquesa de Isasí, difunta también.

Casó el conde de Pie de Concha en Madrid, el 24 de Enero de 1869, con la distinguida señora D.^a María de los Dolores Fernández de Henestrosa y Fernández de Córdoba, hija segunda del primer matrimonio de D. Francisco Xavier, IX marqués de Villadarias y de Vera, Príncipe de Santo Mauro, con D.^a María Luisa Fernández de Córdoba y Ponce de León, de la Casa de los duques de Medinaceli. La citada condesa de Pie de Concha falleció en Madrid el 17 de Diciembre de 1877.

De este matrimonio nacieron los tres hijos citados.

Por la muerte del conde de Pie de Concha vestirán de luto muchas aristocráticas familias, entre ellas la de la duquesa de San Carlos, su hermana política, con sus hijos, los marqueses de Santa Cruz; condes de la Unión y condesa del Puerto, duques de Santo Mauro, duques de Arión y otras.

La Real familia, que profesaba al finado singular estimación, ha experimentado un gran sentimiento por esta dolorosa pérdida.

Así se lo han participado a los hijos la Reina Doña María Cristina, en visita personal a la residencia de Fuenterrabía, y los Reyes e Infantes en expresivos telefonemas.

Descanse en paz el ilustre y caballeroso diplomático, tan digno del respeto y la consideración de todos.

En la iglesia parroquial de Fuenterrabía se celebraron esta mañana solemnes funerales.

Asistieron S. A. el Infante D. Fernando, las autoridades y muchas condecoradas personas.

Durante la mañana se estuvieron celebrando misas de *corpore insepulto* en la capilla ardiente.

En una de ellas ofició el prelado de la diócesis.

El cadáver del conde estaba amortajado con el uniforme de diplomático.

De Santander llegaron en automóvil a Fuenterrabía la duquesa de San Carlos, la condesa del Puerto y el conde de Aybar, entre otras personas de la familia.

Esta tarde se ha verificado el entierro, recibiendo sepultura en el cementerio de Fuenterrabía, por haber dispuesto el finado, en su testamento, que no se embalsamara su cadáver, y que se le enterrara en el lugar en que falleciese.

También disponia que el entierro se verificase con sencillez y modestia.

Desea en cambio, que las exequias fúnebres estén de acuerdo con su rango. Los funerales se celebrarán en Madrid y San Sebastián.

El acto de conducción del cadáver ha constituido una grande y sentidísima manifestación de duelo.

Presidió el duelo S. A. R. el Infante D. Fernando, en representación de S. M. el Rey, con las autoridades y personas de la familia.

En la residencia del Infante D. Fernando se han recibido innumerables manifestaciones de pésame de toda España.

* * *

No cerraremos esta crónica sin dedicar un recuerdo a aquella bondadosa señorita que el día 19 del presente hará un año que nos abandonó para siempre. Nos referimos a Antonia de Salazar y Aguirre, que tanto frecuentó los salones aristocráticos, que tantos afectos se conquistó en ellos, que tan admirablemente supo—en unión de sus hermanas, la condesa de Bilbao y Sofia de Salazar—continuar la distinción y el señorío de sus ascendientes.

Fué muy buena. Sus principales obras fueron de caridad. Para el pobre fueron siempre sus recuerdos.

Y en este mes de Agosto en que la señorita de Salazar abandonó esta vida, queremos dedicarle estas líneas al tiempo que renovamos nuestro pésame a sus hermanas ilustres y al conde de Bilbao y a los condes de Heredia-Spínola.

SEPTIEMBRE-1918

Mientras corre el tren.

HEMOS abandonado nuestro despacho madrileño y nos hemos encaminado a la estación. ¿A despedir a alguien? No. A despedirnos a nosotros mismos, que nos vamos a San Sebastián. Así como así era cosa que deseábamos. Todo el veranito en Madrid —a excepción de unos días en la Sierra— nos hacía desear este viajecito a la encantadora ciudad donostiarra. Y lo deseábamos de verdad, toda vez que una especial invitación de unos ilustres aristócratas reclamaba con insistencia cariñosa que nuestro afecto volase junto al suyo. Salimos, pues, de casa; renegamos un poco del señor alcalde, nuestro querido amigo Luis Silvela, que con el conflicto de los coches de punto nos ha ocasionado serio contratiempo y, al fin, nos acomodamos en nuestro departamento.

Adiós, Madrid, adiós. Ya las luces de la estación del Norte se pierden en la lejanía, ya cruzamos rápidos la extensa llanura castellana, ya los valles y sierras pasan ante nuestra vista como una visión cinematográfica en la obscuridad de la noche, ya en la tibia claridad del nuevo día se dibujan bajo la cerrazón del cielo las gentiles siluetas de las altas torres de la catedral burgalesa, ya con la luz de la mañana aparece ante nuestra mirada todo el verde anfiteatro de montañas esmeraldinas.

Ha pasado la noche rápidamente. La charla vivaracha de Castro Les, el inteligente director de *Gran Vida*, nos ha entretenido con su

gracejo aragonés mientras que su hidalguía baturra nos brindaba bondades; hemos conversado brevemente con una gentil inglesita, sobre cuya cofia azul marino, con vivos blancos, se destacaba la roja cruz de la Caridad, y hemos estrechado la mano del marqués de Cabriñana—el espigado caballero—, que también viene hacia la bella Easo en este expreso de las diez en el que no ha quedado un solo asiento. Va lleno el coche-cama; van llenos todos los demás.

El campo vasco, este hermoso campo de esperanza, espléndido, frondoso, bellissimo, hace pronunciar frases de admiración a la bella y gentil enfermera de la Cruz Roja inglesa que es nuestra compañera de viaje. Sus ojos azules quedan fijos en la campiña:

—¡Qué hermoso es todo esto!—exclama—. Y en sus labios como el coral pone para España unas frases que nosotros, como españoles agradecemos vivamente.

Esta damita rubia, cuyo nombre llamamos accediendo a su ruego, va al frente de batalla. Sus manos de nácar, que han cerrado ya muchas heridas, volverán de nuevo a mitigar dolores. El palacio de sus padres es hoy hospital de sangre; su fortuna la emplea en aliviar necesidades; sus palabras son como bálsamo bienhechor, como rocío bendito que cae sobre las almas angustiadas; sus manos cerrarán las heridas que abre la metralla...

—Mi nombre... no quisiera que apareciese en letras de molde... Me daría vergüenza. Me parecería que le quitaba a la misión que yo me he impuesto todo el silencio de que debe ir rodeada... Se lo ruego a usted.

Y he aquí que mientras unos recién casados que viajan en el mismo tren me cuentan su boda, sus regalos, sus padrinos y sus testigos, acaso con la intención de unas cuantas líneas en mi artículo, esta bella inglesita, rubia y gentil como princesa de Albión, que emplea su fortuna y su vida en hacer el bien, poniendo en sus ojos azules una mirada de súplica sincera, me pide que calle su nombre, que no lo diga a nadie, que se me olvide si es posible...

Nos acercamos al punto de llegada. Los blancos caseríos van naciendo entre el verdor del campo. Van destacándose también los establecimientos fabriles. El tren, en el que vi nen muchos y muchos extranjeros, corre como un endemoniado junto al río, bajo los túneles, cruzando los campos donostiarras, Y al instante, el expreso se detiene secamente.





Agustinito Maldonado y Alvarado, hijo de los marqueses de Castellanos
y de Trives.

Fot. Calvache.

San Sebastián. Hemos llegado. Por las ventanillas se asoman no sé cuántas maletas, no sé cuántos equipajes, que caen en manos de un bien formado ejército de mozos. Allá, vemos erguirse la figura de nuestro amigo, que bondadosamente nos espera. Nos damos un abrazo.

—¿Viaje feliz?

—Del todo.

Y nos arrellenamos en el automóvil mientras el ilustre aristócrata, que hoy ciñe a su cintura el rojo fajín de general, ordena a su mecánico:

—A casa.

San Sebastián.

* * *

Hoy, día 12, queremos dedicar un recuerdo a aquel angelito que subió al cielo—hace dos años—entre los sollozos de sus padres: Agustinito Maldonado y Alvarado González de la Riva y Barroeta Aldamar, hijo de los marqueses de Castellanos y de Trives, vizcondes de Hormaza.

A los siete años justos voló a la Gloria aquel encanto de criatura, todo alegría, todo contento del corazón. Y fué allí, en la casa-palacio de Puebla de Trives, por la que él correteó tantas veces lleno de júbilo infantil, donde encontró la muerte la infortunada criaturita.

¡Qué pena, qué dolor, qué desgracia tan grande! Dejó en el alma de sus padres amantes una herida difícil de cerrar. La aviva el recuerdo, la ahonda el cariño.

¡Dos años ya! Y parece que fué ayer, hoy, ahora mismo cuando el infeliz niño cerró sus ojos y llenaron los suyos de lágrimas sus padres, rota la felicidad del hogar. Sobre el cuerpecito yerto cayeron entonces muchas flores. Hoy, sobre su memoria, caerán estas palabras como un nuevo rocío de dolor.

Una función teatral en Zarauz.

A Zarauz.

En la negrura de la noche esta fué la orden que recibieron los *chauffeurs*. Y los autos atravesaron rápidos el paseo de la Concha, cruzaron bajo el túnel sobre el que se alza *Miramar*, dejaron a la izquierda la carretera de Lasarte, corrieron a la derecha del río, subieron rápidos la empinada cuesta de Orio y a los pocos minutos se detenían ante el palacio ducal del Infantado. Todo estaba preparado bellamente. Descendieron de sus automóviles los aristocráticos ocupantes y refulgieron los brillantes y mostraron su belleza las damas y su oriente las perlas.

¿Qué había en Zarauz? ¿Qué fiesta se celebraba en el palacio de los marqueses de Santillana? Sencillamente, la fiesta aristocrática que casi todos los años suelen ofrecer a sus amistades los marqueses de Valmediano.

Era la de anoche una función teatral. ¿Sus intérpretes? Fijaos en sus nombres.

Pero digamos antes que la residencia veraniega del ilustre matrimonio se vistió de gala. Luces, flores, damascos... todo adornaba la espléndida morada. Allá en el «hall» se alzaba el escenario; su telón era de áurea seda; bajo una guirnalda de rosas irradiaba su luz la batería. En el salón, en primer término, los sillones para los Reyes; detrás, las sillas para los invitados. Y cuando, a la hora en punto, los

acordes de la música dejaron oír los compases de la Marcha Real, los duques del Infantado, a la puerta de su palacio, recibieron a Sus Majestades.

El programa de la fiesta era el siguiente:



PROGRAMA

1.º La comedia en dos actos, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero,

DOÑA CLARINES

REPARTO

DOÑA CLARINES	Duquesa del Infantado.
MARCELA	D.ª Isabel Elio y Gaztelu.
TATA	Dolores Medina y Carvajal.
DARÍA	Cristina de Arteaga y Falguera.
MIGUEL	Marqués de la Rambla.
LUJAN	Duque de la Unión de Cuba.
DON BASILIO	Gonzalo Sanz y Magallón.
ESCOPETA	Marqués de Esquivel.
CRISPÍN	Joaquín Abella y Vera.

La escena, en Guadaleña, ciudad castellana.

2.º La tragedia burlesca, de Vital Aza y José Estremera,

**AMOR, PARENTESCO Y GUERRA
O EL MEDALLÓN DE TOPACIOS**

REPARTO

DOÑA SOL	D.ª María de Arteaga y Falguera.
EL CONDE GONZALEZ	Conde de Cedillo.
CAPITAN	Marqués de la Rambla.
DON GONZALO (TROVADOR)	Duque del Infantado.
CENTINELA	Marqués de Moratalla.
OTRO	D. Pedro Cabeza de Vaca.

La escena, en el castillo del conde Alvar González.

La sola enunciación de este programa y la sola consignación de sus intérpretes dice ya más que todo del interés de la representación. Pero aún añadiremos nosotros que, colocadas las Reales personas en sus sitios y en los suyos los demás invitados, los actores—que bien